

Paisaje Casitero



Los Objetos
Como Pieles de Cuerpos que
ya no Están



Paisaje cositero:
Los objetos como pieles de cuerpos
que ya no están

Licenciatura en Artes Visuales

Línea:
Cultura visual

Modalidad:
Investigación creación

Estudiante:
Laura Fernanda Salazar Guevara

Tutora:
Martha Carolina Sánchez Samaniego

Mayo de 2025

RESUMEN

Paisaje cositero: Los objetos como pieles de cuerpos que ya no están, es la investigación creación que realicé a partir de los objetos que habitan mi casa y conforman un paisaje visual, un paisaje que he decidido mencionar, posicionar, hermohear, acomodar, como: “cositero”.

Encontrarán en esta búsqueda un interés por la historia, colección, remedición e intervención de estas pieles que dejan atrás un cuerpo que ya no está, cuando hablo de “cuerpos que ya no están”, me refiero a momentos que vamos viviendo como: la niñez y la adolescencia, las relaciones y las fiestas, los declives y las victorias, los besos y las peleas. Por ejemplo, los objetos que utilicé cuando estaba en mi niñez y siguen intactos; ellos representan un cuerpo que ya no existe en su forma original, ahora son cuerpos en otros tiempos, cuerpos sujetos a otros cambios, sin embargo, el cuerpo del pasado permanece en esos objetos, como una piel, recordándonos su historia y nuestra propia transformación, cuerpos que ahora permanecen en el paisaje a través de objetos escogidos y acogidos por ellos (mi familia) y por mí.

En este proceso tuve la oportunidad de un encuentro con algunos objetos que me posibilitaron su transformación a lugares en los que deseaba enmarcar los vestigios de un cuerpo, disecciones e intervenciones que me permitieron dejar en esta investigación creación una afectiva evidencia del paisaje cositero, de las pieles que permanecen como secuela de un cuerpo.

INTRODUCCIÓN

Esta investigación hace parte de la línea de Cultura Visual y procura acercarse a mi paisaje cositero, para aprovechar esa presencia cargada de sentimientos y recuerdos que desean convertirse en recursos valiosos para la creación y manifestación de un cuerpo que ya no se encuentra, a través de una piel aparentemente inerte.

El paisaje cositero se instala dentro de la cultura visual como una forma de conocimiento visual, como un archivo afectivo que se construye desde lo íntimo y lo cotidiano. La cultura visual, puede ser entendida como un campo en constante definición, atravesada por la experiencia humana y por una inmersión en las imágenes cotidianas para una construcción cultural de la mirada, el paisaje cositero se sitúa justo en ese lugar donde la imagen pasa de ser representación para transformarse en piel, intuición, repetición y memoria.

El paisaje cositero no se trata de una acumulación de objetos, es más bien un sistema visual aprendido y heredado, donde cada cosa tiene su lugar y su afecto, una actividad que ocurre una, dos, tres y hasta cuatro veces al día, mientras se acomoda, se limpia, se recuerda y se contempla. Según Cuadros et al. (2018):

Así, dentro de los múltiples modos de definirse, se comprende la cultura visual desde tres perspectivas: un objeto que habita la cotidianidad y constituye una experiencia; un área de conocimiento y/o disciplina; o bien, un enfoque pedagógico y una preocupación propia

de la educación artística. (p. 29)
En este sentido, el paisaje cositero se sitúa entre la cultura visual como área de conocimiento y como experiencia vivida. No es solo lo cómo se ve el paisaje cositero, es también cómo se siente y cómo se recuerda.

Se podría decir que el paisaje cositero es una práctica de la cultura visual desde abajo, desde los márgenes de lo doméstico, lo cotidiano, lo afectivo, es una forma de resistirse al olvido, una forma de hacer lugar a las pieles que han sido, que aún son, y que queremos que sigan siendo. Así, el paisaje cositero también es una mirada: una forma de mirar el mundo con ternura, con atención, con deseo de conservar y de revivir.

El paisaje cositero es un archivo, pero no uno ordenado por carpetas y números, sino uno hecho de pieles y memoria. Es un archivo que no está guardado en cajas, sino que se despliega y late por toda la casa, en las repisas, en los cajones, sobre las mesas, es un archivo hecho de objetos que han visto pasar cuerpos, historias y afectos, cada piel resulta ser un fragmento de una memoria que no se ha dejado ir.

Desde ahí, el paisaje cositero puede pensarse como un archivo afectivo, un archivo de lo que se ama, de lo que se extraña, de lo que se transforma, un archivo que tiene su propia lógica de organización: la lógica del cariño y el peso simbólico, una lógica que no está escrita en manuales, pero que esta implícita en la corporalidad que toca, reorganiza y revive.

Guasch (2005) menciona:

En la génesis de la obra de arte «en tanto que archivo» se halla efectivamente

la necesidad de vencer al olvido, a la amnesia mediante la recreación

de la memoria misma a través de un interrogatorio a la naturaleza de los

recuerdos. (p.158)

El paisaje cositero guarda el recuerdo no como un registro cerrado, sino como una conversación abierta con el pasado, cuando acomodo esos objetos, cuando los limpio, cuando los vuelvo a mirar, activo ese archivo, mientras reconozco la importancia afectiva de los objetos mínimos, y me doy cuenta de que el paisaje no sólo documenta lo vivido, sino que lo reactiva de forma sensorial y representativa, se trata de archivos móviles y permeables, pero también amables al sostener historias que de otro modo podrían disolverse. Como tal, el paisaje cositero se constituye en una estrategia de resistencia a la pérdida, un gesto de cuidado hacia lo frágil, y una forma de transformar la memoria viva. Más adelante podrán ver un esquema en el que se encuentran distribuidas todas las pieles que conforman mi paisaje cositero, para dar una idea de lo que para mí es el paisaje cositero (mi casa) y como es habitado por esas pieles (los objetos), al mismo tiempo, la diagramación de este documento no es solo una organización visual: es también una forma de narrar, porque cada color, forma y tamaño, son la

representación de cada piel dentro y fuera del documento.

Porque todas son distintas, pero tienen algo en común: el de haber sido tocadas, vistas, sentidas. Son pieles que recuerdan, que resisten el olvido y que siguen contando algo de aquello que ya no está y en esa ausencia, siguen siendo.

Más adelante está el álbum de pieles, donde aparecen las categorizaciones que realicé de los objetos, en este apartado cuento las historias de cómo llegaron a ser parte del paisaje cositero y por qué se encuentran en esa categoría, en varias menciones que algunas pieles tienen un potencial para ser transformadas, por eso permanecen dentro del paisaje cositero con una etiqueta de “espera”, como si estuvieran aguardando su turno para cambiar, para decir algo más desde otro lugar.

Los objetos/pieles que no cuentan con esta “etiqueta” no es porque carezcan de ese potencial, sino porque pertenecen a cuerpos que, por ahora, desean conservar su piel en el mismo estado, existe una sensibilidad y memoria que impide tocarlos y solo quiere admirarlos.

En la última parte del documento aparecen los objetos escogidos para su transformación y que hicieron parte de un trabajo llamado “Máquinas epistemológicas” de los seminarios de trabajo de grado, piezas que también estarán presentes en el montaje.

Estas pieles llegaron como si estuvieran esperando su transformación, y fue a partir de “máquinas epistemológicas”—y de ciertos parámetros— que llegué a estos objetos.

El primero, “Tonada visual”, se transforma para que no parezca lo que realmente es.

El segundo, “Se desgasta al discar la piel que no está”, surge con la intención de involucrar más el cuerpo, de activar la memoria desde el gesto.

Y el tercero, “Conglomerado pendulante”, recoge las características anteriores y las entrelaza, también le ofrece un cierre a un encuentro que comenzó años atrás en la universidad y que ahora, de alguna manera, vuelve para terminar de decir lo que quedó pendiente.

Objetivo General

- Configurar el paisaje cositero desde un análisis de mi espacio íntimo y doméstico, en donde las memorias latentes de los cuerpos y sus pieles —objetos cotidianos— se reencuentran y se reinventan. Creando una nueva narrativa visual y sensible en estas pieles, permitiendo: detener sutilmente el tiempo, transformar delicadamente su apariencia y reconfigurar las historias que habitan en su fragilidad mientras son susurrados los recuerdos suspendidos en lo cotidiano.

Objetivos Específicos

1. Identificar y clasificar los objetos que conforman el paisaje cositero, atendiendo a sus materiales, formas y tamaños; descifrando esa lógica afectiva que ordena y cuida lo que se guarda
2. Escuchar los silencios que habitan en las cosas rotas, olvidadas o desgastadas, entendiendo cómo se transforman en soportes de memoria y de afecto.
3. Investigar los gestos de cuidado, de reparación o conservación que permiten la permanencia de un pasado filtrado en el presente.
4. Reflexionar sobre el papel del cuerpo en relación con los objetos, reconociendo cómo se activa la memoria a través del tacto, la vista o el sonido
5. Experimentar con intervenciones y transformaciones en los objetos/pieles del paisaje cositero, para construir narrativas visuales que resignifiquen su presencia dentro del paisaje.

Palabras

Clave

- Cultura visual
- Composición visual
- Investigación creación
- Archivo y memoria
- Transformación de objetos

Palabras

Clave



Índice

1. Paisaje cosítero

1.1 1983: Preludio de un paisaje cosítero en una fracción de lotería

1.2 Desmemoriando amores: mis habitaciones

1.3 Chécheres latentes

1.3.1 Chécheres Introversos

1.3.1.1 Llaves sin puerta

1.3.1.2 Retazos fotográficos, retazos de pieles

1.3.1.3 Cajas Cascabel

1.3.1.4 Flores vivas

1.3.1.5 CDS

1.3.2 Chécheres Extroversos

1.3.2.1 VHS

1.3.2.2 NOKIA

1.3.2.3 Visores fotográficos

1.3.2.4 Carro rebobinador

1.4 El vestigio corporal de un paisaje cosítero

1.5 Aguyje: gracias en guaraní

2. Catálogo de pieles

2.1 Los remendados; memoria iluminada

2.1.1 Remendado No.1 Un pequeño paisaje cosítero

2.1.2 Remendado No.2 La cucharita no se perdió

2.1.3 Remendado No.3 Espejo limeño

2.1.4 Remendado No.4 Guardianes

2.1.5 Remendado No.5 No taja

2.1.6 Remendado No.6 Reloj de cuerda

2.1.7 Remendado No.7 Miguelito

2.2 Los intocables; la urgencia de una caricia pulverizada

2.2.1 Intocable No.1 Té para una

2.2.2 Intocable No.2 2-29-54-18

2.2.3 Intocable No.3 Ballena en gamuza

2.2.4 Intocable No.4 Nupcias Enlozadas

2.2.5 Intocable No.5 Vestido de bautizo para Fabián y Camilo

2.2.6 Intocable No.6 Mi primer disfraz

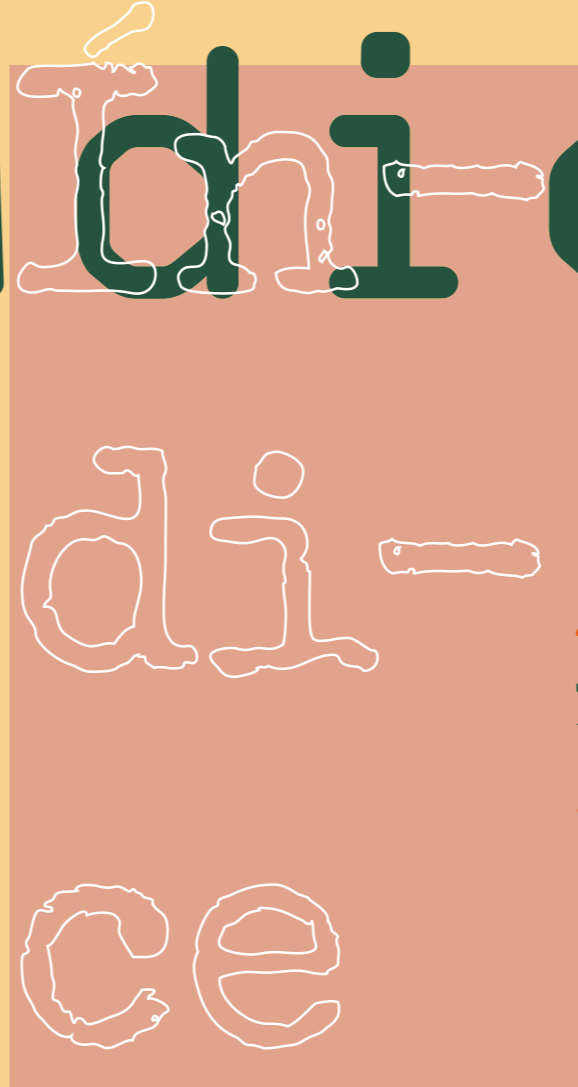
2.2.7 Intocable No.7 Una plancha

2.3 Los memorables; el recuerdo del eterno primer día

2.3.1 Memorable No.1 Trofeos de tejo

2.3.2 Memorable No.2 Gauguin no sabía que era Gauguin

Índice



- 2.3.3 Memorable No.3 ¿1+25, 11+25?
- 2.3.4 Memorable No.4 Arras
- 2.3.5 Memorable No.5 Una zorra colorida
- 2.3.6 Memorable No.6 Rojo
- 2.3.7 Memorable No.7 Astucia naval

2.4 Los coleccionables; una historia en suspenso

- 2.4.1 Colección No.1 Un Drácula dulce
- 2.4.2 Colección No.2 Mundiales en papel
- 2.4.3 Colección No.3 Jet
- 2.4.4 Colección No.4 Toy Story
- 2.4.5 Colección No.5 The Beatles
- 2.4.6 Colección No.6 Iron Maiden

2.5 Los uno, dos, tres y cuatro veces

- 2.5.1 1,2,3 y 4 No. 1 Cajonera cositera
- 2.5.2 1,2,3 y 4 No. 2 Memoria floral
- 2.5.3 1,2,3 y 4 No. 3 Un pirata rayado
- 2.5.4 1,2,3 y 4 No. 4 Pequeño espejito
- 2.5.5 1,2,3 y 4 No. 5 Discman
- 2.5.6 1,2,3 y 4 No. 6 Un delfín y una espina
- 2.5.7 1,2,3 y 4 No. 7 Romeo y Julieta

3. Proceso reflexivo en mediación pedagógica

- 3.1 Erika Diettes / Obras en duelo
- 3.2 ¿Qué fue primero el tejo o la piedra? ¿la mecha o el tropel?

4. Relación del paisaje cositero con la línea de cultura Visual

5. Referentes Cositeros

- 5.1 Rachel Whiteread
- 5.2 Song Dong
- 5.3 Christian Boltanski
- 5.4 Adriana Salazar
- 5.5 María Teresa Hincapié

6. Disección / Transformación / Creación

- 6.1 Tonada Visual
- 6.2 Se desgasta al discar la piel que no está
- 6.3 Conglomerado pendulante
- 6.4 Vitrina Luminosa

7. Un Montaje cositero

8. Aportes a la línea y la Licenciatura / aportes al campo

9. Conclusiones

1. Paisaje Cositero

La cantidad de objetos que habitan mi casa pueden parecer muchos para varios y pocos para otros tantos, para mí, es un paisaje cositero.

Todos estos objetos han llegado a mi casa como “sospecho” muchas de sus pertenencias han llegado a ustedes también; por herencia, regalos, encuentros, e imprudentes compras impulsivas, todos rodean mi vida cotidiana sin trucos ni afanes, están ahí, creando una serena silueta que es proyectada con antelación en aquel paisaje. Esas siluetas van cambiando de lugar por su utilidad, uso o desuso, existen siluetas que han desaparecido y siluetas que coleccionan y comparten capas de polvo sobre sus pieles. Fernández Christlieb (2003), menciona que:

Esto es lo que le sucede a todas las cosas de las que se dice que tienen valor sentimental, como un suéter luido y raído y viejo que uno se pone para no salir y que no cambiaría por otro nuevo, como si el grueso de la mugre fuera el mismo que el grueso del cariño. (p.11)

Teniendo en cuenta ese valor sentimental, descubro que, aquellas pieles también toman un lugar en el espacio, acomodándose en coordenadas aparentemente lógicas, coordenadas que direccionan su tamaño, material y el instintivo futuro que los acompañe.

Por ejemplo, las pieles pequeñas deben estar enfrente de las más grandes o encima de ellas, la vajilla de loza no se mezcla con la de cristal, los vasos huérfanos son adoptados por el vecino con más parecido, en la puerta de la nevera se crea una integración cultural de imanes, las bolsas plásticas hacen parte de una secta triangular y se apilan hasta el momento de su desdoblamiento, la distancia que toman los ganchos de ropa se delimita cuando de ellos cuelga una piel mojada, dentro de la caja de galletas junto a los hilos, viven descosidos botones de dos y cuatros ojos a la espera de ser cargados por una nueva piel, en la bolsa de los esmaltes se crea una sinfonía coral de vidrio grueso, las fotos familiares son ordenadas en un catálogo argollado y en los mejores portarretratos se conservan las fotos de los grados, - claramente falta la mía -.

Son estas y más, las pieles que viven en el paisaje cositero, las pieles de nuestros cuerpos transitorios, breves, temporales, cambiantes. Son las desveladas formas que se acomodan en el tiempo, como: los álbumes de las chocolatinas jet que recapitulan el intercambio de fichas que mis hermanos hacían en la universidad o, los tejos que tenemos marcados con nuestros nombres, las llaves sin puerta, las figuras coleccionables de las paletas Drácula, los aretes sin mariposa, las vajillas que recibieron mis papás en su matrimonio y que aún se conservan, las carpetas tejidas que hermocean las partículas de polvo, los esmaltes apelmazados, y todas las pieles domiciliadas en este paisaje cositero. Fernández Christlieb (2003), menciona que:

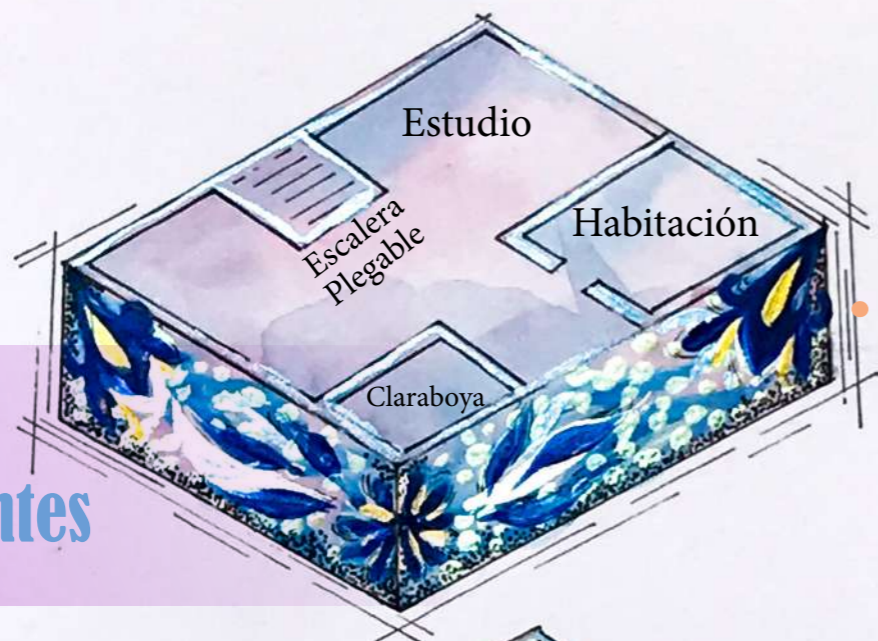
...La silla resulta ser la mecedora de la abuelita, que vivía con nosotros (...) Y aunque la abuelita ya no la necesite se conserva porque cada vez que se ve la mecedora se ve un poco de abuelita en ella, como si siguiera tomando el sol (...) La silla se vuelve un objeto más cercano, y la mecedora de la abuelita ya no es igual a las demás, porque ya solo es intercambiable en la medida en que lo es la abuelita. (p11)

Podría decir que, existe una sincronización de la mecedora como esa piel de un cuerpo que ya no está, en ese caso “la abuelita”, los objetos son esa oportunidad oculta de habitar una piel que remite a un recuerdo.

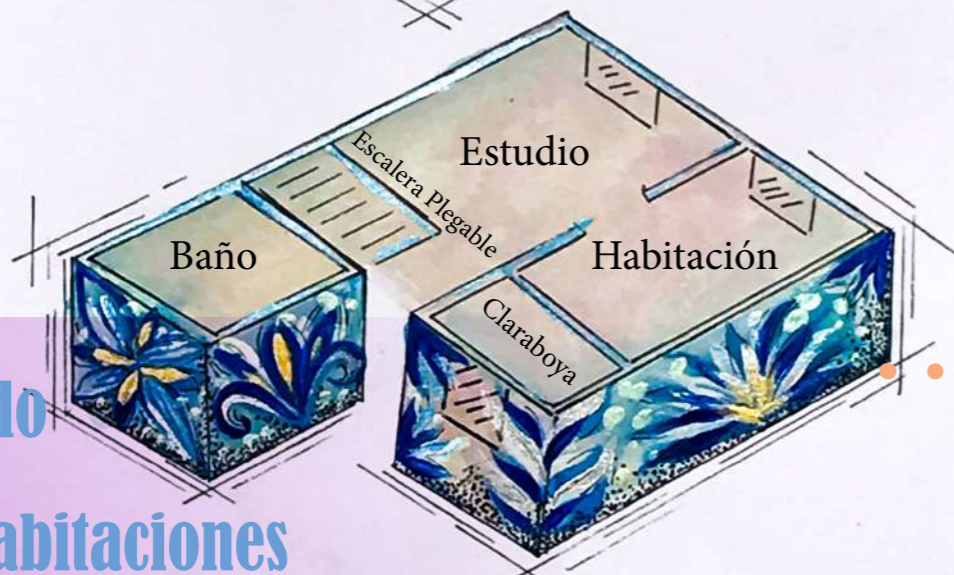
El paisaje cositero es una amalgama de pieles de cuerpos que ya no están. Juan Pablo Echeverri, artista colombiano, realizó una obra desde 1998 llamada Miss foto Japón, donde empezó a tomarse fotos de documento (4x5cm) con frecuencia, allí demostró el paso del tiempo, la intención de dejar un registro de su imagen, pero descubre que el tiempo transcurre y la persona que está en la foto ya no es la misma.

Para mí, esa fotografía empieza a ser la piel de un cuerpo que ya no está, es lo mismo que sucede con los objetos que están en casa, son registros pasados de nosotros mismos creando un paisaje cositero.

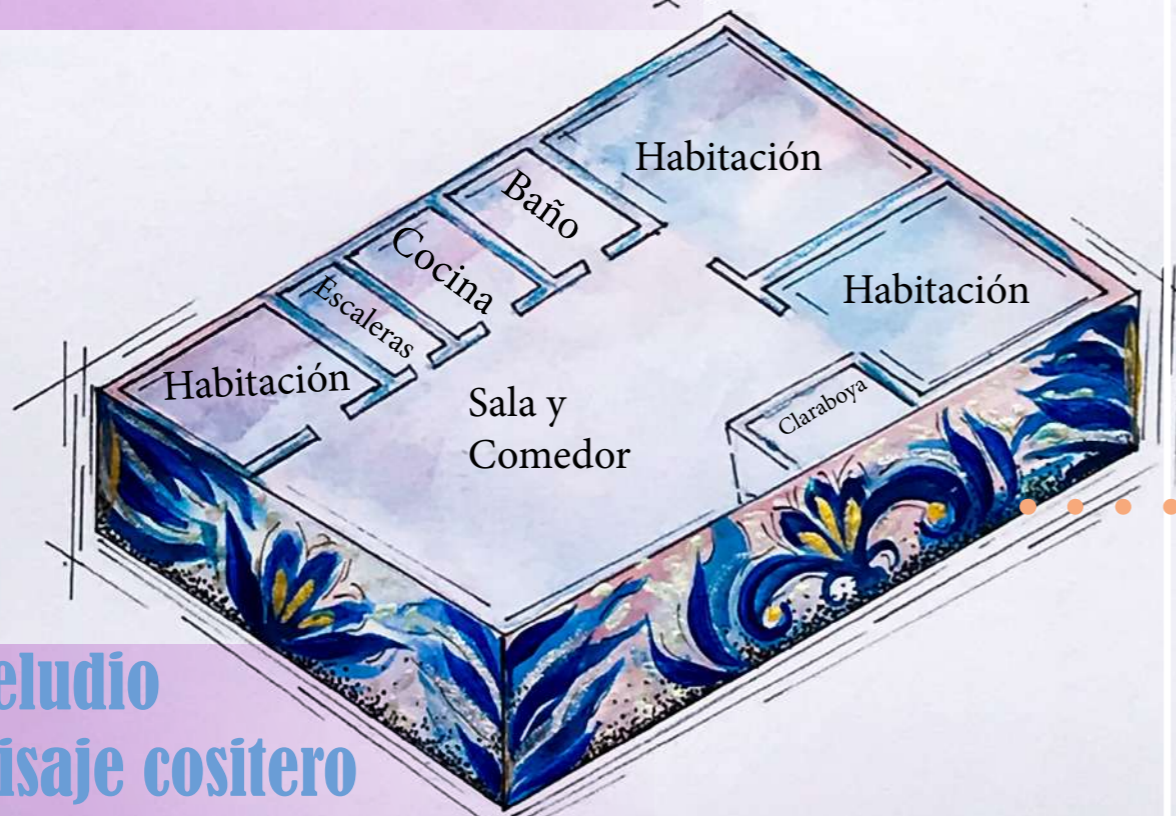
Chécheres latentes



16. Desmemoriando amores: mis habitaciones



1983: Preludio de un paisaje cositero en una fracción de lotería



- 1.3.1 Chécheres Introvertidos
- 1.3.2 Chécheres Extrovertidos
- 2.1.1 Remendado No.1 Un pequeño paisaje cositero
- 2.1.2 Remendado No.2 La cucharita no se perdió
- 2.1.5 Remendado No.5 No taja
- 2.1.7 Remendado No.7 Miguelito
- 2.2.5 Intocable No.5 Vestido de bautizo para Fabián y Camilo
- 2.2.6 Intocable No.6 Mi primer disfraz
- 2.2.7 Intocable No.7 Una plancha
- 2.3.2 Memorable No.2 Gauguin no sabía que era Gauguin
- 2.4.1 Colección No.1 Un Drácula dulce
- 2.4.2 Colección No.2 Mundiales en papel
- 2.4.3 Colección No.3 Jet
- 2.4.4 Colección No.4 Toy Story
- 2.4.5 Colección No.5 The Beatles
- 2.1.3 Remendado No.3 Espejo limeño
- 2.1.6 Remendado No.6 reloj de cuerda
- 2.2.1 Intocable No.1 Té para una
- 2.3.5 Memorable No.5 Una zorra colorida
- 2.4.4 Colección No.4 Toy Story
- 2.4.5 Colección No.5 The Beatles
- 2.4.6 Colección No.6 Iron Maiden
- 2.5.2 1,2,3 y 4 No. 2 Memoria floral
- 2.5.3 1,2,3 y 4 No. 3 Un pirata rayado
- 2.5.4 1,2,3 y 4 No. 4 Pequeño espejito
- 2.5.5 1,2,3 y 4 No. 5 Discman
- 2.5.6 1,2,3 y 4 No. 6 Un delfín y una espina
- 2.5.7 1,2,3 y 4 No. 7 Romeo y Julieta
- 2.1.4 Remendado No.4 Guardianes
- 2.2.2 Intocable No.2 2-29-54-18
- 2.2.3 Intocable No.3 Ballena en gamuza
- 2.2.4 Intocable No.4 Nupcias Enlozadas
- 2.3.1 Memorable No.1 Trofeos de tejo
- 2.3.3 Memorable No.3 ¿1+25, 11+25?
- 2.3.4 Memorable No.4 Arras
- 2.3.6 Memorable No.6 Rojo
- 2.3.7 Memorable No.7 Astucia naval
- 2.5.1 1,2,3 y 4 No. 1 Cajonera cositera

La habitación de mis papás: En este apartado hago referencia a lo que considero es el origen del paisaje cositero, desde aquí se expande y es donde el paisaje empieza a ser seccionado por toda la casa: la sala, el comedor, la cocina, las habitaciones y demás, se convierte para mí en el punto de origen, porque de allí vienen las primeras pieles, las que estuvieron destinadas a estar con ellos (mis padres), las que llegaron con suerte y esfuerzo a sus vidas, las que dieron calor a una familia, las que dieron forma a un hogar, las que siguen presentes. Didi-Huberman (2015) explica:

El historiador del arte cree a menudo que el único asunto que le atañe es el de los objetos. En realidad, las relaciones organizan esos objetos, les dan vida y significación: son tanto elecciones teóricas —aún cuando fuesen inconscientes—, cuya historia y crítica piden ser desarrolladas, pese a que los mismos objetos corren el riesgo de no ser comprendidos (...) Antes, entonces, de hablar de “imagen” o de “retrato”, por ejemplo, es imprescindible plantear la cuestión, histórica y crítica, de las relaciones que conforman su misma existencia. (p.101)

Y teniendo en cuenta esto, las primeras pieles, el esqueleto, el armazón, tienen toda una historia, son el punto de partida, y se trata de: un juego de alcoba: una cama doble, un tocador, dos mesitas de noche y un armario, aquí nació el paisaje cositero, ¿Por qué digo que de estos muebles nació el paisaje cositero? Pues, desde aquí se expandió y dió forma. Aquí les va la historia; ese juego de alcoba lo consiguió mi papá en 1983 por la compra de una fracción de la lotería de Cundinamarca, donde ganó lo que en ese tiempo eran 62.000 pesos, con el número 0627, el día de cumpleaños de mi mamá y el de él, ese juego de alcoba costó 55.000 pesos y con lo que sobró compraron una torta de tres pisos en la famosa pastelería Toledo para su matrimonio.

18. Antes de llegar a esta casa, mis papás vivían con mi tía Martha, la hermana de mi mamá, en una pieza pequeña de su casa, en ese tiempo ya habían nacido mis dos hermanos mayores, Fabián y Camilo, aunque se sentían bien viviendo ahí, existían algunos altercados con el esposo de mi tía, porque tenía un temperamento fuerte. Después de un tiempo mis papás ya estaban ahorrando para comprar un terreno, en un principio compraron muy cerca a la casa de mi tía, ahí en el 20 de julio, pero por razones que ellos mismos no saben explicar, más adelante decidieron vender y comprar un terreno por acá, cerca de la plaza del Quiriguá, lo que hoy en día es mi casa y anteriormente se conocía como una invasión, mi mamá no confiaba en el lugar, tenía miedo de que les robaran esa plata y sobre todo no quería dejar a su hermana, claramente solo tenían el terreno, debían empezar a ahorrar para ir construyendo de a poco, por lo que tendrían que seguir viviendo durante un tiempo donde mi tía hasta que el terreno comprado fuera habitable, sin embargo, una tarde cuando mi papá llegaba de su trabajo como celador, “el compadrito” como le decimos al esposo de mi tía, le pidió a mi papá que desocuparan la pieza en la que vivían, al parecer había discutido con mi tía y esa fue su forma de lastimarla, mi papá sin ninguna duda existente y evitando cualquier conflicto, no pidió plazo alguno para encontrar un nuevo lugar para vivir, contrato un carro de acarreo y se llevó lo que tenía en ese momento, el recién comprado juego de alcoba.

Mi mamá se encontraba en un campeonato de tejo y se llevó con ella a mis hermanos, cuando llegó a la casa, mi tía la recibió llorando y explicándole que mi papá se había ido, mi mamá muy desconcertada espero a que mi papá regresara, después de unas horas él volvió por ella y mis hermanos, le explicó la situación y la convenció de irse con él, con el corazón muy triste se despidieron de mi tía. Y así empezaron de ceros a construir, no había prácticamente nada, todo el primer piso estaba en obra negra y no había ningún

servicio básico de vivienda, mi mamá se quería devolver, pero de alguna forma mi papá se encontraba feliz y orgulloso, emociones que no tardo en sentir igualmente mi mamá, desde ese día empezaron a acomodarse como mejor pudieron y después de todo, como ellos me cuentan, tenían lo que querían, a sus “chinos” y su “rancho”.

Hoy ya son 4 pisos, y amamos nuestra casa. Según Lejeune (como se citó en autobiografías visuales, 2009) “escribir sobre uno mismo, lejos de ser un acto narcisista, es una actividad normal que, al igual que la ficción, pude movilizar todas las fuentes del arte” (p.17). Desde ese punto de vista, me interesa escribir desde aquí, porque es desde aquí, desde lo que conozco y me conoce, que puedo experimentar diferentes formas de creación.

Esas fueron las primeras pieles que mis papás pudieron traer a casa y permanecen hasta el día de hoy, de cada cajoncito o espacio de esas pieles fueron saliendo más cosas, las prendas que vistieron a mis hermanos y mis papás, los zapatos que pisaron la tierra sin baldosa, las motosas cobijas cuatro tigres y más pieles que fueron creando el paisaje cositero. Muchas se han ido y muchas otras permanecen, pero todas han sido parte del paisaje y el registro del tiempo. Mi papá es del Tolima y para mí, ese juego de alcoba es como escuchar el bunde tolimense,

“Nacer, vivir, morir
amando el Magdalena
la pena se hace buena
y alegre el existir.”

Hermoso, fuerte, perdurable.

1.1 1983: Preludio de un paisaje cositero en una fracción de lotería

Mi habitación: Para llegar a “mí cuarto” pasaron 13 años, antes era “nuestro cuarto” lo compartía con mis hermanos, y ese paisaje cositero era ocupado por pieles que atendían a una jerarquía de edades y a su vez vislumbraban una evidente herencia de gustos, donde habitaban figuras de Star Wars, Los Caballeros del zodiaco, Dragón Ball y afiches de The Beatles, Pink Floyd, Iron Maiden, The Doors, etc.

Con el tiempo, mis hermanos y yo tuvimos la oportunidad de tener cada uno un cuarto propio, y cuando ese día llegó yo quería que el mío fuera “único”, “diferente”, “hermoso”, “creativo”, al principio rayé todas las paredes con los nombres de mis mascotas, (me da risa recordar todo esto, creo que nunca lo había reflexionado) dibujos de flores y todo lo que se me ocurriera, unos años más tarde lo pinté con franjas azules y moradas.

En mi habitación había un juego de alcoba, de esos que estaban de moda en el momento pero que eran de una madera muy mala, ni siquiera era madera, más bien era un aglomerado, y un minicomponente de marca Kalley que me habían comprado mis papás por mi cumpleaños número 15, unos meses después de haber cumplido años empecé mi primer noviazgo, por lo que, el paisaje cositero empezó a cambiar, dejé de escribir en las paredes y empezó a llenarse de cuanto pendejada cursi de amor adolescente se me cruzara, de eso se trataba mi paisaje cositero en ese momento, de varias pieles que guardaban muchos significados, de un amor romántico y la idea de que nunca terminaría, tres años más tarde, nos separamos y esas pieles fueron abandonando el paisaje porque el que iba siendo mi presente ya no tenía interés en recordar aquellos cuerpos que ya no estaban, y eso siguió y sigue ocurriendo, los amores, las amistades y hasta las mascotas, siguen pasando por el paisaje dejando alguna piel permanente o pasajera.

El paisaje cositero de mi habitación ha tenido unos 3 juegos de alcoba, el primero con el espejo corredizo en el armario, el segundo con un espejo de tocador y para el último, un espejo en la puerta del armario que es visible únicamente cuando se abre la puerta, he pasado de una habitación pequeña a una mucho más grande, de dos mesitas de noche a una, de ninguna silla a tres, de ningún tapete a dos, de una pequeña ventana a dos más grandes, de una cortina a cuatro, de paredes con rayas verticales azules y moradas a paredes blancas con cuadros colgando de ellas, de una habitación al lado de mis papás a una habitación encima de ellos (el cuarto piso). El orden correcto de toda esta transición es la siguiente: “nuestra habitación” la que compartía con mis hermanos mayores, que luego se convertiría en mi habitación por unos 14 años, y que estaba al lado de la habitación de mis papás, luego de que mi hermano mayor Fabián, se pasará a una habitación más pequeña cerca de la sala y mi otro hermano mayor Camilo, se mudará al piso de arriba. Años después, mi hermano Fabián se fue a vivir a Perú, donde ya lleva siete años, ahora su cuarto se convirtió en un estudio, y hace dos años, mi otro hermano, Camilo, se convirtió en papá, por eso ahora estoy en el cuarto de arriba, porque Camilo se fue a vivir con su compañera e hija, y decidí subirme al que era su cuarto, no solo porque tendría un lugar más amplio, también porque estaría más cerca del altillo, que es el lugar en el que hago todos mis trabajos y me gusta pasar la mayor parte del tiempo.

Por nuestras habitaciones/paisajes pasarán amores que se instalan en pieles que permanecen y otras que se dejan ir, pasan amistades y familiares, mascotas y visitas esperadas e inesperadas, todos influyen, el paisaje se extiende, se traslada y se habita por secciones, pero sigue en casa, sigue latente, sigue creciendo, desapareciendo, mutando y mudando.

1.2 Desmemoriando amores: Mis habitaciones



CHÉCHERES LATENTES

El altillo: En el 2018 a mi mamá se le ocurre mandar a construir un cuarto de san alejo, ese lugar en donde se ponen todas las cosas que se usan ocasionalmente o que directamente no se usan pero que se quieren guardar. Seguin Morin (2003), "Orden y desorden son dos enemigos: uno suprime al otro pero, al mismo tiempo, en ciertos casos, colaboran y producen la organización y la complejidad" (p. 106)

En un principio se guardarían todas las cosas de navidad, el arbolito, las decoraciones, también los cubrelechos, las vajillas que mi mamá guarda desde el matrimonio y varias cosas más que se creía podían estar ahí, a medida de que se fue construyendo, empezamos a ver que era un lugar acogedor, pequeño y lindo, así que, el cuarto de san alejo se redujo a un armario en la pared, en el altillo es donde efectivamente se guarda el arbolito, decoraciones, tendidos de cama y más, pero el resto de espacio se dividió en dos sectores, un mini estudio y un mini cuarto, en el cuarto es donde se encuentra el armario de pared, lo que sería en un principio el cuarto de san alejo quedo reducido detrás de una puerta corrediza, el altillo quedo con un techo inclinado, es decir, es más alto en la parte de atrás de la casa y se va reduciendo hacia el frente, yo soy bajita, así que, no me molesta para nada, supongo que eso también influye en porqué se terminó convirtiendo en un espacio tan acogedor para mí.

Se convirtió en un altillo/estudio/habitación al que se accede por una escalera que se despliega del techo de la que ahora es mi habitación,



es como mi lugar secreto, un pequeño cuarto lleno de pieles que me ayudan a crear otras pieles para conformar y ampliar el paisaje cosite-ro, Fernández Christlieb (2003), opina que: "Los objetos de arte son aquellos que eligieron volver a convertirse en sentimientos, mientras que los objetos de ciencia son aquellos que prefieren transformarse en mercancía." (p.35).

En efecto, mi interés por la intervención a pieles de este paisaje cosite-ro se enfoca en encontrar sentimientos a pieles que a lo mejor estaban siendo olvidadas , es lo que ocurre en este altillo, la búsqueda de diferentes miradas desde el mismo lugar, con un paisaje aparentemente estático, pero realmente lleno de movimiento y dispuesto a la transformación, que me otorga la posibilidad de involucrarme con el en maravillosas y diversas formas.

Al altillo llegan todos los "chécheres", esas pieles a las que ya no se les encuentra utilidad, por lo menos no una función cotidiana, llegan esas pieles que no se pueden tirar por su valor sentimental o las que se cree que podrán servir en algún momento, pieles que no se quieren a la vista pero se quieren en lo oculto, que se ignoran pero no se olvidan, que se duermen pero están despiertas, pieles únicas llenas de normalidad, pieles vociferantes de reposo, pieles vociferantes de silencio, pieles mutadas en serenidad; a esas pieles las dividí en dos términos, los chécheres introvertidos y los chécheres extrovertidos, pero todos como chécheres latentes.

CHÉCHERES INTROVERTIDOS

Están los chécheres introvertidos, que en su mayoría permanecen dentro del armario, son esos que parecen no tener ningún potencial, como si estuvieran destinados a estar en la basura, sin embargo, prometen mantenerte en recuerdos del pasado y podrían seguir acumulando capas de polvo tratando de infundir algún ánimo, alguna vitalidad.

Esperando que el deterioro no los desbarate, aguardando silenciosamente en la oscuridad alguna pequeña mirada hacia ellos, podrían bruscamente seguir confinados al archi-vamiento o por el contrario tener un golpe de suerte ante la mirada de una nueva oportunidad.

1.3.1.1 Llaves sin puerta



Estas llaves me las regalaron en Argentina, donde la mayoría de las llaves de las casas son de este estilo, me parecía que tenían un diseño clásico y eso las convierte en piezas muy únicas para mí, mientras que aquí, por lo general, las llaves son de diseños un poco más comunes, que también son utilizadas allá pero no con la misma afluencia, estas tienen una forma y un peso que las hacen diferentes, las conservo como un tesoro discreto, como un: chéchere introvertido.

En Argentina, estos son objetos cotidianos, incluso les parecía extraño que para mí fueran vistas con tanto encanto, las mantengo guardadas, esperando un apropiado momento para intervenirlas, quizás para transformarlas y desviar esa función que cumplían en su pasado cotidiano, ahora son llaves sin puerta, son parte de este paisaje cositero que habita mi casa y mi memoria, piezas que guardan el momento de un cuerpo que estuvo en ese lugar. Por ahora, siguen siendo un tesoro, aguardando su tiempo, una piel en espera de una nueva historia, recordándome que incluso algo común para unos puede ser extraordinario para otros.

Retazos fotográficos

En el 2017 trabajé en una tienda de impresión y diseño, donde imprimir fotografías era un trabajo diario, existía una máquina que imprimía fotos en tamaño postal, es decir, un tamaño de: 10x15 cm, y cortaba de forma automática los bordes sobrantes, eso quiere decir que siempre quedaban dispersos varios retazos de papel fotográfico que, para muchos, eran desechos sin valor, sin embargo, para mí, esos pedacitos de papel recolectados durante dos años podían llegar a ser una oportunidad de creación.

Cuando empecé la recolección siempre pensé en que podría crear algo a partir de esos recortes y sin pensar que en algún momento estudiaría Artes Visuales en la UPN, aunque era un propósito lograr entrar, mis deseos a veces se desvanecían teniendo en cuenta que entré a la cuarta vez, sin embargo, existía en mí un interés por crear desde varios materiales, sin embargo, estos retazos debo confesar que, los había olvidado.

Los comencé a recopilar con la idea de que formaran algún compilado, ahora realizando este trabajo pienso en alguna pieza que hablé sobre la fragmentación de recuerdos, esos retazos son justamente pieles de cuerpos que ya no están, cuerpos que no están porque tampoco los conocí, al mismo tiempo, fragmentos de imágenes que alguna vez estuvieron completas.

Hasta el día de hoy, esos retazos siguen guardados como rompecabezas de un paisaje visual que aún no he ensamblado, aguardando el momento adecuado para ser utilizados, intervenidos o transformados, me gusta pensar que, aunque estos retazos de papel parecen insignificantes, en algún momento podrán encajar en una narrativa más grande, una en la que lo fragmentado también tiene su lugar y donde lo que parece basura encuentra sentido en un nuevo contexto.



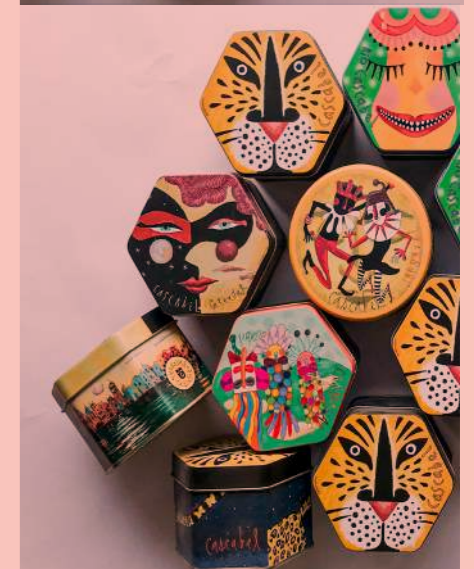
1.3.1.3

Cajas cascabel

Existe una empresa colombiana llamada Cascabel, es una tienda que se dedica a la repostería y pastelería, cuando mi mamá trabajaba, la empresa en la que estaba solía comprar mucho en esta tienda para celebrar cualquier ocasión especial, siempre que había una celebración ellos compraban postres para todos, lo interesante de Cascabel es que sus productos vienen dentro en unas cajas metálicas con ilustraciones preciosas.

Pasaba algo curioso y es que, la mayoría de las personas se comían los postres y luego botaban las cajitas, un día mi mamá me trajo una caja grande que había guardado con un trozo de torta para mí, pues sin duda, la caja me pareció hermosa y la conservé, así que, mi mamá decidió empezar a recolectar todas las cajitas metálicas de Cascabel que la gente no quería, sabiendo que para mí eran más que simples empaques.

Así fue como comencé a copilar estas cajas, que hoy forman parte de mi paisaje cositero, algunas de ellas sirven como pieles que guardan otras pieles y otras están vacías, esperando un uso futuro, protegidas bajo el suave manto del polvo.





1.3.1.4 Flores Vivas

A menudo incluyo flores secas en mis procesos creativos, son esos chécheres introvertidos que a simple vista podrían parecer inútiles o insignificantes, pero que tienen una presencia silenciosa y poderosa en mis procesos, las flores secas, aunque ya no están llenas de vida, retienen algo que me interesa y esa es precisamente la razón por la que las conservo, su quietud, son como pieles que han dejado atrás el vigor, pero que siguen existiendo.

Algo que me gusta de ellas es que, a pesar de estar marchitas, no se desvanecen, no se apresuran en desaparecer, como si se resistieran al paso del tiempo, son aparentemente frágiles, pero tienen una fuerza tranquila que se quedó intacta en la belleza de lo que ya no está vivo y sigue presente de alguna manera.

En mi paisaje, las flores secas adornan los rincones, sin prisa, sin exigir atención, pero con una capacidad de resurgir en el momento más inesperado, son como esos objetos que, sin hacer ruido, tienen el poder de transformar el espacio y la percepción, son un diálogo constante entre lo que fue y lo que permanece, son pieles secas desafiando al olvido.



1.3.1.5 CDS

Estas pieles siguen aquí, recordándome momentos en los que películas y canciones se reproducían una y otra vez, todo lo que guardan no se ve ni se escucha hace años, al menos no en este formato, estos chécheres introvertidos, han quedado relegados por el avance de la tecnología, pero persisten en este paisaje cositero, guardados con cuidado, como si temieran ser olvidados del todo.

Cada DVD y cada CD es una cápsula del tiempo, pieles de plástico que ahora son recuerdos físicos de cuerpos pasados, frágiles pieles en pausa latiendo introvertidamente, estos chécheres podrían permanecer aquí por años o puede que también los deje ir, por el momento siguen custodiando tranquilamente la memoria de cuerpos que ya no están.



1.3.2 Chécheres Extrovertidos

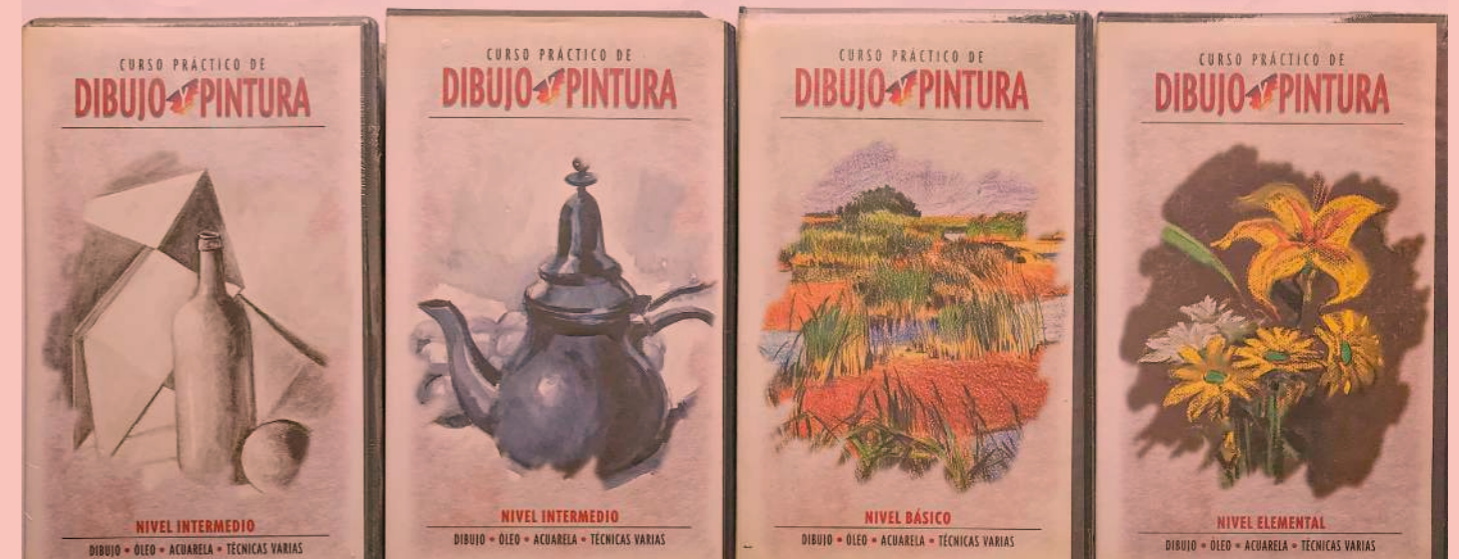
Por otro lado, están los chécheres extrovertidos, algunos de ellos están en el armario junto a los introvertidos y muchos otros se encuentran en la biblioteca que está en el estudio, esos chécheres son los que siempre han tenido una personalidad magnética y la disposición a un nuevo comienzo, son también esas pieles que pueden ser antiguas e incluso coleccionables y por lo tanto muy difíciles de volver a conseguir, aunque sabes que son chécheres o los catalogas como tal, encuentras en ellos una potencial oportunidad de creación o incluso el puente para una nueva idea y aunque la intervención a ese chécher podría alterar un recuerdo pasado; también podrían ser la invitación a tener el recuerdo más presente.

1.3.2.1 VHS

Estos VHS vienen de un curso de lectura que mis hermanos tomaban hace muchos años, de esas enciclopedias que solían vender puerta a puerta, pero con un añadido especial: venían acompañadas de estos VHS, también otros que contenían unas lecciones de arte que le regalaron a mi hermano Fabián cuando entró a la universidad, estos siguen sellados y supongo que lo que tienen grabado no lo veré jamás, se convirtieron en chécheres extrovertidos, por su estética que siempre me ha atraído, a diferencia de otros objetos que permanecen en silencio, los VHS tienen una presencia que grita haber desafiado la tecnología tiempo atrás

Recuerdo que hace muchos años mis hermanos querían botarlos, conscientes de que ya no tenían utilidad práctica, sin embargo, yo quería seguir conservándolos, pensando que tenían algo más por ofrecer, como si con el tiempo pudieran transformarse en algo nuevo, hoy son pieles en espera, latentes, con una energía contenida que no he logrado desentrañar del todo, siguen ahí, entre pieles del paisaje cositero, como piezas que no se resignan a ser olvidadas.

Lo curioso de estos VHS es que, aunque ya no se usan, no puedo evitar pensar que poseen un valor que va más allá de lo funcional, tienen una nostalgia que los envuelve, fragmentos visuales que seguramente no volverán a ser apreciados, esperando quizá, encontrar su lugar en un nuevo contexto.





Este celular Nokia, se lo encontró mi papá hace muchos años, se ha convertido en uno de esos objetos que, aunque aparentemente inútiles, por su tecnología obsoleta, siguen ejerciendo una atracción por su antigüedad, igual que los viejos VHS que alguna vez estuvieron en uso, este teléfono carga con una estética particular, una belleza que radica en su diseño robusto, en esa solidez.

En su quietud, este celular se ha vuelto una pieza más dentro del paisaje cositero, una piel más entre tantas otras que habitan el espacio, esperando a ser llamado, su función original ha quedado obsoleta, sigue siendo admirado, como si su mera presencia tuviera un valor por sí misma y una mirada hacia el pasado, es el fragmento de una historia incompleta, que nunca conoceremos.

Alguna vez intenté pintarlo y hacer algo con él, sin embargo, no se me ocurrió realmente que le haría y por eso está pintado a medias.

Es una pieza tecnológica desfasada; una piel más en este paisaje cositero, una piel que guarda las huellas de un cuerpo que alguna vez lo sostuvo, que lo usó para ponerse en contacto con otros, en su aparente inutilidad, reside su valor emocional, su evidente capacidad de evocación, como tantos otros objetos que habitan este paisaje, su presencia es un recordatorio del paso del tiempo y de cómo lo material persiste mucho más allá de su función original.

En este espacio lleno de pequeñas historias encapsuladas en pieles, el celular sigue siendo una incógnita, una llamada sin respuesta en busca de su lugar en el entramado de pieles y memorias que configuran el paisaje cositero.



Estos pequeños visores, son objetos que quizás muchas personas aún conservan en algún rincón de sus casas, fueron testigos de una época distinta, con suerte, mis padres lograron guardar algunos: unos que aún llevan fotografías en su interior, congeladas en su diminuto universo, mientras que otros permanecen vacíos, huecos de recuerdos, pero cargados de posibilidades. Son un chécher pequeño, sí, pero sin duda alguna un chécher extrovertido, capaz de atraer miradas tanto por su forma como por su intrigante interior, estos visores tienen el gran potencial de ser admirados en su aparente simplicidad, son pieles que revelan la evidencia explícita de un cuerpo que ya no está, un cuerpo que fue, que tal vez alguna vez sostuvo con delicadeza cada uno de estos visores, guiando la mirada en una suave lectura de imágenes.

A pesar de su tamaño, estos visores se imponen en el paisaje cositero con una presencia fuerte, que contradice su delicadeza, al igual que otros objetos de la casa, son ecos de tiempos vividos, esta piel no necesita ser grande para ser importante; su imponencia está en la memoria que activan, en las historias que aún se pueden contar, en la luz que atraviesa su carcasa para dejar ver una imagen pequeña en tamaño pero grande en historia.

Es el visor, el que nos recuerda la permanencia de lo material en la transitoriedad de nuestros cuerpos.



1.3.2.4 Carro rebobinador

Este artefacto que apenas lo vi funcionar en contadas ocasiones —quizás tres veces o menos, si la memoria no me engaña—, a primera vista, podría parecer un carro de juguete, una piel más de nuestro paisaje, relegado a la discreción de lo cotidiano, pero su importancia está en la función ya olvidada y en su capacidad de pasar desapercibido hasta que se descubre su finalidad.

Es, sin duda, un implemento extrovertido, no por lo que muestra al mundo en su exterior, sino realmente por lo que no muestra, tiene en su interior la posibilidad de rebobinar un momento, de devolver el tiempo al estado original, de recoger lo que se ha desenrollado, considero que es un artefacto con un gran potencial de intervención, una piel que, a pesar de su aparente quietud, incita al movimiento. Aunque lo vi pocas veces cumplir esa función de restaurar la cinta de un vhs, en el paisaje cositero, este rebobinador se alza entre otros objetos que también esconden una dualidad entre lo visible y lo oculto, es el chéchere que puede devolver lo pasado a su punto de partida.

A pesar de su aparente inactividad, es un objeto con una energía latente, un extrovertido, que tiene la capacidad de devolver la forma y la estructura a lo que parece perdido, enredado y confuso.

En este paisaje repleto de objetos cargados de historias, el carro rebobinador representa la posibilidad de intervenir en el tiempo y reconfigurarlo.

1.4 EL VESTIGIO CORPORAL DE UN PAISAJE COSITERO

He podido posicionar mi cuerpo de diferentes formas en este escenario cositero. Primero, como un cuerpo que ya no existe, pero que deja una piel impregnada de recuerdos, también he pensado en las historias que viven y se crean a partir de esos objetos y en cómo mi cuerpo se involucra con ellos y me refiero a un cuerpo que ya no existe no solo desde su forma física, corporal, tangible; también desde el paso del tiempo, desde ese cuerpo que transita, cambia y se posiciona desde diferentes lugares, dejando atrás aquellas pieles representadas en objetos, pieles que fueron designadas a pertenecer a una visualidad más próxima e íntima y que por diferentes condiciones, esencias o atributos continúan presentes.

Por ejemplo, una tacita de té en vidrio que mi mamá me compró para jugar cuando tenía unos cinco años, pero que nunca me la dejó usar por miedo a que la rompiera. Siempre la veía encima de la puerta, hermosa, brillante y pequeña, como algo imposible de alcanzar, con el tiempo, podía llegar a ella, pero el miedo a dañarla me ponía nerviosa, así que decidí admirarla a lo lejos. Ahora está en mi habitación, y aunque es

mía y siempre lo fue, la siento ajena, provocando tensiones en mi cuerpo, desde la contemplación, el uso y hasta la intervención.

Estas experiencias me llevaron a preguntas para mi trabajo de grado como: ¿Quiero intervenir aquellas pieles o solo hablar de ellas?, ¿De qué forma podría intervenir esas pieles? ¿Qué pieles puedo/quiero intervenir? Y respondiendo a ellas, tengo claro que, quiero fijarme en el paisaje cositero y las pieles que lo conforman, sobre cómo los objetos cotidianos pueden adquirir una nueva carga emocional significativa y contar historias personales, como un objeto puede ser diseccionado, para ofrecer una nueva idea, cada piel en mi casa tiene una historia propia y aparte de estar atravesada desde luego por el cuerpo, existe una conexión emocional que me ha hecho ver que no solo se trata de objetos materiales, sino de contenedores de recuerdos, experiencias, polvo, golpes, miradas y emociones, contenedores/pieles que ahora me interesa intervenir, desdibujando esas miradas acostumbradas hacia los objetos, desplazando su uso habitual a un lugar diferente, tal como el cuerpo se dispone en distintos espacios y se transforma. De

acuerdo con, Planella (2006):

Los instintos y las pulsiones permiten la manifestación de la vida en su totalidad. Si el cuerpo es menospreciado, instintos y pulsiones pasan también a ocupar un espacio de menosprecio, pues el papel ejercido por el alma los ha desplazado de su territorio. Alma y espíritu son valorados desde un punto de vista esencialmente moral y cualquier otra óptica pasará a ser marginada, (...) recuperar el cuerpo como centro de gravedad, pues todo empieza en el cuerpo y el cuerpo es la base y el fundamento de la vida. (p.16)

escritura en primera persona posibilita el diálogo, la evocación y la experiencia emocional. (p.42)

Llegué a esta intención porque cuando empezó la pandemia, comencé a ver cada piel como una oportunidad de creación y creo que eso sucede porque se empieza a analizar ese espacio más próximo. Ahora, con los laboratorios que se pudieron lograr en el 2024-1 y 2024-2 con el acompañamiento de la profesora Gloria Sáenz y Edward Guerrero, en el seminario de trabajo de grado I y II con el nombre de: máquinas epistemológicas 1.0 y máquinas epistemológicas 2.0 el acercamiento a el cuerpo en la creación e intervención de estos artefactos con intención orgánica, se fueron exteriorizando mediante figuras retóricas esas diferentes prácticas que se presentan frente a las variadas pieles del paisaje cositero, observando mis propios vestigios corporales en cada uno de ellos.

El entender mi paisaje íntimo, me hace pensar en cómo se podrían consumir visualmente paisajes externos con nuevas perspectivas, desde el análisis de objetos cotidianos, objetos íntimos y heredados, y así permitirnos proyectar memorias y emociones que creen un vínculo entre lo personal y lo material. En la arqueología cuando se encuentran objetos en excavaciones,

se lleva a cabo todo un ejercicio investigativo, y por lo general estos hallazgos son, en la mayoría de los casos, asociados al uso corporal y ritual, revelando la interacción simbólica y funcional entre el cuerpo y el objeto, para desentrañar la historia y el contexto de cada pieza, se estudia la corporeidad implicada, así como los rituales que pudieron haberse desarrollado en torno a ella, sin embargo, este análisis del cuerpo suele ser limitado, dado que los arqueólogos, a menudo, no pueden ir más allá de ciertos criterios, pero lo que para mí es importante es como, a pesar de estas limitaciones, los objetos nos trascienden, aunque su verdadera historia permanezca oculta, estos artefactos siguen presentes, como una piel que persiste incluso cuando el cuerpo ya ha desaparecido. Axel Nielsen (2023), Explica:

En toda situación, en la arqueología lo más importante no son los objetos sino los contextos: las tramas de relaciones que rodean a esos objetos. Entonces cuando nos encontramos con piezas arqueológicas que han sido extraídas de lugares, pero no sabemos de dónde exactamente o con qué otras cosas estaban acompañadas, en realidad es muy limitada la información que a partir de ahí podemos obtener. Por supuesto, siempre hay cosas que podemos

interrogar, pero la pérdida es enorme. Entonces, realmente mucho más importante que salvar un objeto es recuperar el contexto. (p. 62)

Este proceso me lleva a un ejercicio personal: un trabajo arqueológico en casa. Una excavación en: cajones, armarios, repisas y muebles, en busca de esos objetos/pieles que tienen su propio contexto, pero que quizás también pertenecieron a personas de mi familia que no llegué a conocer. Estos objetos, al igual que los encontrados en una excavación arqueológica, guardan historias que intento ahora documentar. A través de ellos, trato de reconstruir una presencia corpórea, dejando constancia de que, efectivamente, el objeto nos trasciende. Es un recordatorio de que, al igual que las pieles que vestían esos cuerpos que ya no están, estos objetos son fragmentos de memorias que continúan existiendo, dándonos la oportunidad de reconectar con un pasado que no viví, pero que persiste materialmente.

La naturaleza de los objetos no son simplemente vestigios de un pasado, también son poseedores de significados y emociones, de tramas de varias vidas que los usaron y que los transformaron. Los objetos se convierten en ese puente entre cuerpos, generaciones y tiempos, permitiendo que lo ausente siga presente en cada uno de ellos.

36. Es inevitable no enmarcar la presencia del cuerpo, de las pulsiones en interacción con el paisaje cositero, es más, es posible ver vestigios de cuerpo en los objetos como si estos mimetizaran movimientos. Por ejemplo, las breves siluetas que deja el paso del viento en las cortinas delimitando curvas de un cuerpo danzante al son del aire. Villalva (2015) explica:

Relatar desde el cuerpo como Práctica Analítica Creativa, además de ser un ejercicio de indagación y creación subjetiva, permite desenfocar la generalización para enfocarse en el caso único, construir conocimiento desde el recurso narrativo; la

37.

1.5 Aguyje: gracias en guaraní

En agosto del año 2022 tuve la oportunidad de hacer una movilidad a la Universidad Nacional de Asunción, en Paraguay. Fue una experiencia que me permitió ver cómo el paisaje cositero no es estático ni exclusivo de un solo lugar, sino que también viaja con uno, se adapta y se reconstituye en otros espacios.

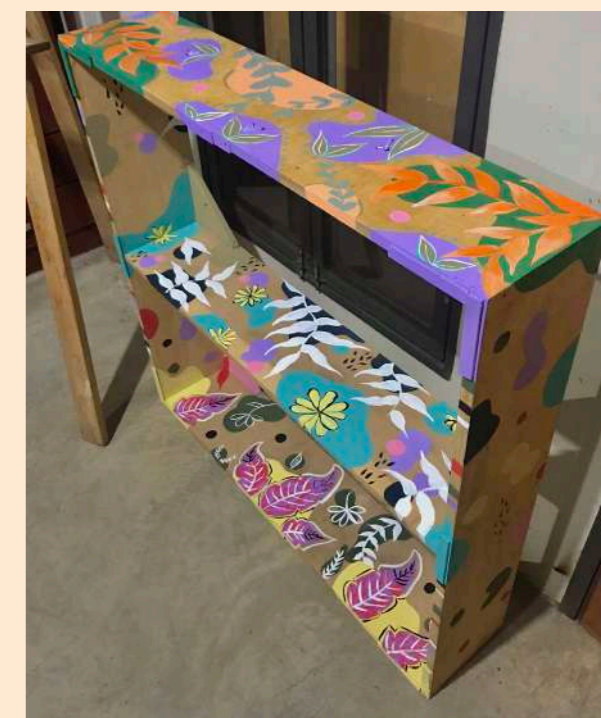
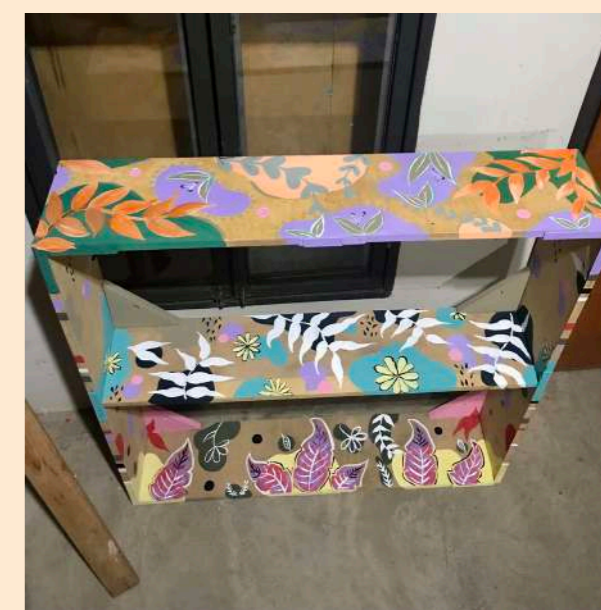
Allí vivía en lo que llamaban un “albergue”, que quedaba dentro de la universidad. Compartía ese lugar con una boliviana, una venezolana, dos colombianos, tres belgas y cinco argentinos. Yo fui la última en llegar y, al principio, compartía la habitación con una argentina, la venezolana y las dos belgas, la habitación nos quedaba un poco pequeña, pero sabíamos que las belgas se irían quince días después porque ya terminarían el trabajo que estaban realizando en la universidad, así que, no nos preocupamos demasiado.

El desorden era innegable, éramos “niñas” y “niños” solos en una gran casa, cada uno con su caos, sus objetos regados, sus horarios, pero también con sus pequeñas rutinas que hacían del albergue un espacio intensamente vivo; fue, sin duda, una de las mejores experiencias de mi vida, una que repetiría mil veces más. Cuando las belgas se fueron, el cuarto se transformó, cada una tomó su propio camarote, “litera” o “cucheta” — como decían mis compañeras— su escritorio, su armario y todo se volvió más cómodo, así que, empecé también a apropiarme del espacio de una manera distinta, más íntima, más mía.

En la parte de atrás del albergue había un espacio muy amplio y lindo para convivir, como un patio, pero lastimosamente no se pudo aprovechar porque lo empezaron a usar como depósito: allí se apilaban sillas, mesas y caballetes que ya no se usaban, un día decidí tomar dos caballetes, la tabla de una mesa, una butaca y un pequeño mueble, los pinté, los intervine y convertí la parte de atrás de la tabla en un tablero de tiza, forré mi escritorio con un

papel adhesivo violeta y decoré con algunos banderines que colgaban olvidados en un árbol de la universidad, acomodé mis trabajos de origami, estampado y cerámica.

Ahora que estoy escribiendo este trabajo me doy cuenta de que, para mí significaba empezar a construir un pequeño paisaje cositero en Paraguay. Mi deseo era tener un rincón que pudiera parecerse, aunque fuera un poco, a la forma en la que habito mis espacios, más específicamente, mi casita cositera. Cuando llegó el momento de regresar a Colombia, pensé en devolver todo al depósito, pero finalmente decidí dejarlo allí, en la habitación. Dejé esas “pieles” instaladas, como una forma de agradecerle al espacio, por tanto, no sé si aún permanecen en ese lugar, resistiendo el intenso clima guaraní, pero sin ellas no habría podido recrear un paisaje que me hiciera sentir acogida, eran pieles que ya se estaban desgastando, pero que con ilusión intenté sumarles una historia más. Dejarlas fue también una manera de quedarme. Aguyje, tierra guaraní <3



1.5 Aguyje: gracias en guaraní



42. Álbum de pieles

La idea de crear este álbum de objetos fue para poder tener un orden a la hora de acercarme a ellos, para saber cuáles serían las pieles que escogería y en que categorías estarían.

Estas categorizaciones las fui estableciendo a partir de algunos rasgos como: la importancia que se cree tiene estas pieles dentro del paisaje cositero, los recuerdos y sentimientos que inspiran, las historias que cuentan y que siguen viviendo, el lugar que ocupan y las capas de polvo que pueden llegar a coleccionar.

Fueron escogidos entre mis papás, mis hermanos y yo, recordando entre todas esas historias y escuchando también muchas otras que no conocíamos. Las categorías serán: Los remendados, los intocables, los memorables, los coleccionables y los uno, dos, tres y cuatro veces. Al mismo tiempo, asigné un título a cada piel.

Solo se escogieron algunos para cada categoría teniendo en cuenta que son muchas las pieles que habitan dentro del paisaje, eso no hace a los otros menos importantes porque el paisaje sigue latiendo, creciendo y cambiando, todo lo que habita el paisaje es valiosos, significativo y notable. También es cierto que un objeto puede pertenecer a varias de las categorías propuestas o incluso a todas, pero por encontrar un orden y un ritmo dentro del documento decidí ubicar a cada uno de los objetos en una sola categoría evitando así también la repetición, decidí dar una pequeña explicación al comienzo de cada categoría para entender como estos objetos terminan ubicados allí.

La creación de este álbum también me sirve como archivo, memoria y creación porque es un álbum que puede seguir creciendo, el almacenamiento y categorización de cada uno de los objetos me hablará fácilmente del recuerdo y me harán no traicionar el olvido, impulsándome a expandir el paisaje cositero.

2.1 Los Remendados

Son objetos que han sido remendados o están en espera de un remiendo, por desgaste o porque se rompieron, son esas pieles a las que se les otorga o se les quiere ceder una segunda oportunidad, por su valor dentro del paisaje cositero. Como el “Kintsugi”, una técnica de origen japones, que invita a la reparación como una forma de resaltar aquellas cicatrices o heridas que deja el paso del tiempo que también hacen parte de nosotros y son un rasguño íntimo que evidencian lo hermoso de un momento y de sí mismos, el interés por remendar es al mismo tiempo la apetencia por curarse y dar cuenta de una batalla victoriosa. El Kintsugi, que se traduce literalmente como “unir con oro”, es una técnica japonesa de reparación de cerámica rota mediante el uso de resina mezclada con polvo de oro, plata o platino. (...) Este enfoque no solo remienda el objeto físico, sino que también lo enriquece, haciendo que la imperfección se convierta en una parte integral de su belleza. La técnica de Kintsugi se originó en Japón durante el periodo Muromachi (1392-1573), y se cree que surgió como una respuesta a la necesidad de reparar piezas de cerámica valiosas.

La filosofía detrás del Kintsugi va más allá de la mera reparación de objetos rotos; refleja una visión profunda sobre la vida, el cambio y la resiliencia. En lugar de ver las fracturas y daños como defectos, el Kintsugi enseña a aceptarlos y a integrarlos en la narrativa de un objeto, celebrando la historia y el paso del tiempo. (...) El Kintsugi no es una técnica única, sino que existen varios métodos diferentes que se aplican dependiendo de la naturaleza del daño y el efecto deseado. Cada tipo tiene sus propias características y resultados visuales, proporcionando una variedad de enfoques para la reparación de cerámica rota. (Corina Mendoza, 2024)

Desde ese punto de vista, aquí se encuentran las pieles remendadas y las que están en espera de un remiendo, lo que he podido observar en la recolección de los remendados es que sus fracturas golpes o desgastes han sido adquiridos después de mucho tiempo de haber llegado, después de mucho tiempo de formar parte del paisaje cositero, es decir, la cicatriz que ahora lucen llegó a ellos después de muchos años de habitar mi casa.

Al mismo tiempo esas reparaciones han sido desde un desconocimiento del material original, por lo que es inevitable evadir el obvio propósito por la recuperación de esa piel, queda al descubierto una peculiar herida. Eso también nos lleva a los objetos que están sin remendar, Y es, por una parte, el desconocimiento de un material que no sólo se asemeje a la piel, sino que vite un deterioro mayor del objeto más allá de mantenerlo fielmente al recuerdo.

2.1.1 Remendado N.1

Piel: Un pequeño paisaje cositero

Habita en: Chécheres latentes

Cómo llegó a casa:



Hay un pequeño cuadrado que siempre me ha llamado la atención, no tanto por lo que representa, sino por los colores cobrizos y la manera en que encapsula una habitación dentro de sus pequeñas fronteras. Es como si esa diminuta habita-

ción atrapada yeso fuera una ventana a un mundo en miniatura, un espacio que guarda secretos y momentos que solo se sospechan. El cuadrado llegó a nuestras vidas de forma casual, como ocurren a veces las cosas que terminan siendo más valiosas. Hace unos treinta años, un amigo de la familia Osvaldo, se lo regaló a mi mamá. Iban a jugar tejo con mi papá y unos tíos, el amigo de la familia los recogió en su carro. El cuadrado estaba en la parte de atrás, algo olvidado quizás, pero mi mamá lo vio y le comentó que le parecía muy bonito. Sin pensarlo mucho, Osvaldo simplemente le dijo que lo tomara, que se lo regalaba. Así, sin más, el cuadrado pasó de estar en el asiento trasero de un carro a ocupar un lugar especial en nuestra casa.

Durante todos estos años, esa pequeña habitación ha sido testigo silencioso de nuestras vidas, una pieza más en nuestro paisaje cositero, de nuestro paisaje familiar. Un objeto que siempre ha estado ahí, colgado en alguna pared de la sala, como parte del fondo cotidiano que rara vez se cuestiona. Sin embargo, hace aproximadamente un año, la historia de este cuadrado cambió. Mientras mi mamá lo limpiaba, se le resbaló de las manos, y en ese breve momento de descuido, al cuadrado se le partió su pequeña cubierta, justo en la parte superior, como si el techo de esa habitación pintada hubiera cedido bajo el peso del tiempo.

Así que lo volví a unir con yeso, cuidadosamente, y lo pinté para ocultar la grieta. Ahora, solo si te detienes a observar con atención, puedes notar el remiendo. El paisaje roto y vuelto a unir se integra de nuevo en nuestro "paisaje cositero", ahora esa diminuta habitación ya no habita en la sala, después del remiendo paso a formar parte del paisaje en el altillo.

Este cuadrado, aunque reparado, sigue manteniendo una historia de como llegó a la casa y sigue escribiendo pequeños relatos dentro de su interior.

Piel: La cucharita no se perdió

Habita en: Chécheres latentes

Cómo llegó a casa:

Es una cucharita pequeña, delicada, una cucharita diseñada para manos pequeñas, y venía acompañada de un tenedor con el mismo diseño, mis papás me compraron ese pequeño juego de cubiertos cuando tenía unos 7 años y aunque funcional, sus mangos adornados con corazones, estrellitas y escaracha fueron para mí, como un tesoro, y no objetos útiles de mi diario vivir, fueron guardados con el tiempo, quizás demasiado, y en algún punto ambos se rompieron, el tenedor, desafortunadamente, se perdió, quizás descartado en una limpieza rápida, como ocurre con tantas cosas que un día son importantes y al siguiente pasan al olvido.

Pero la cucharita, sigue aquí, resistiendo el paso del tiempo, hasta con sus fracturas, el mango azulito está roto, su cuerpo ha sufrido el desgaste inevitable de los años. Sin embargo, algo persiste en ella: todavía guarda en su interior esas pequeñas estrellas, corazones y escaracha, encapsulados como si el tiempo no hubiera pasado. Como si, pese a sus cicatrices, aún llevara dentro de sí una promesa de alegría, la piel de una niña que disfrutaba tenerlos en sus pequeñas manos.

Llevaba años sin verla, la había dado por perdida como tantas otras cosas, hasta que mi mamá la encontró hace poco, escondida en un rincón olvidado de un cajón de la cocina, envuelta en una bolsa plástica. Cuando me la mostró, me invadió una nostalgia, esa nostalgia que duele un poco, pero a la vez reconforta. Era como si de repente un puente invisible se hubiera tendido entre mi yo de ahora

y la niña que fui, ahora siento un deseo por remendarla, por devolverle un poco de su antigua magia, de la magia que me dio y sigue intacta en una piel.



2.1.2 Remendado N.2



Piel: Espejo Limeño
Habita en: Desmemoriando amores:
Mis habitacipnes
Cómo llegó a casa:

Hace unos siete años, mi hermano mayor se fue a vivir a Perú. La primera vez que fuimos a verlo, mi mamá y yo nos dejamos cautivar por los espejos limeños y cusqueños. Nos enamoramos de ellos, así que decidimos traer algunos con nosotros, ya saben, para seguir ampliando el paisaje cositero. Con el paso de los años, el yeso que rodeaba el espejo fue debilitándose, hasta que, finalmente,

se desprendió y se rompió. El borde tan delicado y fino, simplemente no resistió y se quebró, no queríamos renunciar a él, así que mandamos cortar un espejo nuevo, del mismo tamaño y con esa forma ovalada característica que le daba elegancia. Intenté restaurarlo, recubriendo el borde con yeso una vez más, intentando replicar esa delgadez original que lo hacía tan único. Pero no lo logré. El yeso no quedaba igual de fino, y por más que intenté, el espejo continuaba desprendiéndose.

Busqué una solución diferente. Decidí usar pasta dorada para relieve, de "VitraSeta", la misma que se usa para hacer vitrales. Fue un acto de resignación y creatividad a la vez: sabía que no sería igual que el original, pero quería darle una nueva vida, aunque fuera diferente, lo uní cuidadosamente con esa pasta, creando un borde que ahora se ve de una forma distinta, ya no es el mismo espejo, no tiene la ligereza del yeso que alguna vez lo adornaba.

Aunque no quedó exactamente igual, me siento conforme con el resultado. Ahora, cuando veo ese espejo, no solo veo el reflejo de lo que fuimos, sino también de lo que hemos logrado conservar, aunque sea de otra manera. El espejo restaurado, es un recordatorio de nuestro primer viaje fuera de Colombia, de nuestro amor por mi hermano y de encontrar la forma de restaurar algo significativo.

2.1.3 Remendado N.3



Piel: Guardianes
Habita en: 1983: Preludio de un paisaje cositero en una fracción de lotería
Cómo llegó a casa:

Se trata de nueve figuras que, durante muchos años, custodiaron la entrada de nuestro apartamento desde lo alto, en la parte superior de la puerta, son pequeñas figuras de yeso, finamente pintadas, que le habían regalado a mi papá en su trabajo, sin embargo, a él no le causaron mayor gracia, pero a mi mamá, la cositera mayor de la casa, le encantaron desde el primer momento, ella les encontró a estos pequeños un lugar especial, asignándoles la noble tarea de vigilar la entrada del apartamento.

Los guardianes, con sus detalles delicadamente trabajados, parecían tener un aura de quietud y vigilancia, cada uno de ellos estaba adornado con colores tranquilos, trajes de telas delicadas, se trataba de figuras estáticas pero imponentes que se integraban al paisaje cositero de nuestra casa, por muchos años, cumplieron su función en silencio, acumulando con paciencia capas de polvo, pero siempre intactos y cumpliendo la tarea que valientemente aceptaron, mi mamá se encargaba de limpiarles el polvo cada cierto tiempo con un paño suave y el cuidado que merecían, como un acto de agradecimiento hacia el trabajo que ellos realizaban como guardianes de la puerta.

2.1.4 Remendado N.4

Pero un día, las cosas tomaron un giro inesperado, mi papá, en uno de esos arranques de limpieza profunda que de vez en cuando le aparecen, decidió que las figuritas necesitaban una limpieza profunda, no algo superficial, y convencido de que estaban más sucios de lo que aparentaban, decidió bajarlos de su lugar de guardia y sumergirlos en agua con jabón, creyendo que así los trajes que lucían iban a brillar más que nunca, los dejó en remojo durante un par de días, y mientras el agua se iba oscureciendo, pensó que el “mugre” de largas jornadas de custodia estaba finalmente saliendo de los guardianes.

Sin embargo, la sorpresa llegó cuando los sacó del agua pues, lo que saco de este profundo enjuague no fueron aquellos personajes vigilantes que él había sumergido, sino figuras descoloridas, despojadas de sus pigmentos, de sus armaduras, de su identidad, toda la pintura que alguna vez los adornó se había desprendido, como si el agua y el jabón hubieran borrado siglos de historia en un solo gesto, los guardianes, que habían resistido valientemente el polvo y el paso del tiempo, solo uno pudo sobrevivir, pero los demás no pudieron contra el agua brusca que los envolvió, además, otro de ellos se quebró, dejando al grupo incompleto.

Este incidente ocurrió hace un par de años, pero ellos siguen presentes, a pesar de su estado, mi mamá, que siempre encuentra valor en lo que parece perdido, no ha querido deshacerse de ellos, en lugar de eso, guarda la esperanza de que algún día yo les pueda devolver sus trajes, los colores y detalles que una vez los caracterizaron, el problema es que no tenemos ni una sola foto de cómo eran originalmente, no hay registro de sus vestimentas, de los colores que vestían, de la precisión con la que alguna vez fueron pintados.

A pesar de la falta de referencias, lo intentaré, los guardianes están en lista de espera, junto con otros objetos que aguardan su turno para ser restaurados, aunque no sé si lograré devolverles una imagen algo similar, hay algo en el acto de intentar que también tiene su valor, porque en el paisaje cositero, los objetos no son solo cosas, son pieles, capas que guardan las huellas de quienes los han tocado, cuidado y admirado, aunque ahora se vean como fantasmas de yeso, siguen siendo parte de esa historia, de esa acumulación de tiempo y memoria que habita nuestra casa.

Mientras tanto, los guardianes permanecen guardados, descansan en espera de una nueva oportunidad, de una intervención que los transforme o, al menos, que les devuelva parte de su antigua esencia, son una piel más en el paisaje cositero, un recordatorio de que lo material también es frágil y efímero, pero que, de algún modo, también encuentran la manera de resistir.

2.1.4 Remendado N.4

Piel: Guardianes

Habita en: Desmemoriando amores: Mis habitaciones

Cómo llegó a casa:

Este tajalápiz ha estado en mi casa desde que recuerdo, mi mamá se lo trajo a mis hermanos cuando eran pequeños, es un tajalápiz pesado, de esos que se fijaban a la mesa para darles estabilidad al momento de tajar, porque es metálico, no como los de ahora que en su mayoría son en plástico, al principio, funcionaba perfectamente, los lápices y colores quedaban muy bien afilados.

Con el tiempo era de esperarse que el filo se fuera desgastando por tanto uso, poco a poco el tajalápiz dejó de funcionar como lo hacía, pero, aun así, permaneció en su lugar, se veía más como un adorno del entorno, porque realmente ya no se usaba, igual su presencia seguía siendo imponente, como

esas piezas del paisaje cositero que, aunque despojadas de su funcionalidad, conservan un valor que trasciende lo material.

Un día, mi hermano Fabián, quiso abrirlo para ver si era posible recuperar el filo que en algún momento tuvo, lo abrió, pero la maquinaria ya estaba tan oxidada que no tenía solución y no solo no logró repararlo, sino que, al final, no pudo volver a cerrarlo correctamente, el tajalápiz quedó expuesto, con sus entrañas mecánicas al descubierto. Como no pudo arreglarlo, Fabián pensó que ya era hora de botarlo,



sin embargo, mi mamá no quería deshacerse del tajalápiz, sabía que encontrar uno igual en unos años sería una tarea complicada, ese tajalápiz, aunque roto y sin filo, formaba parte de las pieles afectivas de nuestra casa, no era solo un objeto, sino que era símbolo de los días en que lo cotidiano tenía un ritmo distinto, aunque ya no funcionara, lo quería conservar como una reliquia, una pieza de un pasado que aún se aferraba a su lugar en nuestra historia familiar.

Después de varios meses decidimos llevarlo a un lugar para que lo arreglaran, una especie de ferretería de un vecino, donde nos dijo que, podía ayudarnos a cerrarlo de nuevo, pero no a conseguir el mismo filo, el tajalápiz volvía a parecer entero, pero seguía sin funcionar como antes, la

manivela ya no giraba con suavidad, la cuchilla estaba oxidada. Y así se encuentra nuestro fuerte tajalápiz, un poco remendado y sin ser el mismo de antes, en algún tiempo esperando ser rescatado de la obsolescencia y ahora convirti-

do en una especie de metáfora de todos esos objetos que, aunque ya no funcionan, siguen teniendo un lugar en nuestro paisaje cositero,

En nuestra casa, los objetos que han dejado de funcionar no son desechados fácilmente, este tajalápiz con su maquinaria averiada tal vez nunca vuelva a afilar un lápiz, tal vez se quede para siempre como un adorno silencioso, pero su presencia es un recordatorio constante de que incluso lo roto puede seguir siendo valioso, de que todas estas pieles, como nosotros, cargan con el peso del tiempo y, a su manera, resisten.

2.1.5 Remendado N.5

2.1.6 Remendado N.6

Este reloj tiene una historia que va mucho más allá de lo que su delicada apariencia podría sugerir, este reloj perteneció originalmente a mi tía Laura en 1980 aproximadamente, ella es la hermana menor de mi mamá, trabajaba vendiendo ollas y purificadores de agua, cuando era muy joven, a pesar de que le iba bien en su trabajo, su vida personal estaba marcada por una relación abusiva, su pareja, era un hombre que la maltrataba tanto física como emocionalmente, le controlaba todo lo que ganaba, se apropiaba de todo su salario y le negaba hasta el más mínimo capricho con su propio dinero.

50. Mi tía en ese tiempo quería comprarse un reloj, porque no tenía y le parecía útil, un día vio uno en una vitrina del centro y le encanto, sin embargo, comprarlo no fue fácil, ella sabía que esa compra sería motivo de una discusión con su pareja, aun así, lo compró, consciente de las posibles consecuencias, cuando su pareja le exigió el dinero y notó que faltaba una pequeña parte, la confrontación fue inevitable, él se enfureció por la compra de mi tía Laura, mi tía, en un gesto de resistencia, le respondió que ella trabajaba muy duro y que tenía derecho a darse un pequeño gusto, pero el hombre, cegado por su absurda rabia, le arrebató el reloj de las manos y, en un acto de pura violencia, lo lanzó al suelo y se lo dañó.

Ella no tuvo más opción que intentar devolverlo para recuperar parte del dinero y evitar una discusión que no tendría fin, sin embargo, al ver el estado en el que quedó el reloj se negaron a aceptarlo en la tienda, entonces mi tía decidió acudir a mi mamá, quien optó por comprárselo para evitarle más agresiones, así, el reloj pasó a manos de mi mamá.

Mucho después, cuando yo tenía unos 17 años, el reloj reapareció, mi mamá lo había guardado tan bien que ni lo recordaba, resulta que el pobre y delicado reloj seguía roto, decidimos mandarlo a arreglar, a ver si podíamos devolverle la vida que una vez tuvo, y así se pudo remendar, su maquinaria volvió a funcionar.

A pesar de todo, el reloj sigue marcando el tiempo, resistiendo y resonando en el paisaje cositero como una piel de cuerpos que lo dañaron y ya no están.

Piel: Reloj de cuerda
Habita en: Desmemoriando amores: Mis habitaciones
Cómo llegó a casa:

2.1.7 Remendado N.7

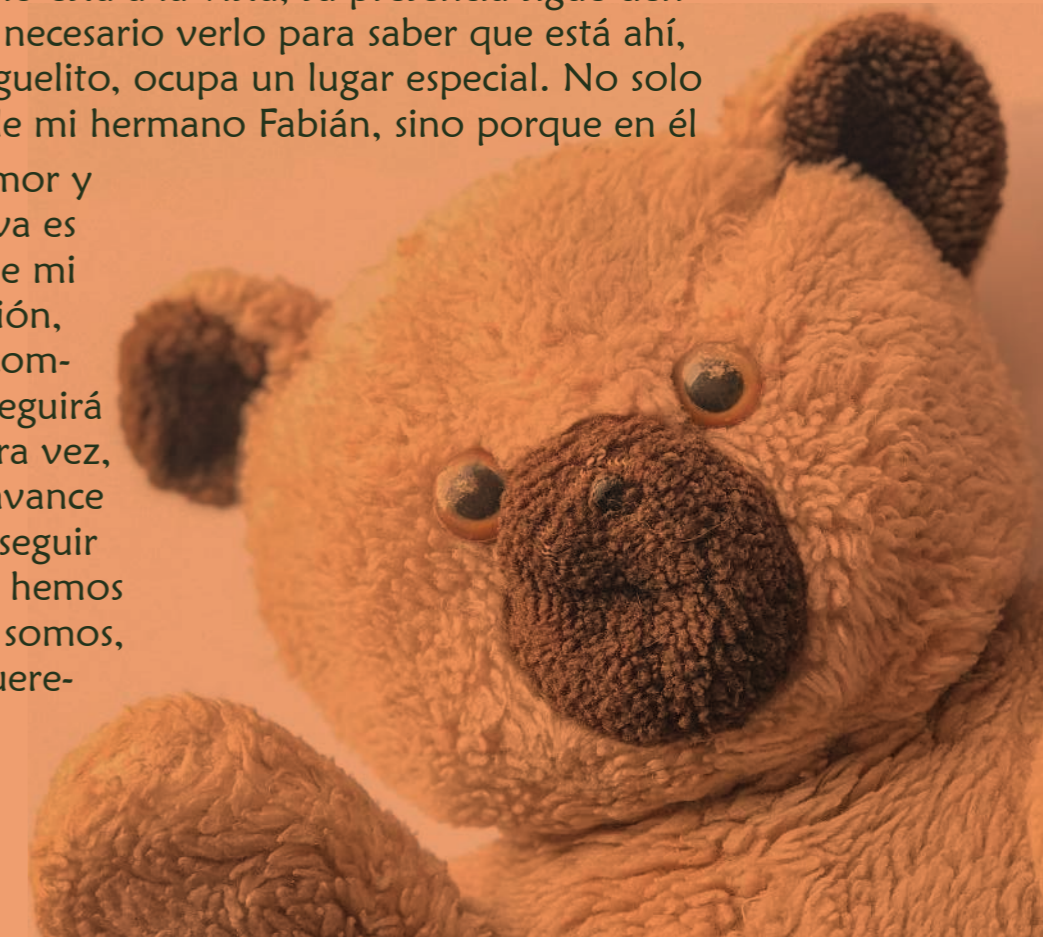
Piel: Miguelito
Habita en: Chécheres latentes
Cómo llegó a casa:

Miguelito fue el primer regalo que recibí mi hermano Fabián de parte de sus padrinos, es decir, este oso de peluche llamado Miguelito tiene unos 35 años, a lo largo de todos estos años, ha sido un miembro más de esta casa, siempre muy presente desde la cama de Fabián, como si vigilara desde ahí el curso del tiempo, cada vez que se le caía la nariz o se descosía alguna de sus extremidades, mi mamá, con mucha amabilidad y cariño, lo remendaba, volviéndolo a dejar como nuevo, restaurando su acolchada piel con dedicación.

Ahora, Miguelito se encuentra viviendo cuidadosamente en el armario del altillo, compartiendo junto a otros peluches, en una especie de retiro privado de nuestras infancias, es como si ese espacio en el altillo fuera una cápsula del tiempo, donde conservamos trozos de un pasado que nos resistimos a dejar ir, no es solo un peluche; es la representación de una época en la que la inocencia y el afecto también se podía traducir en objetos que nos acompañaban en nuestro día a día. Miguelito, con su cuerpo remendado, es testimonio de un amor que se rehace una y otra vez, de un apego que al que no se le permite desvanecerse.

Remendarlo, cosiendo cada pequeña herida, era una manera de prolongar ese afecto, de sostener la memoria de una infancia, devolverle la nariz o cerrando una costura era un acto de cuidado, no solo hacia el objeto, sino hacia los recuerdos y las emociones que en él se contenían. Miguelito fue un compañero de aventuras, un confidente mudo, una figura que anclaba a la simplicidad y la seguridad de una niñez.

A pesar de que Miguelito ya no está a la vista, su presencia sigue dentro del paisaje cositero, no es necesario verlo para saber que está ahí, guardado con delicadeza. Miguelito, ocupa un lugar especial. No solo porque fue el primer regalo de mi hermano Fabián, sino porque en él se han proyectado años de amor y cuidado, cada cicatriz que lleva es un testimonio de las manos de mi madre que, con cada reparación, mantenía viva esa piel que acompañó la niñez de su hijo, así seguirá siendo: remendado, una y otra vez, para que, aunque el tiempo avance implacable, Miguelito pueda seguir existiendo en ese espacio que hemos creado para preservar lo que somos, lo que fuimos, y lo que no queremos olvidar.



2.2 LOS INTOCABLES

2.2 LOS INTOCABLES

52. **S**on aquellas pieles que atesoramos, esas que consideramos únicas y frágiles, que están cargadas de una delicadeza que las convierte en algo irrepetible, como si nadie más pudiera poseer algo igual en su casa. Son más que objetos: son testigos silenciosos de momentos importantes, las que guardan en sus pliegues y grietas el registro de un acontecimiento que, a veces, ni nosotros mismos recordamos con claridad, pero que ellas conservan como un sello imborrable. Estas pieles, ya sean de tela, cuero o algún otro material, han absorbido la esencia de esos instantes pasados y los han encapsulado, convirtiéndose en vestigios de nuestra cotidianidad.

Cuando las observamos, lo hacemos con una mezcla de nostalgia y reverencia, no podemos imaginar una transformación en su piel, ni un traslado de su función habitual, porque algo en nosotros se resiste a la idea de verlas transformadas. Las queremos intactas, congeladas en el tiempo, un universo frágil y perfecto que nos ofrece la ilusión de que el tiempo no ha pasado, de que lo importante sigue allí, suspendido en su interior, nos aterra la posibilidad de un gesto torpe que pueda dañarlas, que nos engañe el equilibrio y se quiebre la delgada línea entre nuestra memoria y su fragilidad, por eso son pieles intocables.

Son tan frágiles como el olvido mismo, pero también, de alguna manera, tan resistentes como nuestra necesidad de aferrarnos a ellas. En el paisaje cositero, ocupan un lugar especial, un lugar que cuidamos con devoción, donde el polvo no las daña, sino que las acaricia suavemente, como un velo aterciopelado que parece protegerlas del desgaste de una caricia. Las acomodamos en rincones silenciosos, donde el tránsito del día a día no puede alterar su quietud, y en ese espacio les damos la posibilidad de existir, de seguir siendo testigos de lo que fueron, aunque nosotros hayamos cambiado.

2.2.1 INTOCABLE N.1

Piel: Té para una
Habita en: Desmemoriando
amores: mis habitaciones
Cómo llegó a casa:

Este es el pocillito del que hablaba anteriormente, una pequeña joya de mi infancia, una tacita de té que, curiosamente, nunca llegué a usar como se había planeado. Mi mamá me la compró en el Quiriguá, un barrio que no queda muy lejos de donde vivimos, cuando yo tenía unos 6 años, recuerdo la emoción de ese momento, cómo me imaginaba jugando al “té” con ella. Sin embargo, la realidad fue otra. El pocillito, a pesar de su tamaño diminuto, es de vidrio, y a mi mamá le entró un miedo de que yo pudiera romperlo mientras jugaba y terminar cortándome. Así que, en lugar de convertirse en parte de mis juguetes cotidianos, el pocillito fue ubicado un lugar especial, prácticamente inalcanzable para mí, encima de la puerta del apartamento, en una pequeña ventanita que tenía la puerta. Desde ese mirador blanco, el pocillito permaneció durante años, como un objeto destinado a ser admirado, pero



53. nunca tocado, era una presencia constante, pero distante, como un recuerdo de algo que pudo haber sido, pero nunca llegó a ser. Habitaba allí, inmutable, protegida del caos de la vida cotidiana. Nunca jugué con ella, y tal vez por eso ha conservado una suerte de aura intocable, algo que hoy me parece precioso por lo que representa, más que por su simple función. Ahora, después de tantos años, el pocillito está más cerca, ya no encaramado en ese rincón inalcanzable, sino al alcance de mi mano. Y, sin embargo, me aterra la idea de dañarla, de romperla. Es irónico que algo que nunca llegué a usar en su momento, algo que estuvo siempre fuera de mi alcance, me causó hoy una especie de reverencia. La observo con detenimiento. Me parece tan frágil, cualquier intento de usarla ahora se sentiría como una traición a su historia. El pocillito, en su quietud, se ha convertido en uno de mis “intocables”. Es uno de esos objetos que representan mucho más que su materialidad; encierra una parte de mi niñez, de las preocupaciones de mi madre, de los juegos que nunca llegaron a ser. Es mi intocable tacita de té, siempre lo fue.

Piel: 2-29-54-18

Habita en: 1983: Preludio de un paisaje cositero en una fracción de lotería

Cómo llegó a casa:

Este teléfono llegó a mi casa porque una secretaria del lugar donde trabajaba mi mamá, se lo vendió, más o menos en 1999. La mujer se iba a vivir a México, y como ocurre con los objetos que uno no puede llevarse en el bolsillo, decidió que el teléfono encontraría un nuevo hogar, lo utilizamos durante muchos años, y con el tiempo se ha convertido en uno de nuestros "intocables", no solo por su valor práctico en su momento, sino porque creemos que es una pieza única, diferente, que se ha ganado un lugar especial en nuestra memoria familiar.



ficantes en su momento, pero que ahora se sienten como pequeños tesoros, la llamada que siempre les hacía a mis papás al trabajo para avisarles cuando llegaba del colegio, una rutina simple, pero que en su repetición diaria construyó una especie de ritual que, sin darme cuenta, quedó profundamente grabado en mí, recuerdo también cómo los

números del teléfono se iluminaban con una luz verde, un detalle que hoy me parece nostálgico y encantador, como una reliquia tecnológica de otra época, en esa diminuta pantallita aparecía la hora, otro de esos detalles insignificantes que, con el paso del tiempo, adquieren un valor emocional, horas de tiempos que no volverán.

Aunque el teléfono ha quedado en desuso, guardado con mucho cuidado y amor, sigue siendo un objeto que, al verlo, nos transporta, es un recordatorio físico de una época donde las llamadas tenían otro ritmo, otro peso.

Hoy, el teléfono sigue recordándonos que hay cosas que, aunque aparentemente inútiles en el presente, siguen siendo esenciales en el mapa de nuestro pasado y en nuestro paisaje cositero, es un objeto que, como tantos otros, se ha vuelto intocable no por su función, sino por las historias que encierra, por la fragilidad de los recuerdos que trae consigo, y así, guardado con esmero, sigue siendo parte de nosotros, de nuestro paisaje cositero.

Piel: Ballena en gamuza

Habita en: 1983: Preludio de un paisaje cositero en una fracción de lotería

Cómo llegó a casa:

Este pequeño juego trae unas candongas, una cadena y una pulsera, vienen guardadas dentro un estuchito en forma de ballenita rosada de gamuza, este juego me lo compró mi mamá para mi bautizo, sólo lo usé ese día, y después, como si fuera demasiado precioso para el uso cotidiano, mi mamá lo guardó con cuidado, no lo volví a usar más, como si el simple hecho de sacarlo de la pequeña boquita de la ballenita implicara desgastar un recuerdo, o alterar la perfección de esa primera vez.

Aún se conservan las tres piezas: las candongas, la cadena y la pulsera, curiosamente, todavía me quedan. Sin embargo, siguen estando guardadas, intactas, como si el tiempo no hubiera pasado por ellas. Para mi mamá, estas joyas son intocables, hay algo sagrado en la manera en que las mantiene bajo su custodia. Cada vez que pienso en ellas, me doy cuenta de que, aunque no las use, siguen representando algo profundo.

Puede que, algún día, este pequeño tesoro dorado pase a ser heredado por mi sobrina. Quizás ella también las use para una ocasión especial, llevándolas consigo como un símbolo de conexión



entre generaciones, un pequeño puente dorado entre su historia y la mía, o tal vez, en un giro inesperado, sea yo quien decida lucirlas en mi día de sustentación o el día de mi grado, como una manera de honrar ese pasado que ha estado siempre guardado, esperando su momento para resplandecer de nuevo.

Pero también es posible que las joyas sigan allí, en custodia de la pequeña ballenita rosada, durmiendo en su lengua de gamuza, preservadas en el tiempo como un testigo mudo de la vida que han acompañado desde la distancia. Guardadas con tanto amor que su valor va mucho más allá del material del que están hechas, estas joyas son un recordatorio de que hay cosas que, aunque no

se usen, nunca pierden su significado, se mantienen allí, como parte del paisaje íntimo de los objetos queridos, de esos "intocables" que no necesitamos usar para saber que nos pertenecen y que están anclados a nuestra historia.

En su delicada hermosura, este juego dorado no solo refleja el amor de una madre, sino también esa necesidad de preservar lo valioso, de custodiar aquello que, aunque pequeño, encierra un mundo de significados. Sea cual sea su destino, esas pieles llevan el cuerpo de una niña feliz y vestida de blanco en su gamuzado interior.

2.2.4 INTOCABLE N.4

Piel: Nupcias enlozadas

Habita en: 1983: Preludio de un paisaje cositero en una fracción lotería

Cómo llegó a casa:



6 PLATOS Y 6 POCILLOS PARA TINTO



OFERTA ESPECIAL

OFERTA ESPECIAL

Esas vajillas llegaron a la casa como regalos de matrimonio para mis papás, y desde entonces han estado organizadamente en muebles como testigos silenciosos de momentos compartidos, son varias y variadas: algunos juegos son de tinto, perfectos para ese ritual diario del café que tanto les gusta a mis papás, otros son para el té, con tazas finas y delicadas que parecen invitar a la pausa y la conversación tranquila. También están los platos hondos, diseñados para la sopa, y entre ellos, algunos llevan flores estampadas, mientras que otros permanecen sobrios, sin decoración, pero con la misma esencia.

A pesar de su variedad, algo curioso sucede con estos "intocables". Aunque estas vajillas habitan en silencio en las alacenas, casi nunca son usadas. Siempre hay otras piezas más comunes, más prácticas, que se compran por aparte y que soportan el uso diario, las vajillas más preciadas, permanecen intactas, resguardadas para momentos que se consideran dignos de su presencia, momentos "especiales" que llegan, pero nunca recuerdan el uso de estas piezas. Por eso son parte de esas pieles into-

cables, dignas de estar en esta categoría de objetos que parecen demasiado frágiles o significativos para tocarse. De este cuidado en torno a las vajillas nació mi interés por la decoración de porcelana china. Aunque claramente las vajillas de mis papás no son porcelana genuina, sino una sutil imitación, siempre me ha fascinado la manera en que el azul y el blanco se despliegan sobre sus superficies brillantes. China es conocida como el país de la porcelana, material creado hace casi dos milenios. Los chinos en un intento de reproducir una arcilla que imita al jade y al bronce inventaron la porcelana, lo que fue un memorable error científico. La porcelana china ha sido admirada y apreciada por los emperadores, nobles y plebeyos. Es un oficio, una destreza, un arte, y un lujo, pero por sobre todo es la representación de un imperio, de una ciudad milenaria, que ha asombrado al mundo.

Tuvo su máximo esplendor durante la dinastía Sung (960-1279) en donde se vio plasmada en platos, vajillas completas, figuras, esculturas, joyeros, jarrones, caracterizados por su color, grabado y forma, las batallas y los actos heroicos. (La Anticuaría, 2021) Desde pequeña, he sentido admiración por esos trazos. En mi mente, esas vajillas y sus delicados detalles siempre han estado íntimamente ligadas a mi casa. Son más que simples objetos; son pieles, frágiles y delicadas, que contienen en sí mismas una especie de historia secreta, pieles intocables que, sin embargo, se tocan cada vez que las admiramos, cada vez que las sacamos para alguna ocasión especial, si nos acordamos.

Esa idea de las pieles intocables ha sido para mí un concepto clave, algo que he querido explorar y demostrar a lo largo de los años, en estas vajillas, y en otros objetos similares, se manifiesta esa dualidad entre lo cotidiano y lo especial, entre lo que se toca y lo que se preserva. Son pieles admiradas, pieles delicadas, y al mismo tiempo, pieles que, en su quietud, nos recuerdan que hay belleza en lo que se cuida y se protege, en lo que se guarda para ocasiones, y se llenan de un significado. Nos recuerda la casa, la comida de mamá.

Piel: vestido de bautizo para Fabián y Camilo
Habita en: Chécheres latentes
Cómo llegó a casa:

Estos son los trajes de bautizo de mis hermanos Fabián y Camilo, dos conjuntos que parecen estar congelados en el tiempo, como si aún aguardaran el momento en que fueron usados por primera vez, ambos trajes fueron regalos por sus padrinos, en el caso de Fabián, sus padrinos fueron: mi tía Martha y su esposo, y en el de Camilo, fueron: Jannette y Miguelito, amigos de mis papás. En ese momento, era una tradición que los padrinos compraran el traje del bautizo del ahijado, una costumbre que parece haberse desvanecido con el tiempo. Digo “parece” porque, aunque mis hermanos y yo somos padrinos, ninguno de nosotros compró el traje para nuestros ahijados, o al menos, no nos informaron que teníamos esa responsabilidad.

Esos trajes siguen guardados, bien doblados, resguardados del paso del tiempo y del uso.

Para mi mamá, al igual que el juego de la ballenita, estos trajes son intocables, verdaderos tesoros de tela que se mantienen fuera del alcance del uso cotidiano, en ellos ve de nuevo a sus hijos pequeños, son intocables porque llevan consigo no solo la memoria del día del bautizo, sino también el reflejo de una época de alianzas con sus compadres, un vínculo entre familias que, más allá de la ceremonia, se sellaba con una promesa de cuidado y acompañamiento. Para mis papás, estos trajes no son simplemente ropa; son pieles de tela, un tejido de tradición, cada uno rememora el día en que fueron usados, más allá de las fotos de aquel día, lo que queda son estos trajes, estas pieles que están lejos de las manos y del desgaste, para seguir vivos en la memoria.

Es curioso cómo esos trajes, que alguna vez fueron usados un solo día, permanecen tan pre-

sentes, no solo por su materialidad, sino por lo que representan, son intocables porque no solo evocan el bautizo de mis hermanos, sino también la amistad de mis papás con sus compadres, una amistad que, al igual que esos trajes, ha sido guardada y cuidada a lo largo del tiempo. Esos “tesoros de tela”, son pieles cargadas de recuerdos.

El día del bautizo de mis hermanos fue, sin duda, un día importante, y estos trajes son la piel tangible de esa memoria, no importa cuánto tiempo pase, esos pequeños trajes siguen siendo intocables, una parte fundamental del paisaje cositero, del recuerdo de sus “chinitos”, son el símbolo de un vínculo entre lo sagrado y lo cotidiano, entre el amor y la tradición, que sigue vigente en esos trozos de tela, preservados como parte de nuestra historia familiar, de nuestro paisaje cositero.



Piel: Mi primer disfraz
Habita en: Chécheres latentes
Cómo llegó a casa:

Este fue mi primer disfraz y tiene una historia que quedó grabada en los recuerdos de mis papás y de mis hermanos, mis papás me cuentan que en ese entonces yo estaba en el jardín y teníamos una actividad, para Halloween. Como era de costumbre, mi mamá me dejaba al cuidado de la señora Cecilia, una vecina que vivía en la esquina de nuestra cuadra, ella me llevaba y recogía del jardín porque mis papás trabajaban todo el día, mi mamá confiaba en ella plenamente, pues además de vivir cerca, mi mamá era la madrina de una de sus hijas.

Esa mañana, mi mamá se aseguró de dejarme con el disfraz ya puesto, precisamente para evitarle a la señora Cecilia el esfuerzo de cambiarme antes de llevarme al jardín. Mi mamá me dejaba siempre muy temprano, tipo 5am, una hora en la que mucha gente está durmiendo y el sol apenas comienza a salir. Mi mamá no imaginaba que ese disfraz, mi primer disfraz, sería el protagonista de una pequeña travesura que más tarde ella recordaría con sentimientos encontrados.

Cuando regresó por mí al final del día, la señora Cecilia le contó con una risa nerviosa lo que había pasado, resulta que, entre ella y sus hijas, me habían quitado todo el disfraz apenas mi mamá me dejó en su casa y se lo pusieron a su nieta, una niña que tenía un año menos que yo. La razón de su “préstamo” fue tomarle algunas fotos, ya que no tenían un disfraz para la nieta, me imagino la escena: yo, seguramente algo adormilada, viendo cómo le ponían mi disfraz a otra niña igual de adormilada, mientras todas se divertían con la ocurrencia. Luego, me lo volvieron a poner como si nada hubiera pasado.

Mi mamá, sin embargo, no se lo tomó con la misma ligereza. Se enojó, había sido especial para mis papás y mis hermanos verme por primera vez disfrazada, y ver que el disfraz que con tanto cariño me habían conseguido, me fue quitado sin consentimiento y aunque fuera por unos minutos, le resultó molesto. Además, el

hecho de que todo ocurriera tan temprano en la mañana, antes de que yo siquiera llegara al jardín, les pareció aún más atrevido, pero a pesar de su enojo, no dijo nada, la señora Cecilia era, al fin y al cabo, una persona de confianza que cuidaba de mí mientras mis papás trabajaban, y en el fondo, sabían que no había mala intención en lo que había pasado.

Con el tiempo, aquella niña, la nieta de la señora Cecilia, se convirtió en una de mis mejores amigas. Angie, crecimos juntas, es alguien con quien he compartido tantas risas y momentos importantes y la señora Cecilia, sigue siendo una figura muy importante en mi vida, le guardo muchísimo cariño.

Hoy en día, se sigue guardando ese disfraz, una piel intocable que se atesora con cuidado, aunque yo no tengo recuerdos vívidos de haberlo usado, puedo ver las fotos y la felicidad de mis papás y hermanos junto a mí y aunque, recordando la historia me invade un sentimiento de nostalgia por lo que pudieron sentir mis papás, pero me queda el recuerdo de su intención por verme disfrazada y lo felices que nos vemos en las fotos, esta piel siempre será intocable.



2.2.7 INTOCABLE N.7

Piel: Plancha
Habita en: Chécheres latentes
Cómo llegó a casa:

Esta plancha llegó a nuestra casa como un regalo que le hicieron a mi papá cuando trabajaba de celador en un conjunto residencial, él, con su capacidad de conocer a mi mamá frente a muchas cosas que le gustan, supo inmediatamente que este sería un objeto que le gustaría y no se equivocó, cuando la llevó a casa y ella la vio, inmediatamente la transportó a algo profundo en su memoria, la plancha no solo era un objeto; era un recuerdo encapsulado, la llevó justamente a un momento en su niñez, a los días en que veía a su propia madre planchar, en una época donde sus manos trabajaban inagotablemente para mantenerla a ella y a sus hermanos.

Mi abuela, murió muy joven y cuando mi mamá era apenas una niña, y a pesar de eso sigue muy presente en los recuerdos de mi madre. Recuerda cómo, además de vender comida, mi abuela planchaba ropa para ganarse la vida, la imagen de esa plancha pesada entre las manos de mi abuela quedó impresa en la memoria de mi mamá, lastimosamente no existe ninguna foto de mi abuela, ningún rastro físico que podamos observar. Esta plancha, aunque no le perteneció a ella, se ha transformado en una piel intocable dentro de nuestro paisaje cositero, no solo por su peso, su textura áspera, y su hierro frío que resiste el paso del tiempo, sino porque evoca momentos de otra época, un eco lejano que conecta las historias de mi abuela con la vida de mi madre y, de alguna forma, con la nuestra.

Aunque sabemos que esta plancha nunca fue utilizada por las manos de mi abuela, la tratamos con el cuidado de quien guarda un fragmento de historia familiar, es casi como si las pieles de los cuerpos que alguna vez la utilizaron nos otorgaran el permiso, por un instante, de retroceder en el tiempo, de ubicarnos en esos días en los que con mucho esfuerzo mi abuela sobrevivía, y la rutina diaria era una forma de resistencia y cuidado. Esta plancha, más que un objeto, es un puente hacia otro tiempo, hacia una figura ausente pero siempre presente.



No es solo intocable por lo que simboliza en la memoria de mi mamá y la nuestra, sino también por su material: tan fuerte, tan sólido, pero también tan frágil ante los inevitables cambios del tiempo, su permanencia es un recordatorio de cómo, a pesar de su fortaleza física, los objetos están ubicados en las historias que les proyectamos, de los significados que les damos, de los recuerdos que cargan y se encuentran también en esa delicada tensión entre lo sólido y lo efímero, este tipo de planchas ya no se usan y, sin embargo, son un testimonio de lo que fue, de lo que ya no está.



2.3 Los memorables

Las pieles memorables son esas que fácilmente cuentan una historia, un momento específico que sigue resonando y que, aunque el tiempo haya pasado son objetos que al tocarlos o simplemente al mirarlos te trasladan a un recuerdo íntimo, estas pieles que, a diferencia de los intocables, no viven en la misma fragilidad, no están resguardadas con tanto celo, pero aun así poseen una importancia innegable, no son veneradas por su físico inalterado, sino por las marcas que han acumulado, ese desgaste que cuenta su propia historia.

El tiempo las transforma, pero lo hace con una especie de ternura y calidez, se pueden desteñir, su brillo se puede apagar, algunas grietas aparecer, y puede que el óxido o una mancha termine por hacerse presente, y, sin embargo, esos detalles no les quitan su valor; al contrario, las pieles memorables adquieren más profundidad conforme el tiempo las toca, porque lo que se va desvaneciendo en lo material, se va incorporando en lo emocional, no importa cuántas cicatrices lleven encima, lo memorable sigue ahí, intacto y vibrante

Estas pieles también representan logros, metas alcanzadas, deseos que una vez fueron anhelos y que, con el tiempo, se hicieron realidad, cada señal de desgaste funciona como testigo silencioso de lo vivido.

En su delicado equilibrio entre fragilidad y resistencia, las pieles memorables se convierten en un punto de encuentro entre el pasado y el presente, son guardadas con cariño, expuestas con orgullo, se dejan ver, para compartir las historias que han recogido en su andar. Porque, al final, lo memorable no reside en su perfección, sino en cómo, a pesar de todo, siguen contando lo que tienen que contar.

2.3.1 Memorable N.1

Piel: Trofeos de tejo
Habita en: 1983: Preludio de un paisaje cositero en una fracción de lotería
Cómo llegó a casa:



Desde 1990, mi mamá comenzó a participar en campeonatos de tejo en el lugar donde trabajaba, eran campeonatos femeninos, en canchas llamadas pony, que son canchas pequeñas, y fue ahí donde nació nuestro gusto por el tejo, ese deporte que, para muchos, es solo una tradición folclórica, pero para nosotros, es parte de la historia familiar. Mi papá también jugaba, pero en cancha larga, aunque nunca llegó a competir en algún campeonato. Aun así, era un ritual de ambos salir a jugar con frecuencia, casi siempre con mis tíos, mientras ellos salían a jugar tejo, nosotros, los primos, nos quedábamos en casa, siempre bajo el cuidado de alguien mayor, en muchas ocasiones, era mi hermano Camilo quien se encargaba de vigilarnos, aunque los adultos se turnaban para pasar a vernos, porque siempre iban a canchas cercanas a la casa. Yo siempre esperaba con ansias cumplir los 18 años para poder unirme a esas salidas que parecían tan divertidas, desde pequeña nos íbamos con mi papá y mis hermanos a los campeonatos de mi mamá, donde sí me dejaban entrar a verla competir y era muy emocionante, la adrenalina se sentía en el aire y los sonidos de los tejos chocando contra las mechas quedaban grabados en mi men-

.65.

te, mi papá nos llevaba a mis hermanos y a mí para que la viéramos, y de paso, él nos enseñaba a jugar, sin mechas claramente, y recuerdo esos intentos inocentes, cuando lanzaba el tejo apenas a unos pasos delante de la cancha, porque era mucho el peso del tejo para mí.

Cuando por fin cumplí 18, ya no nos reuníamos tanto con mis tíos, la vida había cambiado su curso y esos días de primos se fueron quedando atrás, pero para mi alivio, mi anhelo no se extinguió, porque entonces comenzó una nueva etapa, mis papás, mis hermanos y yo seguíamos saliendo a las canchas cada vez que podíamos, era casi un ritual que nadie quería romper, incluso se volvió algo más grande, porque a veces invitábamos a las novias de mis hermanos y amigos, el tejo, lejos de ser solo un deporte, es el hilo que nos conecta, que mantenía viva esa tradición familiar. Durante la pandemia, cuando las salidas se volvieron imposibles, buscamos una alternativa para no dejar morir esa costumbre y compramos canchas de tejo de plastilina, para poder jugar en la casa, no era lo mismo, claro, pero nos distraíamos, afortunadamente, tenemos canchas muy cerca de la casa, y ahora que mi hermano mayor, Fabián, vive en Perú, y Camilo se ha mudado un poco más lejos, esa costumbre se ha mantenido, aunque ya no salimos con tanta frecuencia, pero cuando mis hermanos vuelven, jugar tejo es casi una cita obligada, no es necesario planearlo, simplemente lo hacemos, porque es algo que todos disfrutamos, un pequeño ritual que hemos guardado con amor.

Y esos trofeos que están guardados en casa, más que victorias de mi mamá en campeonatos, son símbolos de momentos compartidos, son la tradición que continúa, aunque el tiempo pase y cada victoria en esas canchas de tejo son la celebración de nuestra historia familiar, de los lazos que, como esos trofeos, permanecen intactos y llenos de recuerdos, son una victoria compartida.

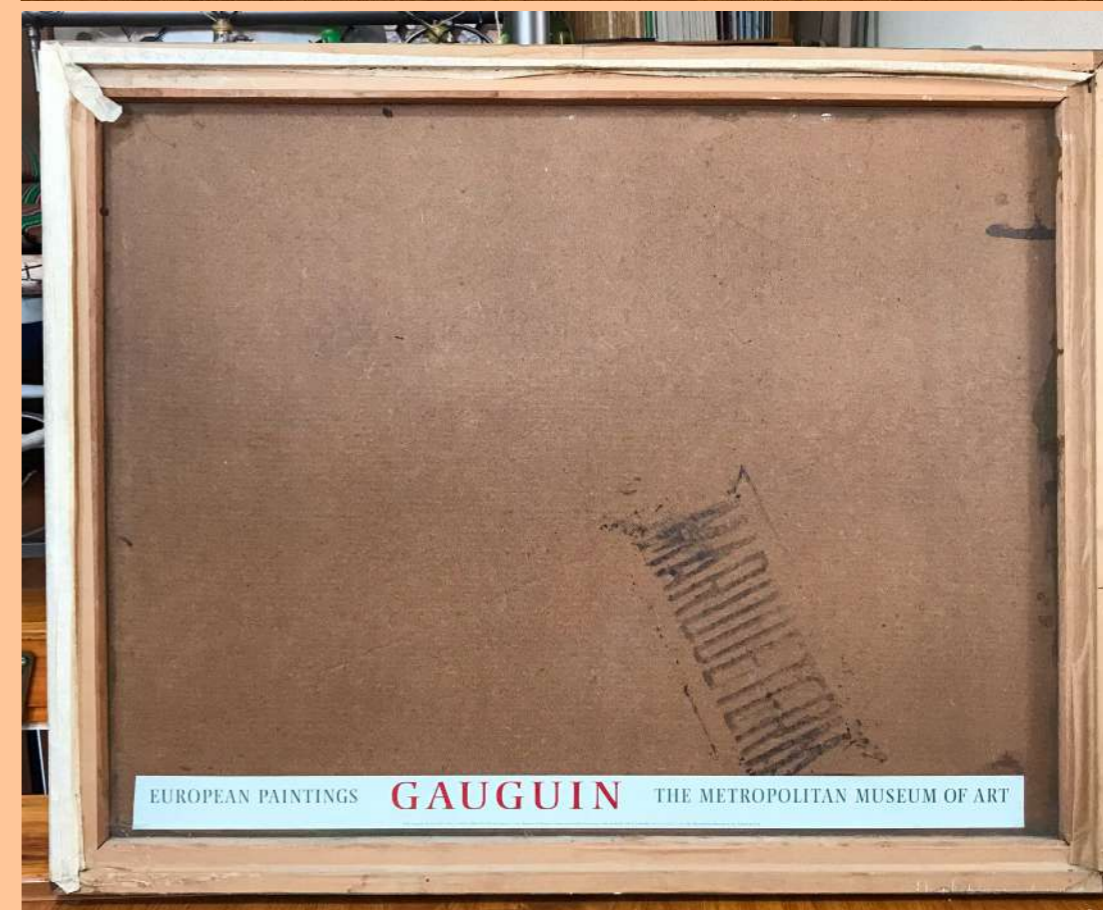
2.3.1 Memorable N.1

2.3.2 Memorable N.2

Piel: Gauguin no sabía que era Gauguin

Habita en: Chécheres latentes

Cómo llegó a casa:



Este cuadro llegó a nuestra casa en el año 2000, como si el destino hubiera decidido que formara parte de nuestras vidas sin previo aviso, era de la empresa donde trabajaba mi mamá, un día, decidieron hacer un traslado a nuevas oficinas y, en el proceso, sacaron muchos objetos como: muebles, cuadros, papeles, que parecían haber perdido su lugar y utilidad en la empresa, entre esos objetos olvidados, estaba este cuadro,

se lo regalaron a mi mamá, quien simplemente lo trajo a casa, por el paisaje, le pareció hermoso y sin mayor ceremonia lo colgó en la sala. Pasaron los años, y el cuadro fue ganando una presencia en nuestra cotidianidad, sin embargo, no fue hasta que mi hermano comenzó a estudiar en la universidad cuando en una de sus clases, hablaron de Gauguin, y cuando proyectaron una de sus pinturas en el aula, algo resonó en él, el cuadro en la pared de nuestra sala, que hasta entonces era un simple adorno,

de repente adquirió un significado profundo, mi hermano lo reconoció de inmediato: “Granja en Bretaña”, 1894.

Lamentablemente, la ignorancia a veces cobra su precio, durante esos años, el cuadro no fue tratado con el cuidado que merecía, las veces que se pintó la casa, dejaron manchas de pintura sobre su superficie, y algunos raspones delataban el paso del tiempo. Incluso en un día de lluvia donde el agua se entró el agua lo alcanzó y aunque intentamos secarlo rápidamente, la humedad dejó su huella en las esquinas, el color que alguna vez fue vibrante también empezó a desvanecerse con los años, como si el cuadro mismo reflejara el desgaste inevitable del tiempo.

A medida que fui creciendo, esa obra, con todas sus cicatrices, comenzó a adquirir un valor emocional para mí, mi hermano me contaba sobre Gauguin, sobre su amistad con Van Gogh, sobre las complejidades y turbulencias que acompañaron sus vidas, lo que había empezado como una simple decoración se transformó en un puente hacia historias más grandes, tanto artísticas como familiares, en algún momento, mi madre consideró deshacerse del cuadro, para ella, su desgaste lo hacía parecer un objeto descuidado, sin el brillo que había tenido años atrás, pero yo me aferré a él. porque, a pesar de sus manchas, de sus rasguños, de los estragos de la humedad, sigue teniendo un inmenso valor para nosotros, cada cicatriz es un recordatorio de su recorrido y de cómo ha sobrevivido a través de los años, permaneciendo así el paisaje de Gauguin en el paisaje cositero.

Piel: ¿I+25, II+25?

Habita en: 1983: Preludio de un paisaje cositero en una fracción de lotería

Cómo llegó a casa:



Estas son las manillas características de maternidad que ponen en el hospital cuando se va a dar a luz. Sirven para identificar al bebé y registrar detalles importantes como el peso, el sexo y la hora de nacimiento, a simple vista parecen objetos rutinarios, pero estas pequeñas tiras de plástico o tela guardan ciertas memorias escritas. En mi caso, son memorables por dos razones que van más allá de su función práctica.

La primera razón es que representan un deseo cumplido de mis padres, de formar la familia que siempre soñaron, desde que tengo memoria, mis papás siempre dijeron que querían tener hijos, ellos querían tener un niño y una niña. Primero llegó mi hermano Fabián, para el segundo embarazo nació otro varón, mi hermano Camilo, en el tercer embarazo llegué yo. Estas manillas, entonces, no solo marcan el momento exacto de nuestros nacimientos, también simbolizan la fortuna de ser hijos queridos, hijos esperados con ansias y amor, cada una de esas manillas es una prueba tangible del cumplimiento de un deseo.

2.3.2 Memorable N.2

2.3.4 Memorable N.4

Piel: Arras

Habita en: 1983: Preludio de un paisaje cositero en una fracción de lotería

Cómo llegó a casa:



Estas son las arras de matrimonio de mis padres, pequeños objetos que llevan en su brillo una tradición, la historia de dos vidas que se iban a unir y una promesa. Por lo que entiendo estas monedas son un ritual que simboliza la garantía del matrimonio, es decir, una especie de contrato material que aseguraba el compromiso de los esposos. Hoy en día, el intercambio de estas monedas durante la ceremonia augura: Un deseo de prosperidad mutua, de una unión sólida y la promesa de compartirlo todo, no solo los bienes materiales, sino también los sueños, las esperanzas y las dificultades que puedan ir presentando en el camino, las arras son pieles que representan para mis papás un pacto, un compromiso de ayuda mutua, de apoyo incondicional.

Para mis padres, estas pieles son memorables porque encapsulan ese momento crucial de sus vidas, cada vez que las miran, pueden revivir las emociones de ese día, el nerviosismo, la alegría, la sensación de estar dando un paso importante hacia un futuro compartido, un compañerismo que sigue fluyendo, donde el amor y el compromiso se renuevan constantemente.

Para mí, como hija, estas arras son también un vínculo con el pasado, con una historia que comenzó antes de que yo naciera, pero que se fue ampliando y legando a ella Fabian, Camilo y yo. Al verlas, no puedo evitar imaginarme ese día, a mis padres llenos de ilusiones y expectativas, haciendo un pacto que aún hoy, tantos años después, siguen respetando, estas pieles pequeñas cargan un significado enorme, unas pieles que llevan impreso el esfuerzo, el amor y la dedicación de dos personas que decidieron unir sus vidas y seguir caminando juntas, enfrentando todo lo que el mundo les ponga por delante.

Y aunque el tiempo pase, aunque las monedas puedan perder algo de su brillo con los años, su valor simbólico no hace más que aumentar, son pieles que no solo adornan el paisaje familiar, lo nutren, lo mantienen vivo, al observarlas, uno no solo ve el pasado, sino también el futuro, el deseo de que esa prosperidad y esa unión sigan creciendo, que sigan compartiendo sus vidas, pero, sobre todo, su amor.

La segunda razón por la que estas manillas son memorables tiene que ver con un descubrimiento inesperado, casi una broma del destino. Mi mamá siempre dijo que los tres nacimos fueron en la noche, y las manillas de mis hermanos lo confirmaban: Fabián nació a las 22+10 y Camilo a las 22+30, hora militar, pero en mi caso, algo no encajaba, y me di cuenta cuando fotografié las manillas para incluirlas en este trabajo, noté que la mía no decía una hora coherente pues, en lugar de poner: "23+25" como debería haber sido en formato militar, aparecía "1125", me quedé observándola un rato, entonces me di cuenta de que no era un "1" el que estaba ubicado en el segundo lugar, sino un "+". Es decir, la hora escrita en la manilla era: "1+25", lo que significaría que no habría nacido el 26 de abril, como siempre creímos, sino el 27 de abril, a la 1:25 de la madrugada.

Compartí esta revelación con mis papás y mis hermanos y las reacciones fueron muy agradables. Mi mamá insiste en que fue un error del hospital, porque recuerda claramente haber llegado el 26 de abril, un viernes, justo el día de la secretaria, una fecha que en la empresa donde trabajaba siempre celebraban, asegura que llegó al hospital a las 5:00 p.m. y que inmediatamente la prepararon para la cesárea, además mi papá, por su parte, tiene otro recuerdo: asegura que nos visitó después de la cesárea, pero que no era tan tarde porque alcanzó a volver a casa para cuidar a mis hermanos, un recuerdo que mi hermano mayor también tiene muy presente, donde dice que él recuerda cuando mi papá llegó del hospital en la noche y diciendo que había sido una "negrita linda", es decir, ellos aseguran que nació el día 26.

A pesar de la confusión, creo en que la hora en la manilla fue un error del hospital. Sin embargo, esta historia me ha llevado a una decisión importante: aunque seguiré celebrando mi cumpleaños el 26 de abril, también empezaré a celebrarlo el 27, por si acaso, no puedo negar que me parece divertido tener dos posibles días de cumpleaños; después de todo, la confusión solo añade otra capa de historia a las memorables manillas que ya de por sí cargan tanto significado, ahora, cada vez que las vea, serán el recuerdo del amor y el deseo de mis padres y de paso tendrán una historia graciosa de mi nacimiento, sin duda, pieles memorables.

2.3.3 Memorable N.3

2.3.5 Memorable N.5

Piel: Una zorra colorida

Habita en: Desmemoriando amores: mis habitaciones

Cómo llegó a casa:



En el año 2020, en medio de la pandemia, y cuando estábamos viendo clases virtuales, yo estaba cursando procesos de lo pictórico, para la última entrega, como trabajo final, realicé esta pintura que me gustó mucho, una pintura creada entre la soledad y el encierro, recuerdo con felicidad que recibió buenas críticas por parte de mis compañeras, compañeros y el profesor, la pintura fue una forma de expresión y también una manera de conexión con el mundo exterior, teniendo en cuenta que el encierro era inevitable, Al año siguiente, en el 2021, mi hermano Camilo, que es profesor de electrónica, estaba inscribiendo a sus estudiantes en un concurso virtual organizado por SOLACYT (Sociedad Latinoamericana de Ciencia y Tecnología) una sociedad mexicana. Me comentó que había una categoría de arte y que se trataba de enviar una pintura junto con una breve descripción, me entusiasmó la idea de participar con aquella pintura que había hecho y que seguía muy presente en mí, entonces decidí inscribirme y enviarla, para mi sorpresa, obtuve el segundo lugar, lo que me llenó de mucha alegría, porque en medio de un momento donde tantas puertas se cerraban, literalmente hablando, esa pequeña victoria me hizo sentir que, a pesar de todo, se podía avanzar.

Unos meses después, recibí un correo por parte de SOLACYT, resulta que, la organización publicaba libros de cuentos cortos cada tanto, y para el tomo número seis pidieron



que mi pintura fuera la portada, inmediatamente acepté la propuesta. Les pregunté si podría obtener una copia del libro y me dijeron que sí, no obstante, los meses pasaron y no volví a saber de ellos, dos años después, mientras hablaba con mi hermano Fabián, él me preguntó por la publicación de aquel libro, la verdad, yo ya lo había olvidado por completo, lo había dado por perdido, pensando que nunca se había publicado o que seguramente habrían elegido la pintura del mexicano que se llevó el primer puesto, que nunca vi porque no las publicaron, Fabián, igual me sugiere volver a revisar, y entonces lo hice. Busqué: “SOLACYT cuentos cortos” y aparecieron, ahí estaba el tomo No.6 con mi pintura como portada, no me habían notificado sobre la publicación ni el envío de la copia y decidí escribirles, me informaron que estarían en Colombia el mes siguiente, en una conferencia en la Escuela Tecnológica Instituto Técnico Central de Bogotá, justo en ese momento, yo me encontraba en Arequipa, Perú, realizando una movilidad estudiantil, pero por suerte conocía a alguien que trabajaba ahí, y fue esa persona quien reclamó la copia del libro por mí.

Esta pintura, como el libro, es memorable para mí por muchas razones: primero, porque pesar de no haber obtenido el primer puesto, mi pintura fue elegida para la portada del libro, lo que le dio una visibilidad que nunca esperé, aunque se trate de un libro de un pequeño conocimiento. Segundo, porque la pandemia fue un momento de encierro donde parecía que las posibilidades se desvanecían, era posible hacer muchas cosas, pero de alguna forma el confinamiento, ese brusco encierro sin aviso, parecía eterno y, sin embargo, en medio de ese contexto, se logró un reconocimiento, a pesar de lo desalentador de ese momento, sacaba algo lindo del caos.

Es una etapa marcada por la incertidumbre, pero que dio espacio para cosas lindas, inesperadas. Y así, en el paisaje cositero, se ubica la memorable pintura de una zorra colorida, orgullosa y resistente como recordatorio de que existen victorias inmunes a las pandemias.



Piel: Rojo

Habita en:1983: Preludio de un paisaje cositero en una fracción de loteríaotería
Cómo llegó a casa:

Este vestido de baño le pertenece a mi mamá, fue la primera vez que decidió regalarse algo, lo compró cuando tenía 25 años, una edad en la que quizás comenzaba a darse cuenta de que también merecía disfrutar de pequeños momentos de cuidado y alegría en medio de las responsabilidades y la dureza de la vida, ella me cuenta que nunca salió de viaje con su familia cuando era niña, porque perdió a su mamá muy joven y además su papá no estuvo presente, ella y mis tías crecieron bajo el cuidado de las hermanas de mi abuela, quienes se convirtieron en sus figuras maternas, quienes quedaron al cuidado de ellas.

Este vestido de baño lo compró para un viaje que organizó la empresa donde trabajaba, un viaje que, de alguna manera, fue su primera experiencia de escapar de las limitaciones de su juventud, es memorable porque representa un momento en el que mi mamá, a sus 25 años, aprendió que también podía darse sus propios regalos, por pequeños que fueran, a pesar de que hace años no lo usa (ahora usa vestidos que tapan y protegen más su piel), sigue siendo una vestido cargado de recuerdos, es una evocación tangible de que, en medio de las dificultades y de la ausencia de su madre, mi mamá encontró la manera de trabajar para su



propio bienestar. Este vestido es la piel memorable de sus 25 años, una etapa en la que el trabajo y el esfuerzo no solo le dieron estabilidad, también le dieron la posibilidad de disfrutar de la vida, aunque fuera por momentos breves. Cada vez que lo observo, puedo imaginarla en esa juventud, llena de energía y agradecida por las pequeñas oportunidades que le permitieron ser feliz, ahora soy yo quien guarda ese vestido con mucho cuidado, una piel que se ha convertido en un objeto valioso en nuestro paisaje cositero, no solo por lo que representa para ella, sino porque, de

alguna forma, me conecta con esa versión joven de mi mamá que no conocí pero que puedo imaginar. Me encantaría haber estado a su lado en esos días, haber conocido la versión de 25 años, abrazarla, reír juntas, imagino lo orgullosa y feliz que se sentiría con ese vestido, esa pieza se convierte en un símbolo de resistencia y amor

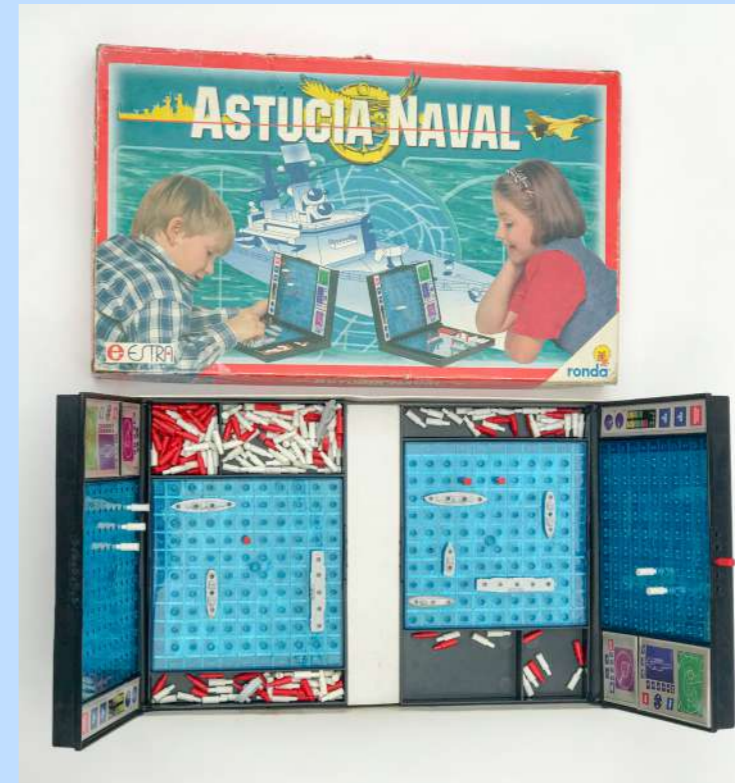
propio, una piel que refleja no solo el pasado de mi mamá, también la alegría y la fortaleza con la que enfrentó las dificultades de la vida.

En este pequeño objeto, guardado con tanto cuidado, hay una historia que va más allá del material, es una piel que me recuerda la importancia de cuidarnos a nosotros mismos, de encontrar belleza y alegría incluso en los momentos difíciles, y en ese paisaje cositero que hemos construido, el vestido de baño rojo de mi mamá siempre será una de las piezas más valiosas, una piel que resguarda no solo sus recuerdos, sino también el amor y gratitud que me ha transmitido, una piel que lleva el cuerpo de una mujer hermosa a sus 25 años, mi mamá.

Piel: Astucia Naval

Habita en:1983: Preludio de un paisaje cositero en una fracción de loteríaotería
Cómo llegó a casa:

Este juego fue el primer juego de mesa que le dieron a mis hermanos, un regalo de la empresa en la que trabajaba mi mamá, y aún sigue aquí, en la casa, lo seguimos jugando y es memorable no solo porque los juegos enmarcan una parte muy feliz de la infancia y momentos de diversión, sino también por el tiempo que ha permanecido con nosotros, ya se convierten en una piel constante del paisaje cositero, puede que no le dediques una mirada diaria y mucho menos una jugada, pero cuando quieres jugar encontrar-piel las jugallas de estrategias, manas, me-años sin ser cada vez que nos transpor-esas batallas hundir una taba astucia, y también Es un juego nuestra me-paisaje cosison tableros disposición



derrotas, nos devuelve a esos cuerpos que compartían el espacio, el tiempo, y la complicidad, evocando batallas ganadas, fracasos estratégicos, pero, sobre todo, momentos compartidos, además considero que estas pieles, pueden conservar diferentes estados del cuerpo, felices por una victoria, tristes por una derrota o enérgicos por una competencia y en el tiempo se crea un paréntesis entre partida y partida para el recibimiento de un nuevo cuerpo, de una nueva batalla.

Ya no lo usamos con la misma frecuencia de antes, pero sus mareas, barcos y tripulaciones siguen refugiados en una caja de cartón que ha resultado ser más fuerte que el tiempo y el olvido, ahí están, a la espera de una nueva partida.

sabes dónde lo, lleva en su das y partidas risas, astucia y resistiendo se-ses o incluso tocado, pero lo sacamos, ta de nuevo a navales donde nave represen-inteligencia suerte. que vive en moria y en el tero de la casa, de batalla a de victorias y

74.

2.3.6 Memorabile N.6

75.

2.3.7 Memorabile N.7

2.4 LOS COLECCIONABLES

Los coleccionables son esas pieles que forman parte de un conjunto con un valor o interés en común, como si cada objeto fuera una capa que añadimos a nuestra historia personal y familiar, en el paisaje cositero, las colecciones no solo son individuales, sino que también existen colecciones colectivas con mis papás y hermanos, lo veíamos como un juego a largo plazo, donde no había perdedores; todos ganábamos en el esfuerzo conjunto de alcanzar un objetivo común. Guasch (2005) menciona: “Como dice Mieke Bal: «Las historias de las colecciones empiezan por un principio ciego— por una falta visual»”(p.166) A pesar de que nuestras colecciones no eran necesariamente extensas en términos de número, sí lo eran en el tiempo que tomaba completarlas, podía tratarse de una colección de muñecos, y conseguir cada figura nos podía llevar meses, tampoco nos importaba la cantidad o completarla, más bien era la actividad en sí: ese tiempo invertido, la paciencia, y lo que nos llevaba a un pequeño logro juntos, estas colecciones son algo más que objetos; representan el compromiso y la dedicación, además un esfuerzo en conjunto.

Lo que hace a estas colecciones aún más especiales es también la dinámica del intercambio, porque cuando llenábamos los álbumes de chocolatinas jet y nos faltaban varias fichas o “monas” como muchos las llamamos, recurríamos a el intercambio y se convertía en una parte crucial del juego, de la colección, mis hermanos, por ejemplo, intercambiaban en sus universidades, y se creaba un intercambio de pieles para la colección de otra piel que ocuparía un paisaje cositero diferente

Algunas personas lo hacían como un pasatiempo temporal, mientras que otras lo tomaban más en serio, casi como profesionales del coleccionismo. Recuerdo esos intercambios como momentos emocionantes, una forma de conexión con otros que compartían nuestros mismos intereses.

A pesar de que mis hermanos ya no viven en casa, el impulso por coleccionar no ha disminuido, incluso ahora, continuamos agregando piezas a nuestras colecciones a pesar de la distancia, por ejemplo, este año mi hermano Camilo y yo decidimos completar juntos la colección de las paletas Drácula, una tradición que seguimos compartiendo, seguramente, si Fabián estuviera en Colombia, también nos habría ayudado, aun así, su espíritu coleccionista sigue vivo en Perú,

ahí lleva una colección de monedas: un libro que contiene todas las monedas peruanas y que van cambiando constantemente, nos regaló a Camilo y a mí una copia de esa colección, como una forma de mantenernos conectados a pesar de la distancia.

También están las colecciones “individuales”, aquellas que reflejan nuestros gustos más personales. Por ejemplo, mi hermano Camilo ha dedicado tiempo para reunir toda una colección de Iron Maiden, una agrupación de rock británico que le gusta, la colección va desde figuras hasta libros.

Es una colección que no solo habla de su pasión por la agrupación, sino que también enmarca su dedicación y perseverancia, por otro lado, mi colección personal gira en torno a todo lo relacionado con Toy Story y The Beatles, a lo largo de los años, he coleccionado figuras, libros, juguetes y otros objetos que me conectan con esa historia que tanto me marcó en mi infancia, las películas que más me gustaban y las canciones que más escuchaba y lo mejor de estas colecciones es que no son fijas, es decir, la colección puede ir cambiando y ampliándose con el paso del tiempo, llegando a ella más pieles.

Lo que es también interesante de estas colecciones individuales es que no crecen solo por nosotros, sino también por el reconocimiento que otros tienen de nuestros gustos, ya que, familiares, amigos y conocidos empiezan a contribuir de manera espontánea, regalándonos piezas que tienen que ver con esos gustos que coleccionamos, de alguna manera, nuestras colecciones se vuelven un reflejo no solo de nuestros propios gustos, sino también de cómo los demás nos perciben y sin desearlo se vuelven parte de esa historia.

Es un círculo que se retroalimenta: nuestras pieles coleccionables van aumentando gracias a la contribución de otros, y van creando un tejido más grande y complejo, que no solo nos pertenece a nosotros, sino también a quienes nos rodean y son pieles que recordarán cuerpos que irán pasando.

Al final, las colecciones son algo más que objetos reunidos; son ese mapa emocional y temporal dentro del paisaje cositero, un registro de los momentos que compartimos, ya sea en familia, con amigos, en un intercambio o en individual, cada objeto tiene su historia, cada colección tiene su memoria, y en conjunto dan forma al paisaje cositero.

2.4.1

COLECCIONABLE N.1

Piel: Un dulce Drácula
Habita en: Chécheres latentes
Cómo llegó a casa:



Una de las colecciones que en este momento habita la casa es la de las paletas Drácula del 2021 en adelante, pero su historia, como muchas de nuestras colecciones, están desde años pasados, antes, teníamos muchas más colecciones que representaban momentos de nuestra infancia.

Por ejemplo, los tazos de Cartoon Network, las fichas coleccionables, e incluso los peluches de pan Bimbo formaban parte de ese mundo de colecciones que construíamos, pieza por pieza, y de esa manera iban capturando fragmentos de nuestras memorias, sin embargo, llegó un momento en que, por cuestiones de espacio o por la intención que a veces surgía de desprendernos de lo material, decidimos donar parte de esos recuerdos a primitos más pequeños, aunque en el fondo sabíamos que también significaba decir adiós a historias que habíamos compartido.

Eso quiere decir que las colecciones de las paletas Drácula llevaban más tiempo, desde que en los paquetes venían colmillos que alumbraban en la oscuridad o monstruos que venían en pequeños ataúdes que también brillaban en la oscuridad, no fue hasta el 2021 que volvimos a adentrarnos en el mundo de las paletas, retomando esa costumbre que habíamos dejado en pausa, lo curioso es que esos helados no son exactamente nuestros favoritos, y aunque su sabor no nos desagrade, nuestro principal motivo para comprarla es la figura coleccionable, esas pequeñas piezas que, evocaban el mismo placer de coleccionar que experimentábamos de niños. Lo cierto es, que en el fondo siempre creemos que las colecciones de antes eran mejores, hay algo en los tazos o en las fichas que coleccionábamos con tanto afán que parecía tener una magia, una conexión más directa con nuestra infancia, tal vez, lo que sentimos por esas colecciones no se trata solo de los objetos en sí, sino de la carga emocional que les asignamos con el paso del tiempo, los vemos como aquellas pieles en las que se reúne una aventura compartida entre hermanos, una búsqueda constante por completar lo que parece "incompleto".

No importa si creemos que las colecciones de antes eran mejores; lo que realmente importa es la sensación de continuidad, de mantener viva una tradición que nos conecta, además, esta nueva colección no solo nos trae de vuelta esa alegría infantil, sino que también nos permite seguir construyendo nuevas historias. aunque parezca un gesto simple, esas figuras simbolizan la forma en que seguimos compartiendo pequeños momentos que trascienden lo cotidiano, como si coleccionar no fuera solo una actividad recreativa, sino una manera de recordar que siempre hemos estado unidos en la búsqueda de un "tesoro", y que el valor de esos objetos también radica en las memorias que construimos alrededor de ellos.



78.

79.

Piel: Mundiales en papel Habita en: Chécheres latentes Cómo llegó a casa:

Vivía con tres hombres a los que les gusta mucho el fútbol, y desde muy pequeña, ese deporte era parte del ambiente cotidiano en casa, para mí, cuando estaba pequeña, ser hinchas de algún equipo, era como tener un signo zodiacal, es decir, yo creía que uno nacía ya con un equipo asignado, lo sé, suena ridículo, pero estaba muy pequeña y creía que así funcionaba, como si formara parte de tu identidad desde el inicio, (aunque para muchos es una identidad que se les inculca desde que nacen) algo que no podías escoger, sino que simplemente te pertenecía. En ese sentido, mi papá, como mencioné antes, nació en el departamento del Tolima, y ser hinchas del Deportes Tolima era casi una extensión natural de su origen, desde que tengo memoria, él alentaba a su equipo pijao con mucho entusiasmo, y mi hermano mayor, Fabián, aunque nació en Bogotá, creció escuchando los partidos del Tolima por la radio con mi papá, fue testigo del amor inquebrantable que él sentía por ese equipo, de la felicidad que le daba escucharlos y verlos jugar como de las angustias que también le hacía pasar, y de alguna manera, ese fervor fue contagioso, de esa manera, Fabián también se convirtió en hinchas del Deportes Tolima, como un legado que muchas veces es trasmiti-

do de padre a hijo. Luego llegó Camilo, el segundo de mis hermanos. Para él, el fútbol tomó un rumbo diferente, cuando entró al bachillerato, muchos de sus amigos eran hinchas de Millonarios, uno de los equipos más populares de Bogotá, en ese momento, Millonarios estaba pasando por un periodo muy exitoso, con varias estrellas en su historial, mientras que el Deportes Tolima aún no tenía ninguna. Camilo, influenciado por el ambiente, por sus compañeros y por la calidad de juego de Millonarios, comenzó a seguir sus partidos con entusiasmo y, poco a poco, fue desarrollando un cariño, una pasión por el equipo y fue así como decidió que Millonarios sería su equipo, tomando una ruta distinta a la de mi papá y Fabián, y así se consolidó una nueva división futbolística en la casa. Cuando yo tenía alrededor de siete años, no me interesaba para nada el fútbol, por un lado, mi papá y Fabián me decían con firmeza que yo era hinchas del Deportes Tolima, mientras que Camilo y mi mamá insistían en que mi equipo era Millonarios. Para mí, era como una broma porque siempre se reían cuando se tocaba ese tema, como si no quisieran revelarme a qué equipo realmente pertenecía, cuál era mi “signo” designado. A esa edad, la idea de tener una identidad futbolística claramente no tenía ningún sentido para mí, pero Camilo fue más persistente que los demás, me insistió tanto que, eventualmente, le creí, así fue como decidí, o más bien acepté, que yo también era hinchas de Millonarios.

COLECCIONABLE

2022

No fue hasta mucho después que realmente comencé a sentir una conexión con el equipo. En 2017, cuando Millonarios obtuvo una estrella más, la primera que vi que ganaran, experimenté una emoción colectiva que compartí con mi familia, y fue en ese momento cuando mi relación con el fútbol cambió, esa alegría compartida, esa sensación de victoria que se vive, me hizo ver el fútbol no solo como un deporte, sino como una experiencia más allá de las rivalidades familiares. A pesar de mi creciente gusto por el fútbol, nunca participé en las colecciones de álbumes que llenaban mis hermanos. Esos álbumes, con sus “monas” de jugadores y equipos, eran un territorio exclusivo de mis hermanos y mi papá. Hoy en día, cuando hay un partido importante, es decir, si juega “Tolimita” o “Millos” no importa dónde estemos, nos comunicamos por el chat familiar, y

compartimos comentarios mientras vemos el juego como si aún estuviéramos todos en la misma casa y cuando juega Millonarios Fabian y mi papá los apoyan y cuando juega el Tolima, Camilo y yo los apoyamos, ya cuando se enfrentan los dos es que sufrimos en silencio. Es curioso cómo el fútbol, que al principio parecía solo un juego entre hombres, terminó siendo un lazo más fuerte entre nosotros. Las colecciones de álbumes, los equipos a los que cada uno eligió pertenecer, las discusiones sobre partidos y jugadores... todo eso sigue siendo parte de nuestra dinámica familiar, una especie de lenguaje que aprendí con el tiempo y que hoy hablo con naturalidad sin ser experta obviamente, porque al final, ser hinchas en mi casa, no es solo una cuestión de equipos, es una manera de compartir una pasión que trasciende la distancia y nos mantiene cerca.



2.4.3 Coleccionable N.º 1

Piel: Jet
Habita en: Chécheres latentes
Cómo llegó a casa:

Los álbumes de chocolatinas comenzaron a formar parte de nuestra vida familiar gracias a mis hermanos y a mi mamá, recuerdo perfectamente cómo fue que se inició esta tradición: mi mamá solía comprarnos unas chocolatinas Jet, pero se dio cuenta que las chocolatinas habían sacado álbum y decidió comprarlo, era algo nuevo para nosotros, aunque yo estaba muy pequeña cuando mi mamá llevo el primer álbum, pero pronto se convirtió en una actividad que



marcó y sigue marcando nuestros días. En esos primeros años, cuando el álbum aún las “monas” no eran laminas autoadhesivas, teníamos que pegar las fichas con colbón o algún pegamento en barra, era todo un proceso: colocábamos cada ficha con cuidado y paciencia para asegurándonos de que quedara perfectamente alineada, como si de eso dependiera el éxito de nuestra misión, de nuestra colección.

Lo que comenzó como una simple compra de chocolatinas pronto se convirtió en una actividad colaborativa y llena de emoción, mis hermanos y mi mamá se encargaban de los intercambios, una especie de red informal de trueques que conectaba diferentes espacios de nuestra vida cotidiana, porque Fabián, que ya estaba en la universidad, intercambiaba fichas con sus compañeros de clase y otras facultades y Camilo, que aún estaba en el colegio, lo hacía con sus amigos durante los recreos; y mi mamá, en la oficina donde trabajaba, cada uno, desde su propio lugar, contribuía a completar el álbum.

Pronto, cada vez que comíamos chocolatinas, se volvió una regla obvia: nadie debía botar la “mona”. Sabíamos que esas pequeñas fichas eran importantes, no solo porque nos acercaban a completar el álbum, sino porque era una manera sutil pero significativa de compartir un “pasatiempo”, lo más bonito de todo esto es que, a pesar de los años que han pasado, esta actividad sigue viva, nosotros todavía hoy seguimos llenando los álbumes de las chocolatinas Jet, y aunque ya no necesitemos pegamento para adherir las fichas, el ritual conserva la misma esencia, nos sigue gustando no solo el sabor de las chocolatinas, sino el acto de llenar el álbum, el desafío de conseguir esa última ficha que parece imposible de encontrar.

Y algo que me parece realmente importante en esta actividad es el intercambio, ese acto de compartir y negociar con otras personas para conseguir las fichas fal-



tantes, eso ya no es solo un pasatiempo familiar, sino una especie de red social que se extiende más allá de nuestra casa, a veces, el simple hecho de encontrarse con alguien más que esté llenando el mismo álbum genera una complicidad inesperada, una pequeña conexión en torno a algo tan simple como una chocolatina y su ficha coleccionable.

Cada álbum completado es más que una colección de imágenes; es el resultado de un trabajo en equipo, de conversaciones, intercambios y momentos compartidos, y aunque, con el tiempo, todos hemos crecido y nuestras responsabilidades han cambiado, llenar álbumes sigue siendo un recordatorio de aquellos días en los que nos sentábamos juntos, a veces en la mesa del comedor, a revisar cuáles teníamos repetidas y cuáles nos faltaban. Es una tradición que, aunque aparentemente pequeña, sigue conectándonos, permitiéndonos, incluso en la adultez, regresar a esos días en los que lo más importante era no perder la ficha y asegurarse de que el álbum quedara completo.

coleccionable NE

Piel: The beatles

Habita en: Desmemoriando amores: mis habitaciones y Chécheres latentes

Cómo llegó a casa:

Cuando hablaba anteriormente sobre la transición de nuestros cuartos, solía decir que, además de compartir espacio, también había una especie de herencia de gustos, una transferencia sutil de afinidades entre mis hermanos y yo, uno de esos legados más valiosos fue mi pasión por los Beatles, una banda británica que llegó a mí a través de mi hermano Fabián, recuerdo cómo él escuchaba un CD pirata, que se fue desgastando por su uso constante, y también había un afiche de los cuatro integrantes adornando la pared.

Tenía alrededor de nueve años y me fascinaba repetir una y otra vez las mismas canciones del único CD que teníamos de ellos. Aún conservo ese CD, aunque ya no funciona, víctima del tiempo y las innumerables veces que lo usamos, sin embargo, sigue siendo un objeto que atesoro, una pieza de ese rompecabezas musical que mi hermano ayudó a construir en mi vida, con los años, mi amor por los Beatles fue creciendo, ampliándose a otros álbumes y nuevas canciones, y mi hermano, siempre cómplice de esas primeras experiencias, también me llevaba a la biblioteca Virgilio Barco para ver películas de ellos, aquellas visitas se convirtieron en rituales que alimentaban mi gusto y admiración por ellos.

Con el tiempo, fueron llegando a mis manos una

serie de regalos: cuadros, camisetas, más CDs, etc. Cada uno de ellos fue sumándose a una colección que, como pieles que se superponen, sigue creciendo con los años, esta colección no solo es un recordatorio de mi evolución musical, sino también de cómo mi identidad se fue construyendo a partir de pequeños fragmentos de esos momentos compartidos, de la música, de las películas, y, sobre todo, de ese vínculo tan particular que compartí con mis hermanos, cada objeto guarda una memoria, una pequeña ventana al pasado, a esos días en que los Beatles no solo sonaban en nuestras vidas, sino que también formaban parte de un paisaje cosite-ro.



2.4.6 COLECCIONABLE NE

Piel: **Iron Maiden**

Habitó en: **Chécheres latentes**

Cómo llegó a casa:

Así como mi gusto por los Beatles fue tomando forma, el gusto de mi hermano Camilo por Iron Maiden también fue floreciendo, su conexión con la banda está marcada por una suerte particular: todos los miembros del grupo siguen vivos, lo que le ha permitido verlos en cada uno de los conciertos que han dado en Colombia. Para él, esas experiencias en vivo son algo más que simples eventos musicales; son hitos personales, momentos que marcan su trayectoria como admirador de la banda.

De la misma manera en que mi colección de los Beatles empezó a crecer, la de Camilo comenzó a tomar forma: primero fueron los CDs, luego las figuras coleccionables, camisetas y otros objetos que capturan la esencia del grupo, cada artículo que suma a su colección es una piel.

Su colección, sigue expandiéndose con el paso del tiempo, no solo reflejando su gusto por la banda, sino también es un testimonio de su evolución, cada objeto es un recordatorio de los años que han pasado, de las canciones que han marcado su vida y de cómo esos momentos se entrelazan con su historia personal, al igual que mi conexión con los Beatles, la pasión de Camilo por Iron Maiden no es solo una afición, sino una narrativa viva que sigue escribiéndose, una que representa el poder de la música en nuestras vidas y el vínculo inquebrantable con nuestras memorias.



Estas son pieles que habitan en mi día a día, pieles que me llevan una y otra vez a recuerdos que se repiten con la precisión de un reloj, se repite una, dos, tres y hasta cuatro veces al día, son objetos que puedo sostener, oler y mirar como si en cada uno de ellos existiera un fragmento del pasado esperando ser revivido una y otra vez, cada interacción, cada cruce con estas pieles, se convierte en una especie de ritual íntimo que me permite volver a ese momento, aunque sea por unos instantes, a esos cuerpos que ya no están, pero que dejaron su huella impresa en estas pieles que aún conservo con mucho cuidado.

Son pieles cargadas de un simbolismo que trasciende, todas ellas se convierten en una puerta que me lleva al encuentro de quienes ya no están, pero cuyo eco sigue resonando en mi vida, me pueden traer de vuelta al recuerdo de esos momentos compartidos con la misma intensidad.

Y es que no se trata solo de objetos, son pieles que encapsulan la presencia de quienes las usaron o las guardaron antes que yo, es en esas pieles donde el recuerdo se hace visible, como si fueran oportunidades en el tiempo que me permitieran regresar a voluntad en cualquier momento del día a ese momento específico, a

veces se trata de una mirada casual, otras veces es un gesto más consciente, pero siempre hay algo en ellas que me conecta con esos cuerpos ausentes, que me permiten revivir aquellos momentos, sus voces, sus miradas, otra vez pienso que esas pieles están tan cargadas de memoria que, al tocarlas, las traigo de vuelta por un instante, como si el pasado y el presente se entrelazaran en una sola caricia.

Es curioso cómo estas pieles pueden tener tanto poder, cuerpos que ya no están, que se han transformado físicamente, pero que aún viven a través de estos objetos, son un ciclo de memoria que nunca termina, con solo observarlos una, dos, tres y cuatro veces al día, siento que esos cuerpos regresan por un momento a mi lado.

2.5 LOS UNA, DOS, TRES Y CUATRO VECES

Piel: Cajonera cositera

Habita en: 1983: Preludio de un paisaje cositero en una fracción de lotería

Cómo llegó a casa:

En 1995, este cajoncito llegó a la casa por una compra que mi mamá hizo a una de las jefes en donde trabajaba, porque se preparaba para irse a vivir del todo a Estados Unidos, se trata de un pequeño cajoncito que trae consigo pieles resguardadas en sus diminutos compartimientos: relojes detenidos en el tiempo, figuras inmóviles en cerámica y vidrio, esperando ser contempladas, cada uno de estos objetos, meticulosamente guardados en sus divididos espacios, se transforma cuidadosamente en un paisaje cositero, un universo en miniatura que se integra con un paisaje más amplio.

Siempre he pensado que la curiosidad de mi madre por los objetos ha sido una especie de semilla en mí, ella se detiene a observar pequeñas cosas y las examina con cuidado, como si cada detalle contuviera un secreto, y ese es el interés que yo comparto por las "cositas" que van tomando forma y formando el paisaje, cosas que, aunque pequeñas o aparentemente insignificantes, capturaban mi atención, cositas que van despertando preguntas y recuerdos. Este cajoncito no es solo un mueble en el que guardar objetos; es una cápsula de detalles, un lugar que invita a la observación lenta, paciente, casi ritualmente su interior. Cobija "pieles", capas de historia, objetos acumulados a lo largo de los años: 1, 2, 3, hasta 4 compartimientos llenos de relojes parados, figuras de cerámica y vidrio que parecen contar historias

propias, figuras que han resistido el paso del tiempo sin romperse, sin dañarse. Es imposible no mirarlo repetidas veces, 1, 2, 3 y hasta 4 veces más, porque con cada observación, parece que el cajoncito revelara algo nuevo, algo que no habías notado antes. La delicadeza con la que se guarda y se cuida es un reflejo del respeto que impone; es un habitante compartido de lo intocable, un espacio de admiración silenciosa, donde todo está perfectamente en su lugar, donde lo efímero se vuelve permanente en cada mirada. No es solo un mueble, es un testigo mudo de años de cuidado, de historias compartidas, de manos que lo han abierto con suavidad, sin prisas, conscientes de que lo que contiene no solo son objetos, sino fragmentos de tiempo y memoria que, de alguna forma, siguen vivos.



Piel: Memoria floral

Habita en: Desmemoriando amores: Mis habitaciones

Cómo llegó a casa:

Este perfume guarda una historia muy importante, de esas que se impregnan en la memoria con mucha delicadeza y facilidad. En el 2022 tuve la oportunidad de hacer una movilidad estudiantil a Paraguay, fue una experiencia que, sin duda, me cambió la vida de formas que nunca imaginé, allí conocí a personas increíbles, de lugares como: Argentina, Bélgica, México, Bolivia y, por supuesto, Paraguay, cada encuentro, cada charla y cada sonrisa dejaron huellas imborrables en mí, y si pudiera, repetiría esa experiencia mil veces más.

Entre todas esas vivencias, este perfume se convirtió en una piel que me conecta con el tiempo y esos lugares, es el perfume de una persona que amo profundamente, de alguien que hizo de mi movilidad una experiencia aún más hermosa y significativa, cada vez que lo huelo, me transporta inmediatamente a esos días en Paraguay, a esos paisajes, a las tormentas más fuertes que he escuchado, al calor más sofocante, al tereré, a la sopa paraguaya, a los días llenos de risas, abrazos y conversaciones infinitas, a las películas y a los viajes,

al fernet y al vino, es una de las pieles más valiosas que pude conservar de esa experiencia, porque su aroma tiene la capacidad de llevarme, una, dos, tres y hasta cuatro veces al día, de vuelta a ese espacio seguro donde fui inmensamente feliz.

No solo lo huelo, también lo observo, perfectamente ubicado dentro de mi paisaje cositero, recordándome que esos momentos, aunque ya pasaron, siguen vivos en mí, el perfume es una piel tangible que me permite revivir la emoción de esos días, y me confirma que hay ciertas memorias que están esperando ser visitadas una, dos, tres y hasta cuatro veces.

Volvería a Paraguay sin dudar, para vivir de nuevo esa maravillosa experiencia que me llenó de aprendizajes, amistades, amor y un sinfín de recuerdos, y mientras tanto, este perfume sigue aquí, en mi pequeño universo de pieles, que me envuelve en nostalgia y gratitud cada vez que lo siento cerca, en este paisaje cositero que cambia constantemente, el perfume ocupa un lugar especial, porque es más que una fragancia: es un puente que me lleva de vuelta a ese momento de plena felicidad, una, dos, tres y hasta cuatro veces.





Piel: Un pirata rayado

Habita en: Desmemoriando amores:

Mis habitaciones

Cómo llegó a casa:

Como contaba anteriormente, este fue el primer CD que escuché de los Beatles, se trata de un CD pirata que mi hermano Fabián trajo a la casa cuando recién había entrado a la universidad. desde el primer instante en que lo escuché, me enamoré por completo de su música, recuerdo ponerlo una y otra vez, lo escuchaba sin parar, una, dos, tres y hasta cuatro veces al día, cada canción me parecía tan diferente a lo que escuchaba en el colegio, lo que escuchaban mis amigos, y fue así como los Beatles se convirtieron en una parte importante de mi vida, en una especie de banda sonora constante de mi niñez hasta el día de hoy

Con el tiempo, ese CD comenzó a mostrar las huellas de tanto uso, no demoró en adquirir uno, dos, tres y hasta cuatro rayones que interrumpían la música, para mí, eran simplemente maravillosos, aun lo son, y perder el único CD que existía de su música en mi casa, era impensable.

A menudo, mientras escuchaba el CD, me quedaba mirando un afiche que estaba pegado en la pared de la habitación de mi hermano. En ese afiche estaban ellos, los cuatro Beatles, uno, dos, tres y cuatro figuras en blanco y negro que me observaban. Recuerdo cómo ni siquiera sabía en ese momento John Lennon ya había muerto, creía que todos seguían igual de jóvenes a la imagen del afiche.

Esperaba siempre que Fabián trajera uno, dos, tres y hasta cuatro nuevos discos para poder seguir sumergiéndome en el universo de los Beatles, sin embargo, paso mucho tiempo hasta que Fabián me sorprendió de otra forma: me quemó un CD con toda la discografía completa de los Beatles. Uno de los mejores regalos que había recibido, de pronto tenía en mis manos no solo un álbum, sino toda su obra, y mi fascinación por ellos no hizo más que crecer, ese CD se convirtió en mi tesoro, y hasta el día de hoy, sigo escuchando su música, una, dos, tres y hasta cuatro veces al día, ahora con CD'S que me han regalado, los escucho en discman, también en tornamesa, aunque por el momento solo cuento con un vinilo y por cualquier plataforma de música obviamente, recordando aquel primer CD pirata que, aunque lleno de rayones, me abrió las puertas a una banda que admiro y admiraré siempre.

Cada vez que escucho sus canciones, regreso a ese tiempo, a esa habitación con el afiche en la pared y el viejo CD girando en la grabadora. Los Beatles, me dejaron un CD pirata con su música, y se ha convertido en una piel intocable en mi paisaje cositero, una piel que, aunque marcada por los años y el desgaste, sigue siendo un refugio sonoro al que vuelvo constantemente, ya no desde su piel, pero si desde su legado.

2.5.4 1,2,3 y 4 N.4



Piel: Un pirata rayado

Habita en: Desmemoriando amores:

Mis habitaciones

Cómo llegó a casa:

Este espejito me lo regaló mi papá cuando yo tenía unos 8 años aproximadamente, y hasta el día de hoy, sigue siendo el primer y único regalo que me ha dado, no fue para ninguna fecha especial, simplemente lo vio un día en una miscelánea y pensó que me gustaría, ese gesto, aunque pequeño, es inmenso para mí, porque revela mucho sobre quién es mi papá: una persona muy sensible, que aunque no suele demostrarlo en cosas materiales o algo parecido, lo hizo ese día con un objeto tan pequeño, pero tan cargado de significado.

Siempre he sentido que, mi papá es una figura muy fuerte, sin embargo, a lo largo de mi vida, lo he visto llorar más veces que a mi mamá, y eso siempre me queda grabado porque me demuestra que la fortaleza y la sensibilidad pueden ir de la mano, que no hay contradicción entre ser firme y al mismo tiempo tener el corazón abierto, ese es uno de los aspectos más bellos de su personalidad, y este espejito es el claro reflejo de ese lado, él nunca ha sido de dar regalos; de hecho, prefiere darnos siempre el dinero, pensando que no tiene buen gusto o que no puede elegir algo que nos guste, pero aquel día, sin pensarlo demasiado, tomó la decisión de comprar algo que creyó que me haría feliz, y lo hizo, ese espejito es más valioso que cualquier otro objeto material que pudiera haberme dado.

Siempre lo miro y lo contemplo una, dos, tres y hasta cuatro veces cada vez que se cruza por mis ojos, es como una pequeña ventana a la ternura de ese momento, al cariño de un hombre

2.5.4 **1,2,3 y 4 N.4**

que salió de trabajar y regreso con un pequeño detalle para su niña, cada vez que lo veo, me vienen a la mente no solo las imágenes de mi papá comprándolo, sino también el peso de lo que significa para él haberme dado algo que, aunque sencillo, proviene de su corazón, ese espejito es una piel, una memoria tangible que me conecta con su esencia, con la dulzura que a veces esconde detrás de su apariencia fuerte.

Y cuando lo tengo entre mis manos, siento que esa piel es capaz de hacerme brotar una, dos, tres y hasta cuatro lágrimas, porque me recuerda no solo el amor que mi papá siente por mí, sino la vulnerabilidad con la que lo expresa, de una manera sutil, en un pequeño gesto que, al final, significa tanto.



2.5.5 **1,2,3 y 4 N.5**

Piel: Discman

Habita en: Desmemoriando amores:

Mis habitaciones

Cómo llegó a casa:



Este discman fue un regalo que mi mamá le hizo a mi hermano Camilo en el año 2016, cuando su pasión por Iron Maiden y su colección estaba en pleno crecimiento, mi mamá, siempre atenta a lo que nos gusta, quiso darle algo que lo ayudará a escuchar su colección de CDs, la que orgullosamente iba completando con paciencia y esfuerzo, para que los pudiera disfrutar en cualquier lugar y no solo cuando se encontraba en la casa, lo más valioso es que nos encontrábamos en un tiempo en el que el uso de un discman era prácticamente obsoleto, este gesto adquirió un valor aún mayor porque era un regalo que no solo le permitía

2.5.5 1,2,3 y 4 N.5

a mi hermano disfrutar de su grupo británico, sino que también hacerlo de una forma que hoy resulta casi nostálgica, reviviendo una época en la que cambiar de canción o incluso de CD era parte de un ritual más pausado, más consciente, que te llevaba a uno, dos, tres y hasta cuatro pasos.

Camilo lo llevaba a todas partes, primero a la universidad, y después lo empezó a llevar al colegio donde trabaja, era curioso cómo la gente en el Transmilenio o cualquier otro lugar lo miraban sacando el discman para cambiar de canción o de CD, mientras a

su alrededor todo el mundo usaba teléfonos o dispositivos más modernos, había algo casi mágico en esa imagen, en la conexión que mantenía con una tecnología que, aunque olvidada por muchos, para él seguía siendo importante, ese discman no solo reproducía música, sino que reproducía recuerdos y el esfuerzo de conseguir su colección de Iron Maiden que crecía con los años, y con la importancia que mi mamá le daba a algo que para él era impor-



tante.

Ahora que Camilo se fue a vivir con su pareja y su hija, el discman ha encontrado un nuevo hogar, resulta que me lo dejó a mí, como un regalo para que yo también pudiera disfrutar de mi colección de CDS de los Beatles, que también voy completándola con paciencia, este ha sido un traspaso lleno de cariño, así como él lo usaba una, dos, tres y hasta cuatro veces al día para escuchar sus canciones favoritas, yo también lo uso, quizás no con la misma frecuencia, pero con la misma sensación de aprecio y conexión, intento cuidarlo y tratarlo

con mucha delicadeza porque quizá más adelante, yo se lo dé a mi sobrina.

Cada vez que pongo un CD de los Beatles y lo escucho en ese discman, me transporto, no solo a los momentos musicales que me evocan las canciones, sino también a esos tiempos en los que escuchaba ese CD pirata en una grabadora que com-

partíamos todos y más adelante en un DVD, cuando era necesario detenerse un momento, cambiar de disco, ajustar un par de cosas y seguir disfrutando. Este discman se ha convertido en una piel que conecta a Camilo con su pasado y su pasión por Iron Maiden y que ahora me transporta a mí una, dos, tres y hasta cuatro veces a tiempos pasados, es una piel que ha trascendido su propósito y que ahora es parte de ese paisaje cositero, un paisaje de sonidos, recuerdos y conexiones familiares.

Estos anillos, que siempre uso en conjunto, son mucho más que simples accesorios; son pequeñas pieles que me conectan con dos personas muy importantes en mi vida, la primera, es mi mamá, porque el anillo que esta encima del delfín era de ella, pero después me lo regalo porque dejó de quedarle y decidió regalármelo, el segundo, el delfín, me lo regaló Cindy, quien vivió en mi casa durante nueve años, pasamos juntas gran parte de nuestra infancia, compartiendo juegos y complicidades que ahora están grabadas en ese anillo. Ambos anillos llegaron a mí cuando tenía 12 o 13 años, y desde entonces, no me los quito nunca. Ubicarlos dentro del paisaje cositero que me rodea es un desafío, porque en realidad, no están en una vitrina o en un cajón como otros objetos valiosos, ellos forman parte de un paisaje más íntimo: el de mi propio cuerpo, son pieles que se han fusionado conmigo, que han estado presentes en cada una de mis transformaciones, en cada paso que he dado desde esa edad hasta ahora, han sido testigos silenciosos de mis cambios, de mis alegrías y tristezas, cada día, me los acomodo una, dos, tres y hasta cuatro veces, y con cada ajuste, una, dos, tres y hasta cuatro veces me recuerdan a mi mamá y a Cindy.

El anillo de mi mamá es como llevar una pequeña parte de ella conmigo



Estos anillos son como una mara, una suerte de protección que me acompaña día tras día, no pienso quitármelos, no solo porque son hermosos, sino porque llevan consigo las historias, el cariño y los lazos que me unen a dos personas que han marcado mi vida, son parte de ese paisaje cositero que habita mi vida, pero en lugar de estar en una repisa o guardados con delicadeza, estos anillos forman parte de mi día a día, son pieles, en mi piel registrando el paso de los cuerpos.

2.5.6 1,2,3 y 4 N.6

Piel: Un Delfin y una espina

Habita en: Mí

Cómo llegó a casa:

a todas partes, una parte que estuvo adornando su mano y que ahora está en la mía.

El anillo de delfín, por su parte, me conecta con Cindy, con esos años compartidos en los que crecimos juntas y nos divertimos con cuanto juego nos inventábamos y aunque ya no vivamos bajo el mismo techo, llevar este anillo me recuerda todo lo que vivimos juntas.

Estos anillos son como una mara, una suerte de protección que me acompaña día tras día, no pienso quitármelos, no solo porque son hermosos, sino porque llevan consigo las historias, el cariño y los lazos que me unen a dos personas que han marcado mi vida, son parte de ese paisaje cositero que habita mi vida, pero en lugar de estar en una repisa o guardados con delicadeza, estos anillos forman parte de mi día a día, son pieles, en mi piel registrando el paso de los cuerpos.

2.5.7 1,2,3 y 4 N.7

Piel: Romeo y Julieta

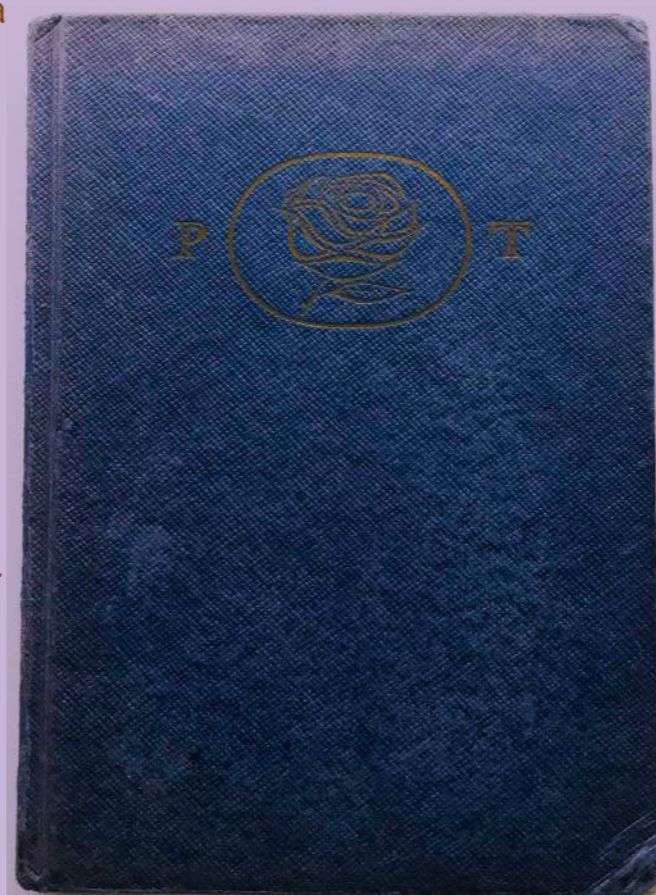
Habita en: Desmemoriando amores:

Mis habitaciones

Cómo llegó a casa:

Este libro de Romeo y Julieta es una de las pieles más importantes que habita en mi paisaje cositero, es un regalo de mi hermano Fabián, me lo dio cuando cumplí 18 años, acompañado de una dedicatoria escrita en las cuatro primeras páginas, este gesto lo convirtió en un regalo único, no solo por el libro en sí, sino por lo que significaba viniendo de él, Fabián no es una persona muy detallista, así que recibir un libro de su parte, con una dedicatoria tan extensa, fue una sorpresa enorme, una muestra de su cariño hacia mí, era la primera vez que alguien me regalaba un libro, y más aún con una dedicatoria como esa, como si me entregara una piel cargada de memorias, afecto y también algunos consejos, algo que llevaría conmigo para siempre.

He leído Romeo y Julieta varias veces, pero, lo que más leo, lo que siempre vuelve a atraparme, es la dedicatoria de mi hermano, la leo una, dos, tres y hasta cuatro veces, esa dedicatoria tiene el poder de transportarme al momento exacto en que recibí el regalo, me recuerda la alegría inmensa que sentí



26 abr 2013

Laura:

Reciba un cordial saludo de cumpleaños y a este pequeño regalo como muestra del más sincero afecto. Le quería con esta historia de Shakespeare transmitir el maravilloso universo de la literatura, un universo que siempre acompaña; en momentos de angustia o alegría, en días de lluvia o tardes de sol, para mí las historias son sueños con los ojos abiertos, y desde mi espacio puedo ir a cualquier lugar, confundirme con personas e ideas que vagan entre las páginas y hacerme partícipe de sus

al saber que Fabián había elegido este libro para mí, y más aún, que había escrito algo tan significativo en sus páginas. Mis hermanos siempre han sido pilares en mi vida, mis ejemplos a seguir, y este regalo siempre me lo recuerda, no es solo un libro, es una piel que guarda dentro de sí miles de cuerpos, de memorias y emociones, una piel que atrapa esos momentos para que no se escapen, para que sigan allí y pueda revivirlos una y otra vez, ahí encuentro el cariño y apoyo de Fabián, ahí junto a las palabras de Shakespeare.

Este libro es una de las pieles más valiosas en mi paisaje, por lo que representa literariamente y por el vínculo fraternal que encierra, es una piel que, con cada lectura, me recuerda lo afortunada que soy de tener a mis hermanos en mi vida, de recibir esos pequeños gestos que llevan consigo una profundidad inmensa.

Lo guardo con cuidado, como uno de esos tesoros que tienen el poder de revivir una, dos, tres y hasta cuatro veces las emociones más puras y auténticas, este libro es más que papel y tinta; es una piel que guarda dentro de sí el paso del tiempo

y la certeza de que los momentos importantes de la vida pueden quedar encapsulados en algo tan sencillo como una dedicatoria, para que esos cuerpos no escapen, para que sigan allí y sea posible revivirlos, uno, dos, tres y hasta cuatro veces.



3. Aporte pedagógico en mediación /proceso reflexivo

3.1 Erika Diettes / Obras en duelo



Mi segunda práctica se desarrolló en el Museo Pedagógico Colombiano, es decir, el museo de la Universidad Pedagógica Nacional, durante el segundo semestre del 2023. Tuve la fortuna de participar como mediadora de la exposición de la artista colombiana Erika Diettes, titulada: “Obras en duelo”. Dentro de esta muestra se presentaban tres de sus piezas más significativas: Sudarios, Río abajo y Relicarios. Estas obras giran en torno a la representación de la ausencia a través de objetos asociados a personas asesinadas o desaparecidas en el contexto del conflicto armado colombiano.

Erika Diettes, busca evocar la ausencia de seres queridos que, aunque ya no están, permanecen vivos en la memoria de sus familiares, cada uno de estos objetos solo es identificado y valorado por quienes conocieron a la persona, pero yo notaba que ocurría una conexión emocional en las personas que iban a ver la exposición y a quienes les hacía mediación, ellos reconocían objetos similares en sus casas, también antes de iniciar realizábamos algunos ejercicios y uno de ellos era dibujar algún objeto que le recordara a alguien, pues muchas de esas representaciones

podían verse involucradas con los relicarios.

Los objetos en las obras de Diettes no se perciben como simples bienes, en cambio, evocan el uso y el valor personal que alguna vez tuvieron para la persona recordada, son objetos que, incluso en la ausencia, preservan su significado y mantienen viva la memoria. De las tres obras presentadas, la que más me marcó fue Relicarios, obra que decidí mediar, aunque tuve la oportunidad de mediar las tres obras, fue con esta que tuve mayor conexión. Me conecté profundamente con estas piezas, aunque no se encontraban todos los relicarios en esa exposición, ya que se trata de una serie de objetos que los familiares de las víctimas entregaron a Erika Diettes, los cuales fueron encapsulados con mucho cuidado en urnas translúcidas. Este tratamiento de los objetos, que parece casi un embalsamamiento, sugiere un recorrido simbólico, como si entre ellos se desarrollara una danza silenciosa.

Como describe, Acosta (2021, p. 79): El espectador que asiste a Relicarios ingresa a un campo-santo conformado por 165 sepulcros. Los asistentes se arrodillan, se abrazan, se sientan, inclinan

la cabeza para observar en cada urna los objetos que condensan una única vida que adquiere una dimensión sagrada. El recorrido del espectador entre un relicario y otro, entre una tumba y otra, genera metonímicamente una atmósfera ritual —sacra— aunada a la visita al cementerio en un sentido simbólico.

Relicarios conserva la memoria de los cuerpos ausentes a través de los objetos. Son tumbas que no reposan bajo tierra, sino que resguardan la memoria a través de la luz, evocando la piel de aquellos cuerpos que ya no están, pero que aún pueden ser traídos al presente mediante esta cuidadosa recopilación.

Esta experiencia me llevó a reflexionar sobre los objetos que habitan en mi propio hogar, aquellos que pertenecen a personas que todavía están vivas, pero cuyos cuerpos y vidas cambian constantemente. Me impulsó a entender cómo los objetos pueden encapsular no solo recuerdos, sino también la esencia de quienes los usaron, incluso mientras sus cuerpos van quedando atrás.



3.2 ¿Qué fue primero el tejo o la piedra?, ¿la mecha o el tropel?

En la clase de laboratorio de creación, en el año 2022, tuve la oportunidad de llevar unas canchas de tejo a la universidad, específicamente unas canchas de plastilina que habíamos comprado con mis papás y hermanos para poder jugar en casa durante la pandemia, en esa actividad, mi intención era explorar temas que surgieran a partir del juego y sobre el juego, teniendo en cuenta el espacio académico para ver qué sucedía, qué reacciones se generaban y cómo se transformaría el juego en aquel contexto.

Desde el principio fue todo un desafío lograr la actividad, transportar las canchas no era fácil, debía conseguir un carro que pudiera llevarlas porque pesaban aproximadamente 20 kilos cada una, aparte, llevé 10 tejos, cada uno de media libra, logré conseguir a una persona que me hiciera el favor. Llegué a la universidad monté las canchas con ayuda de dos compañeros y empecé a explicar las reglas del juego, reglas con las que jugamos mis padres, hermanos y yo, formamos los equipos y el juego comenzó a desarrollarse, a medida que jugábamos, varias personas se fueron acercando por curiosidad, incluyendo algunos trabajadores de la uni-

versidad, quienes nos pidieron unirse, por supuesto, les dimos la bienvenida, todas esas interacciones eran fundamentales para mí, y sin darnos cuenta estábamos todos muy involucrados en el juego.

Existía una dificultad con las canchas de plastilina y es que los tejos rebotaban, lo que hacía mucho más difícil reventar las mechas, los trabajadores decidieron añadir un poco de aceite a la plastilina para ablandarla y hacer el juego más fluido, mientras jugábamos, surgieron conversaciones en torno a cómo un tejo podría ser un arma peligrosa en un tropel, uno de los compañeros colocó una imagen en la cancha para que, en palabras de él, tuviéramos un “motivo” para reventar la mecha, pero las mechas parecían humedecidas por el aceite y no estallaban como debían y como esperábamos.

Cuando ya estábamos por terminar la clase, es decir, el juego, algunos compañeros optaron por poner una de las mechas entre dos tejos y dejarlos caer al piso para ver si estallaban. Y efectivamente, la mecha reventó, lo que desató un estallido que despertó rumores en la universidad sobre un posible tropel, sin embargo, el único estallido había sido el de las mechas con las que estábamos jugando, no se trataba del inicio de algún tropel.

Toda esta experiencia me llevó a recordar una pregunta y el desenlace de esta: “¿Dónde estudias?” A lo que respondía normalmente: “En la Pedagógica” e inevitablemente regresan dos preguntas más “¿La ‘Piedragógica’? ¿Entonces te gusta echar piedra?”. Gracias a esta oportunidad de llevar las canchas a la universidad, llegué a una metáfora y nace en mi la necesidad de y crear lo que después se convertiría en el “conglomerado pendulante”, y empecé a responder: “Sí, me encanta echar piedra, y si puedo hacerlo cada 15 días, mejor, y si es con personas que quiero, aún más. Tirar piedra es mi pasión, y poder hacerlo en la gloriosa Universidad Pedagógica fue aún más significativo.”

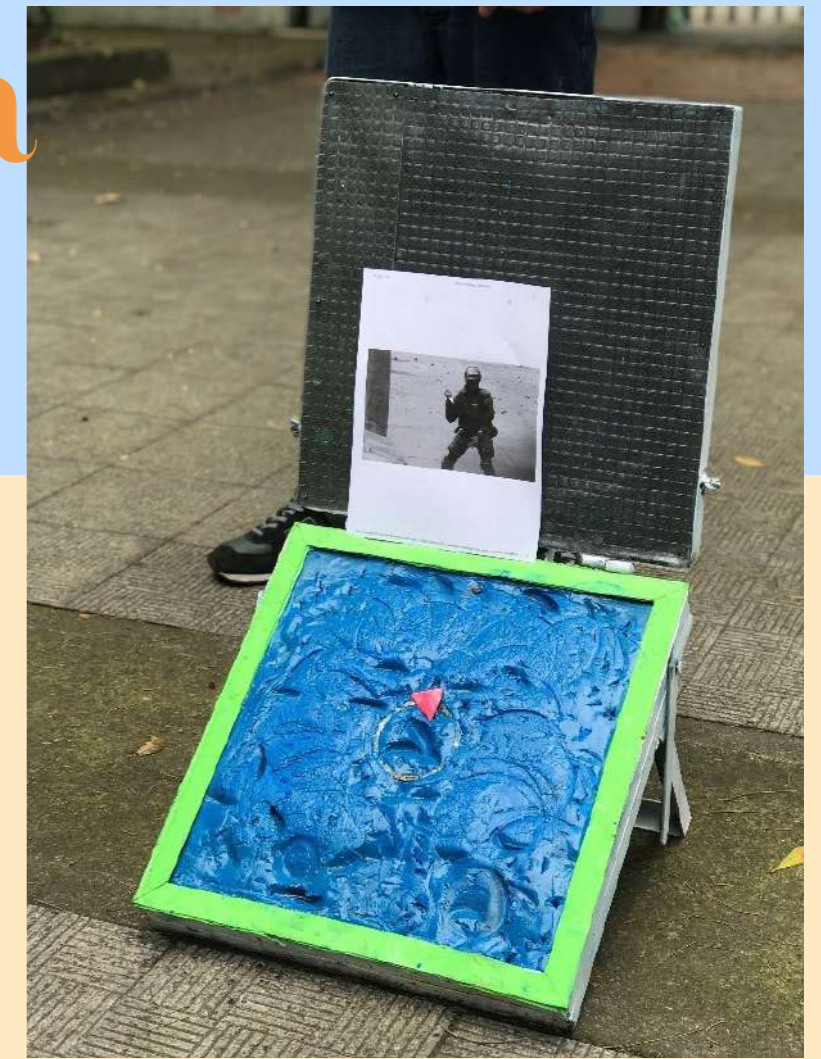
Como expresa, Planella (2016):

El cuerpo, en una pedagogía social de la narratividad, necesita ser pensado desde la experiencia y no como simple objeto. Si el cuerpo es la experiencia vivida por el sujeto (encarnada), este tiene que ser capaz de transmitir corporalmente episodios de sus trayectos vivenciales. Es así que entendemos que comprenderse es apropiarse de la propia vida. Y en la narratividad de la propia experiencia se dibuja aquello que ha quedado inscrito en la

memoria corporificada: el trazo de experiencias vividas en la propia piel. El cuerpo, símbolo de uno mismo, se convierte en el mediador entre el individuo y el mundo que lo rodea. Y es al ponerse en contacto con éste otro corporeizado que se pone en funcionamiento el ejercicio de la narratividad. Explicarme a mí mismo mi trayectoria, con rastros de mi corporeidad, para explicar a los otros aquello que de mí quiero transmitir, decir, explicar y/o exponer. (p.48)

Es por eso que, este ejercicio fue más que una simple actividad; es un orgullo poder enmarcarlo dentro de mi trabajo de grado, ver cómo mis compañeros y las personas que transitaban la universidad interactuaban con mis pieles, con esos objetos que ahora llevan consigo cuerpos de un lugar que se ha convertido en mi hogar, esto también me llevó a pensar en los cuerpos que quiero que permanezcan en mis pieles, y cómo el sacar esas pieles de su paisaje cositero y enfrentarlas a cuerpos nuevos amplía los límites de ese paisaje. El paisaje cositero, al trasladarse a un entorno externo, demuestra su flexibilidad, permitiendo nuevas formas de ver el mundo y ofreciendo a las pieles nuevas maneras de contener y significar los cuerpos que las tocan e interactúan con ellas.

3.2 ¿Qué fue primero el tejo o la piedra?, ¿la mecha o el tropel?



104

105

4. Relación del paisaje cositero con la línea de cultura visual

El paisaje cositero ha sido, sin lugar a duda, la forma más importante que he tenido para leer y entender las imágenes, tomé las primeras pieles que me llevaron a la creación, y fue ahí donde comencé a construir mi comprensión del entorno visual, estas imágenes no solo han sido testigo de mis procesos creativos antes y durante la pandemia, también han sido guías hacia nuevas formas de expresión, en este momento, considero que la relación entre el paisaje cositero y la línea de cultura visual ha sido continua. Yi – Fu Tuan explica: Las experiencias estéticas más intensas de la naturaleza suelen tomarlo a uno por sorpresa. La belleza se experimenta como el contacto repentino con un aspecto de la realidad que desconocíamos hasta entonces; es la antítesis del gusto adquirido por ciertos paisajes o el cálido afecto que uno siente por lugares que conoce bien. (p.131)

La imágenes se han convertido en una piel cotidiana: son pieles que se han adherido a

mi mirada, que la han moldeado, la cultura visual se trata de una experiencia que se acumula en lo sensible, que cada imagen, cada figura que vive en mi casa me construye, me acompaña, me mira mientras la miro.

Las imágenes no son solo parte del mundo, son parte del cuerpo, por eso, cuando hablo de pieles, también hablo de un cuerpo presente, de cómo las imágenes se adhieren, se quedan, se desgastan con uno, la cultura visual se vuelve entonces una forma de recordar con los ojos, una pedagogía que sucede entre los objetos y la cotidiana relación con ellos. Mitchell (2003) explica:

La cultura visual fija su atención en todas aquellas cosas extrañas que hacemos mientras miramos, contemplamos, mostramos y presumimos o, por el contrario, mientras nos ocultamos, disimulamos o rehusamos mirar. En particular, nos ayuda a comprobar que incluso algo tan amplio como -la imagen- no agota todas las posibilidades de lavi-

sualidad, que los estudios visuales no son lo mismo que los -estudios de la imagen- y que el estudio de la forma visuales solo uno de los componentes de un campo mucho más amplio (p. 39)

Pienso, quizá fue mi mamá quien me enseñó el poder de las imágenes, de las pieles: me mostró cómo acomodar las pequeñas botellitas de colección que traía Coca Cola, cómo estirar, desentumecer, reavivar los moños navideños para que no se vieran aplastados en el árbol de navidad, cómo crear un paisaje cositero sin saberlo. Esa es también una pedagogía de la cultura visual, una mirada entrenada por la cotidianidad, por la costumbre, por la experiencia, considero que no hay construcción más poderosa que la que sucede en casa, una, dos, tres y hasta cuatro veces al día, al repetir los mismos rituales, al mirar los mismos objetos.

En este trabajo, destacó la importancia de la imagen a partir de los objetos que me rodean y los saberes que estos objetos me facilitan, el paisaje cositero es más que un conjunto de cosas; es un espacio de recolección, transformación y reparación, una memoria material de las historias que traen consigo cada pieza, los saberes de mis

padres y hermanos que se entrelazan con cada objeto, formando un legado íntimo y afectivo que trasciende lo meramente visual, este trabajo no es solo un análisis de imágenes, también es una reconstrucción de los aprendizajes acumulados a lo largo de mi carrera, los cuales han moldeado mi perfil como futura licenciada en artes visuales, cada objeto, cada imagen y cada historia representan las huellas de un trayecto formativo que deseo plasmar en esta investigación-creación, mi objetivo es que se refleje mi crecimiento académico, la implementación de todo lo aprendido, permitiéndome abordar el mundo desde una perspectiva interdisciplinaria, donde el arte y la vida cotidiana se entrelazan en una sinfonía de imágenes y significados.

5. Referentes cositeros

5.1 Rachel Whiteread

Rachel Whiteread (1963), es una artista inglesa que trabaja con objetos cotidianos como: sillas, bañeras, mesas y hasta casas completas, realizando un trabajo de escultura en donde recrea el espacio negativo de los objetos, es decir, ella no recrea el molde exacto de la pieza, sino el vacío que este deja, algo así como una piel invertida, que lo hace un trabajo muy interesante porque convierte lo invisible en visible y le ofrece una figura a la ausencia de esa piel.

Su trabajo gira en torno a la memoria, al espacio doméstico y a la ausencia, me siento cercana a su trabajo y la reconozco como un referente importante para mí investigación-creación porque trabaja la memoria corporal y doméstica desde una ausencia/presencia íntima que alude a cuerpos de otros tiempos, así como las pieles del paisaje cositero, ella mostrando la huella que deja el objeto y yo mostrando la huella que deja el cuerpo en el objeto.



- House (1993)

Esta es una de sus obras más importantes, moldeó en concreto el interior de una casa victoriana antes de que fuera demolida, en esta gran escultura habla del vacío, el desplazamiento, la pérdida y la memoria.



- Bookshelves (1991–1997)

En esta obra lo que hace es moldear repisas con libros, como un gesto de archivo con libros que no están y por lo tanto libros que no pueden ser leídos, utilizando la metáfora como herramienta para representar algo que estuvo ahí, pero con el tiempo ahora es ilegible.

5.2 Song Dong

Song Dong (1966), es un artista chino que hace performance, video, instalación fotografía etc. Existe un trabajo específico de este artista que me parece muy importante en este trabajo y se llama: "Waste not" o "No desperdicias" en esa instalación, él acomoda más de 10.000 objetos que pertenecían a su madre, todos estos eran resultado de una acumulación que ella fue creando después de la muerte de su esposo y cualquier objeto que llegaba a sus manos, lo guardaba con la excusa de "no desperdiciar" de ahí el nombre de la obra. En esta instalación él revela la vida de su madre, la cultura china, la reutilización y la acumulación. Es una obra que al igual que el paisaje cositero, resignifica aquellas pieles cargadas de afecto y memoria, desde un gesto de exhibir y conservar, en ese sentido, ambos con la intención de trabajar la fragilidad del tiempo y de utilizar ese espacio íntimo como fuente de creación.

- Waste Not (2005)



5.3 Christian Boltanski

Christian Boltanski (1944 – 2021), fue un artista francés al que le importaban temas como la memoria, el olvido y la ausencia, muchas de sus obras también contenían objetos cotidianos como un archivo simbólico muy importante, desde un interés afectivo, íntimo y fragmentado, al igual que el paisaje cositero evoca la presencia del cuerpo que ya no está, teniendo en cuenta los ecos de la memoria, convierte fotografías borrosas en objetos sagrados y en altares silenciosos.

- Persones (2010)

Se trata de una instalación que consistía en grandes montones de ropa que eran recogidas por una grúa que al mismo tiempo las dejaba caer, miles de prendas sin cuerpos y cuerpos sin historias.



5.4 Adriana Salazar

Adriana Salazar (1980), es una artista colombiana, que trabaja entre lo inanimado, natural y lo artificial, explorando objetos, restos y espacios, esta artista me ayudó mucho para la creación de máquinas epistemológicas, sus obras van más allá del objeto cotidiano, ella explora el movimiento cotidiano, los impulsos inconscientes. Crea máquinas que recrean movimientos de acciones humanas, en este caso, Adriana representa movimientos cotidianos a partir de máquinas un tanto ligeras y delicadas, yo por mi parte, creo máquinas que necesitan de una interacción humana y que también ofrecen una apariencia delicada, su trabajo me sirvió para poder empezar a visualizar lo cotidiano como un aporte significativo en la creación.

- Máquina que intenta amarrar un zapato (2006)



- Máquina que intenta enhebrar una aguja (2005)



5.5 María Teresa Hincapié

María Teresa Hincapié (1956 - 2008), era una artista colombiana que expandió las narrativas del performance y uno de sus performances más importantes fue: “una cosa es una cosa” realizado en el museo de Arte Moderno de Bogotá, lo que ella hace es organizar cuidadosamente sobre el piso del museo, objetos cotidianos, como: su ropa, libros, productos de aseo, comida, etc. Era todo un ritual silencioso, como una ceremonia, cada movimiento que hacía tenía una intención, una devoción y un cuidado.

En este ritual ella iba sacando cada objeto de la caja, le susurraba algo, lo acogía con delicadeza entre sus manos, sus brazos, su cuerpo y lo ponía cuidadosamente en un lugar de contemplación.

Además de parecerme todo un trabajo poético, lo considero un trabajo de resignificación hacia los objetos, lo cotidiano, un gesto de lentitud, atención y fuerza, por lo que considero que le aporta de manera significativa al paisaje costero, desde esa intención de cuidado a lo íntimo, desde su manera de involucrar el cuerpo y esa presencia meditativa y constante, haciendo visible lo invisible en el objeto.



6. Disección / Transformación / Creación

Antes de las transformaciones que expondré más adelante, el primer paso fue diseccionarlas, no se trataba solo de desentrañar su funcionamiento mecánico, sino también de explorar la delicada historia que las envuelve, cada piel que forma parte del paisaje cositero posee coordenadas propias, una ubicación dictada no solo por el espacio físico, sino también por el afectivo y las historias que la acompañan, era necesario diseccionarlas desde su origen, desde su pasado conocido hasta su presente cambiante, para entender cómo llegaron a ocupar su lugar en este mapa emocional. Guasch (2005) menciona que:

Lo que demuestra la naturaleza abierta del archivo a la hora de plantear narraciones es el hecho de que sus documentos están necesariamente abiertos a la posibilidad de una nueva opción que los seleccione y los recombine para crear una narración diferente, un nuevo corpus y un nuevo significado dentro del archivo dado. (p.158)

Conscientemente, sabía que cualquier transformación debía empezar desde el origen de su habitar en el paisaje, así, seleccioné las pieles para su transformación, las capas más profundas de su historia: cómo y por qué llegaron a mi casa, qué manos las habían tocado antes (hasta donde era posible saberlo), qué recuerdos evocaban en su fragilidad. Solo después de ese escudriñar de pieles, pude emprender el acto creativo, el desafío no era simplemente cambiar su forma o apariencia, sino trasladar la función común dentro del paisaje cositero de esa piel, esta transformación requería llevar la idea que se posaba en mi mente a una materialidad nueva, dando vida a lo que en otro tiempo había sido utilita-

rio, desgastado e incluso olvidado. De este proceso nació la noción de “conglomerado pendulante”, una idea gestada años atrás en la universidad por una actividad. Por otro lado, “tonada visual” y “se desgasta al discar la piel que no está” emergieron de los seminarios de trabajo de grado, impregnados de ese análisis visual que atraviesa mi práctica, a pesar de que las tres ideas germinaron en distintos momentos, fue en 2024 cuando encontraron su forma definitiva, las tres enfocadas en dos figuras retóricas visuales: la metonimia y la metáfora. Según, Losada y Pardo (2004): En la gramática tradicional, la metáfora consiste en la utilización de una palabra concreta para expresar una noción abstracta, en ausencia de todo elemento que introduzca formalmente una comparación; por extensión, la metáfora es el empleo de todo término que sustituye a otro al que se asimila, después de suprimir los términos que introducen la comparación. (...) La metonimia es la utilización de una palabra para designar un objeto o una de sus propiedades que se encuentra en una relación existencial con la referencia habitual de esa palabra. (p.144)

Estas figuras me permiten explicar cómo las pieles que manipulo tienen la necesidad de reinventarse, de recordar su pasado, pero también de dialogar con su nuevo presente, lo que verán a continuación es precisamente esa intención de transformar una piel, de desafiar su función inicial, su modo de uso, para atraerla nuevamente al recuerdo, cada gesto creativo es un intento de entrelazar pasado y presente, de revivir el tacto y el significado original de estas pieles, mientras las integro en una nueva narrativa.

Estas figuras me permiten explicar cómo las pieles que manipulo tienen la necesidad de reinventarse, de recordar su pasado, pero también de dialogar con su nuevo presente, lo que verán a continuación es precisamente esa intención de transformar una piel, de desafiar su

función inicial, su modo de uso, para atraerla nuevamente al recuerdo, cada gesto creativo es un intento de entrelazar pasado y presente, de revivir el tacto y el significado original de estas pieles, mientras las integro en una nueva narrativa. Ahora bien,

¿por qué son estos objetos los intervenidos y no otros?

Lo son porque hicieron parte del proceso de creación de “Máquinas epistemológicas” en los seminarios de trabajo de grado. Por ejemplo, en la primera edición del proyecto, debíamos construir una máquina, y yo decidí hacer un praxinoscopio con una licuadora, porque justo en ese tiempo, mi mamá iba a botar una que ya no usaba y aunque esa no fue la que utilicé porque tenía varios botones dañados, de ahí surgió la idea: buscaba un objeto que girara, que pudiera recrear el movimiento necesario para esa imagen secuenciada que iba a presentar, terminé consiguiendo otra licuadora con una vecina, me la regaló porque tampoco la usaba.

En la siguiente máquina: “Se desgasta al discar la piel que no está, que hizo parte de “Máquinas epistemológicas II”, uno de los requisitos era involucrar el cuerpo para la activación de esta máquina, durante una clase hablamos de acciones cotidianas que activan el cuerpo y lo primero que se me vino a la mente fue el gesto de contestar el teléfono, el de levantar la bocina. Pensé en eso porque hacía poco habíamos cancelado la línea telefónica de la casa, y mi mamá, que guarda muchas cosas, tenía algunos teléfonos, entre ellos uno de disco, ese fue el que decidí intervenir, me pareció importante el acto de “discar”, por el desgaste que implica, por la insistencia del dedo que gira y regresa, una y otra vez, ahí comprendí que podía utilizar la metáfora.

“Conglomerado pendulante” también hizo parte de Máquinas epistemológicas II, aquí recordé unas canchas de tejo que llevé años atrás a la universidad para un trabajo de Laboratorio de creación, días después, vi un péndu-

lo de Newton y pensé: ¿por qué no hacer uno con tejos? así comencé a desarrollar la idea, no eran tejos reales, porque me resultaba prácticamente imposible perforarlos, entonces decidí replicarlos en cemento, serían cuerpos nuevos que simulan los originales, otra metáfora que me ayudaría para entender la fragilidad en algo tan fuerte.

¿Cómo un objeto llevó al otro?

Siento que hubo un hilo conductor que se sostuvo gracias a las condiciones del proyecto: primero, que fueran máquinas; luego, que involucraran al cuerpo, pero por mi parte se sostuvo desde el desuso, la licuadora ya no iba a licuar, el teléfono ya no iba a llamar, y aunque los tejos no eran los objetos originales y estos tampoco estaban en desuso, su réplica de cemento si los posicionaba en ese mismo lugar, estaban hechos para no jugar tejo.

Los tres objetos, compartían esa condición de haber sido desplazados de su función inicial, por eso se prestaban a ser intervenidos, a entrar en una nueva narrativa.

¿Por qué hay objetos que solo se miran y se cuentan sus historias, y otros que se intervienen?

Comencé a intervenir objetos cuando noté que algunos empezaban a quedarse atrás, a perder su lugar o su uso inicial, a entrar en una especie de olvido doméstico, justamente de ahí surgía la posibilidad de reactivarlos, en el álbum de pieles hay muchos otros objetos que no serían intervenidos, no porque no tengan potencial, sino porque aún se usan, se admiran, de alguna forma no se han ido, la intervención, en mi caso, pienso que necesita de cierto permiso del cuerpo, una señal de una piel en espera, en pausa, solo entonces, esa piel parece lista para transformarse y ser contada de otra manera. A continuación, conocerán las máquinas intervenidas, desde su historia original hasta su transformación.

6.1. ZONADA VISUAL

Lo primero que vino a mi mente con “Tonada Visual” fue la creación de un praxinoscopio, un juguete creado en 1877 por el francés Émile Reynaud, que se trataba de una simulación óptica a través de una serie de imágenes secuenciadas en el interior de un cilindro, ya que deseaba construir una piel que revelara, en su interior, a otras pieles, recurrí al recuerdo de una cajita musical que mi mamá utilizaba como joyero, un regalo de cumpleaños que le habían hecho mis hermanos, era de esas pequeñas cajas que, al abrirse, se levantaba una bailarina girando al compás de una melodía delicada, esa cajita desapareció con el tiempo, mi mamá recuerda haberla guardado, mas no tiene memoria de haberla regalado o desechado, misteriosamente desapareció, pero, la bailarina si sigue con nosotros, por alguna razón no estaba dentro del joyero, a pesar de su ausencia física, la imagen de la bailarina girando delicadamente sigue intacta en mi memoria.

Quería traer a la bailarina de vuelta, pero no de la misma manera, quería darle un nuevo lugar, uno que evocara su pasado y al mismo tiempo le permitiera ocupar otro tipo de piel, una

que pudiera conectar con mi idea de ritmo y movimiento, no solo desde la nostalgia, sino desde una reflexión sobre la temporalidad de aquellas pieles, en ese momento estaba leyendo sobre el ritmo que pueden tener los objetos, sobre cómo se organizan, giran o vibran en el espacio de manera casi orgánica. entonces, la idea del giro se hizo central.

Fue en medio de esa reflexión que apareció en mi mente la licuadora: una piel cotidiana, utilitaria, cuyo único uso en la rutina diaria es girar con fuerza mecánica, lo interesante era tomar esa piel, tan asociada al presente de lo doméstico, y hacerla dialogar con la delicadeza de la bailarina, con su ritmo tenue, casi imperceptible. ¿Cómo podían estas dos pieles, tan distintas, encontrarse en una misma creación? Ese fue el desafío, llevar el giro de la bailarina hacia un dispositivo de mayor fuerza, pero manteniendo la fragilidad y la memoria como parte esencial de su movimiento.

Así, “Tonada Visual” se convirtió en la fusión de estas dos pieles, de dos tiempos y usos distintos. El praxinoscopio fue la estructura que me permitió entrelazar el movimiento rítmico del presente con el del pasado, revelando en cada giro

una nueva forma de recordar, de volver a habitar el espacio que alguna vez perteneció a la bailarina, pero ahora reconfigurado, transformado, para que siga girando en el nuevo paisaje cositero que se le fue creado.

Para la creación de esta máquina epistemológica pensé en utilizar el motor de una licuadora, sin embargo, la que estaba en casa no la utilicé porque ya tenía varios botones dañados, así que, pensé en conseguir otra en el mercado de pulgas, pero una tarde pasando con mi mamá por el frente de la iglesia “el señor de los milagros”, la que queda detrás del portal 80, estaba un señor vendiendo varias cosas encima de una tela, entre esos artefactos se encontraba el motor de una licuadora vieja de color rojo, preguntamos por el precio y estaba en 15.000 pesos, la llevamos, la abrí, y en un principio intenté adaptarle un motor pequeño de corriente continua, lo que pasa con estos motores es que, aunque disminuyen la velocidad, el peso no les permite moverse, entre esos intentos termine quemando el motor pequeño, decidí preguntarle a mi hermano qué podría utilizar y me dijo que podría funcionar un regulador de velocidad, pregunté en varias tiendas cercanas a mi casa y no conseguí, así que busque por internet, lo encontré, lo compré y junto con mi

hermano intentamos adaptarlo, sin embargo, el motor de la licuadora ya no arrancaba, se había dañado. No quería cambiar de idea, sentía que no se me iba a ocurrir nada más, era muy impetuoso el concepto en mi cabeza, una tarde vino a mi casa la señora Cecilia, una vecina que iba a visitar a mi mamá, la misma que me cuidaba de pequeña, aprovechamos para preguntarle si de casualidad tendría el motor de alguna licuadora vieja que no utilizara, y dijo que creía que sí, que iba a buscar, a las horas me trajo un motor blanco, resultado mejor y más lindo que el anterior, el que no quería salir de mi mente, este nuevo motor blanco contaba con un solo botón de giro, eso permitía que no se creara confusión a la hora de manejarlo, ahora solo quedaba que funcionara el regulador de velocidad, para adaptarlo le pedí ayuda a mí hermano, él me indicó como ponerlo y fue más sencillo de lo que imaginé, funcionó, aunque con un poco de maña para conseguir la velocidad adecuada, una que ofreciera un ritmo controlado para rotar la segunda parte de la máquina: un praxinoscopio, invento del siglo XIX que funciona a partir de una serie de imágenes que tienen la ilusión de ser animadas por rotación, este invento permitió ver las imágenes en movimientos por primera vez ya que en este tiempo no existía el cine y tampoco proyectores, eran artefactos que

6.1. ZONADA VISUAL

funcionaban a partir de principios ópticos.

Se trata de una forma cilíndrica, el praxinoscopio, cuenta con un cilindro más pequeño en su interior que está rodeado por espejos rectangulares donde se ve relegada la imagen, este mecanismo mejora esa visión en movimiento ya que los espejos permitían ver las imágenes en una sucesión continua y era posible suprimir esas intermitencias de luz, abriendo un gran camino para la animación. Wells (2009) señala:

La animación siempre se ha valorado como una práctica de tipo metafísico, dado que sea cual sea la técnica utilizada, el animador debe ser consciente de la relación entre la idea y el método empleado para expresarla. Para quienes enseñan animación o desean llegar a nuevos públicos, es importante ser consciente de esta relación y explicarla a los estudiantes. La animación, especialmente cuando emplea métodos alternativos, suele basarse en una sensibilidad filosófica que explora nuevas posibilidades y que utiliza el medio para encarnar una imagen o visión determinadas.

(p.152)

Así que, este mecanismo lo armé encima de vinilos pequeños de música

con la intención de crear una metáfora a partir de ello, y lo que se convirtió en el nombre de la obra: “tonada visual”. Era el ritmo de las imágenes sobre un soporte de almacenamiento de sonido analógico, impulsado por un electrodoméstico notable en cualquier hogar. Desde un principio mi intención fue que no pareciera lo que realmente era, no quería que el motor de la licuadora se viera como un motor de licuadora, ni el cilindro giratorio como un artefacto en movimiento, deseaba que la estructura real fuera revelada al terminar la mediación de la máquina. Así que, pinté la licuadora de tal manera que pareciera una loza antigua, esto porque primero, me parecen hermosas y segundo, como expliqué anteriormente son esos objetos lo que te recuerdan a tu casa o a la de tu abuela, la vajilla, esa que se usa en ocasiones especiales, o que está guardada hace décadas, también la que se usa a diario y esta desportillada o incompleta.

La parte de arriba no tenía ni idea de cómo intervenirla, sin embargo, mientras veía referencias de estos juegos ópticos, siempre eran muy antiguos, muy “vintage” para hacerme entender, así que, simplemente empecé a pintar y se me

ocurrió decorar con encaje, del que por lo general llevan las lámparas y bueno... en eso resultó, en un jarrón-lámpara, un acabado que a mí me dejó completamente complacida.

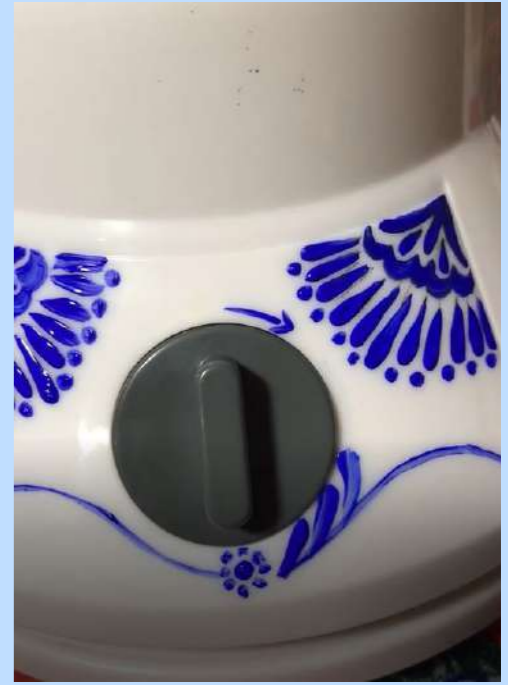
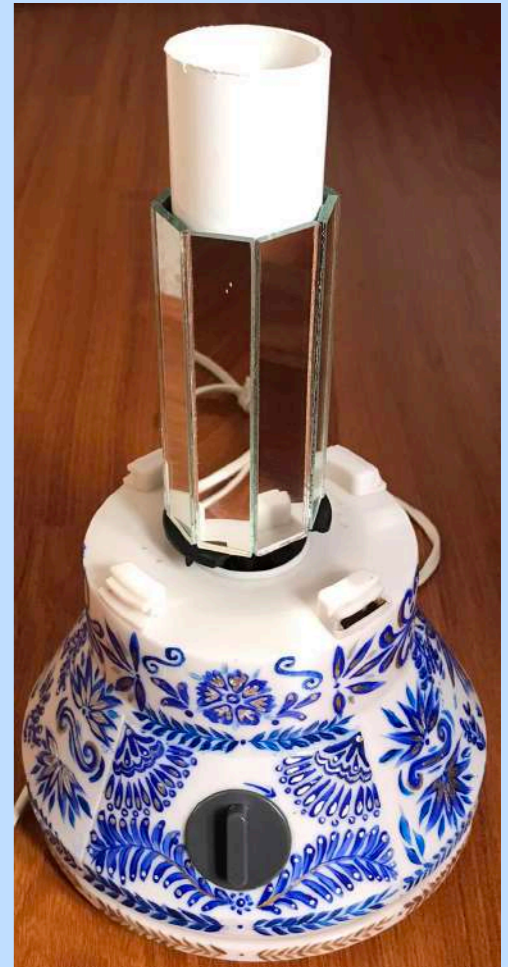
A pesar de que en su interior el praxinoscopio no contaban con un movimiento completamente fluido, me sentí satisfecha con el resultado, creo que fue un buen inicio para la creación y montaje de una propuesta propia.

En la interacción de las personas con la máquina, surgieron cosas muy interesantes como que, solo dos personas supieron al asomarse por encima de la máquina que se trataba de un un praxinoscopio, una de ellas no recordaba los nombres específicos pero si sus funciones, ninguna se dio cuenta de que se trataba del motor de una licuadora, todos pensaban que era una lámpara o un jarrón, una señora pensó que era una lámpara y me preguntó cuanto costaba, le expliqué de lo que se trataba y aun así me preguntó si lo vendía, si tenía un taller y si tenía más trabajos parecidos a estos, en ese momento quedé muy sorprendida y no sabía que responderle, no se me había pasado por la cabeza venderlo, así que le dije que se trataba de un trabajo para la universidad y me felicitó, en general fueron comentarios muy buenos, una niña como de unos 7 años quedó encantada pero le daba miedo cogerlo porque

efectivamente pensó que era un jarrón y pensó que si lo tocaba podría romperlo, cuando le expliqué la máquina a dos chicas de la universidad de la Salle, una de ellas dijo que la bailarina le había recordado a una que tenía en casa.

Obtuve reacciones que quería como la de que pensaran que era un jarrón o una lámpara y otras que no me imaginaba como, preguntarme si la vendía, fue un ejercicio muy útil para encaminarme en la investigación creación.

Ol. ZONARDA VISUAL



.120

.121

6.2. SE DESGASTA AL DISCAR LA PIEL QUE NO ESTÁ

Para la creación titulada “Se desgasta a discar la piel que no está”, el primer pensamiento se centró en el cuerpo, porque se trataba de un ejercicio para la clase de seminario de trabajo de grado 2, donde la premisa era explorar las huellas que puede dejar un cuerpo y expresarlas en una máquina epistemológica, en ese contexto, recordé un viejo teléfono que estaba en nuestra casa, un objeto que, aunque hacía mucho tiempo no se usaba, seguía presente como un vestigio de tiempos pasados, incluso de antes de que yo naciera, era un teléfono de disco, que con el paso de los años se volvieron obsoletos, mi mamá, en su afán por tirar algunas cosas que ya no se usaban, estaba a punto de botarlo, por suerte, alcancé a rescatarlo antes de que desapareciera por completo del paisaje cositero.

El teléfono ya mostraba señales de desgaste: estaba roto en varias partes por algunos golpes que había recibido a lo largo del tiempo, pero lo que me llamó la atención no fue solo su deterioro físico, sino la idea de cómo un objeto que había sido tan crucial para muchos ahora podía ser considerado inútil, además, justo unos meses antes, habíamos decidido cortar la línea del teléfono fijo, ese número de 7 dígitos que habíamos tenido por más de 20 años, una decisión que, aunque práctica, dejó una sensación extraña de vacío, era como si, al desconectar esa línea, se hubiera

perdido gran parte de nuestro pasado, un número que estaba incrustado en nuestras rutinas y memoria, que ahora ya no tenía lugar en el presente.

Fue en ese momento en que las figuras retóricas visuales: la metáfora y la metonimia, comenzaron a resonar en mi mente, la metáfora de discar, esa acción repetitiva que se hacía con el teléfono, y el desgaste, ese lento proceso de desaparición de las pieles en el paisaje, se unieron, el teléfono ya no era simplemente un objeto obsoleto, era una piel desgastada, un símbolo de todas aquellas cosas que alguna vez fueron fundamentales, pero que ahora han sido relegadas al olvido, decidí entonces transformar ese teléfono en algo más, en una piel que pudiera expresar esa tensión entre lo que fue y lo que ya no está, la creación se convirtió en una especie de llamado, un intento de buscar esas pieles que se han desgastado, que han desaparecido de nuestro paisaje cotidiano, cada vez que se gira el disco, no solo se está marcando un número, sino que se está evocando el recuerdo de esas pieles que ya no forman parte de nuestras vidas, lo que antes fue un simple acto cotidiano, discar un número para hacer una llamada, ahora se convierte en una metáfora visual de ese desgaste, una forma de volver a conectar con lo que ya no está, de traer al presente esas memorias que, aunque borrosas, siguen teniendo un lugar en nuestros recuerdos. Es un teléfono de disco con algunos dijes y cascabeles que cuelgan de la

parte de abajo de la bocina como un registro de la palabra, y en la parte de arriba se encuentra un bombillo como símbolo de un cuerpo contestando a un llamado.

En la parte donde están normalmente los números fueron pintadas diez diminutas imágenes en tonos azules de diferentes objetos cotidianos escogido al azar.

Originalmente, el teléfono era de color naranja, lo pinté de blanco con detalles azules y dorados con la intención de imitar la apariencia de una vajilla antigua de porcelana.

Este objeto/máquina/piel, hace parte de lo que he denominado “paisaje cositero”, evocando a la memoria de cuerpos que han dejado de estar presentes en el tiempo. Así, surge una metáfora entre el acto de discar y el desgaste, donde cada llamada, cada intento de conexión, refleja el deterioro de un cuerpo que se esfuerza por alcanzar a otro, es un diálogo entre lo físico y lo simbólico, lo irremediable del paso del tiempo.

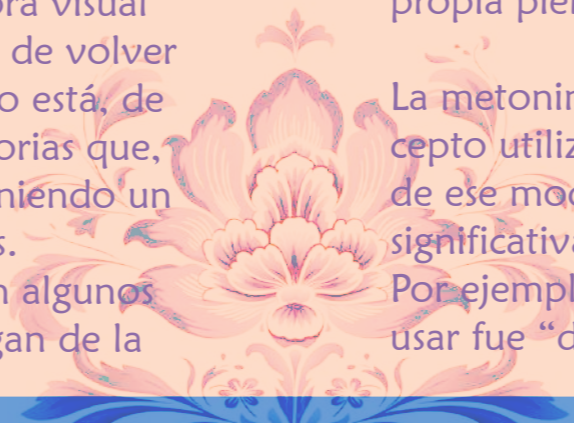
La luz saliente de la bocina hace visible el cuerpo que llama y da cuenta del cuerpo llamado, y el disco que cubre las miniaturas es el vínculo que ofrece la oportunidad del encuentro a medida que avanza el desgaste de su propia piel.

La metonimia, consiste en dar un concepto utilizando el nombre de otro y de ese modo establecer una relación significativa entre esos dos términos. Por ejemplo, la palabra que quise usar fue “desgaste” para referirme al

mismo tiempo a la acción de discar el teléfono, demostrando una relación entre ambas y queriéndome referir a lo mismo, la experiencia de esa conexión a través del uso del teléfono/maquina/piel.

La metáfora, me permitió hacer alusión a un hecho sin tener que mencionarlo necesariamente o de expresar un concepto como tal. Un ejemplo, la intención que tengo de representar la ausencia de un cuerpo/objeto/piel a través de otro cuerpo/objeto/piel que sigue en su búsqueda y así mismo se refleja un desgaste.

El movimiento orgánico de la máquina/cuerpo epistemológico, consiente en la interacción de la persona al discar la o las imágenes en miniatura que se encuentran pintadas debajo del disco, como se hacía anteriormente al marcar un número telefónico, con ellas se decidiría discar una secuencia a partir del recuerdo de ubicación de los números o también de la elección de aquellas diminutas pieles o, incluso recurriendo a algún tipo de azar, esa interacción hará que se encienda el bombillo como una respuesta a ese llamado y al mismo tiempo enmarcará al cuerpo que llama con una efímera iluminación, una caricia a la piel que se desgasta, al finalizar el giro del disco, el bombillo se apagará dando oportunidad a un nuevo llamado y conexión orgánica entre la piel buscada y la piel discada.



62. SE DESGASTA AL DISCAR LA PIEL QUE NO ESTÁ



.124

.125

62. SE DESGASTA AL DISCAR LA PIEL QUE NO ESTÁ



6.3. CONGLOMERADO PENDULANTE

“Conglomerado pendulante” tiene una conexión con la actividad que realicé en el año 2022, cuando llevé las chanchas de tejo a la universidad, y tomó forma en el año 2024 cuando estaba haciendo: “Se desgasta al discar la piel que no está”, recordé esa actividad y lo involucrado que estaba el cuerpo en ese acto de lanzar un tejo, me llevó a reflexionar sobre cómo podía transformar esos objetos tan pesados y robustos en algo que, en apariencia, fuera delicado, como una metáfora de la dualidad entre fuerza y fragilidad, que veía reflejada, por ejemplo, en las vajillas que mi mamá guarda con tanto cuidado.

La idea de crear un péndulo de Newton con esos tejos surgió de mi interés en explorar cómo la energía se transfiere de un cuerpo a otro, cómo las pieles —en este caso los tejos— pueden simbolizar la transferencia de energía y recuerdos entre las personas que los usaron, pero había un desafío práctico: los tejos son de acero, y hacerles un agujero en el centro para convertirlos en parte de un péndulo sería prácticamente imposible, así que decidí replicarlos en una mezcla de yeso y cemento, una decisión que también respondía a la necesidad de transformar una piel dura en algo un poco más delicado, algo que visualmente pudiera evocar la fragilidad que hay en todos los cuerpos. La metáfora y la metonimia fueron nuevamente las figuras retóricas visuales que guiaron este proceso de creación, con las preguntas que siempre estaban presentes: “¿En la Piedragógica?” “¿O sea que te gusta echar piedra?” Y con orgullo, yo

siempre respondía que sí, que me encanta echar piedra, no solo en sentido literal, sino también como una manera de cuestionar, fue entonces cuando la imagen del péndulo de Newton apareció en mi mente, ese dispositivo mecánico que demuestra la conservación armónica de la energía y el movimiento a través de una masa suspendida que, al levantar una de las esferas y soltarla, se transfiere la energía a la siguiente, y eso fue lo que quise demostrar con los tejos replicados en cemento: cómo la energía se transfiere de cuerpo en cuerpo, de piel en piel, tanto en el sentido físico como en el emocional y simbólico, pero en este caso con una lógica imprecisa, un ritmo desordenado y caprichoso, que hace de esta creación algo más poderoso, porque crean en sus propias coordenadas un armonioso ritmo y movimiento, la energía esta, existe, y es lo que quería demostrar, está presente de diferentes formas y múltiples sentidos, como en el juego, como en el tropel.

La primera etapa fue hacer un molde de silicona a partir de uno de los tejos originales, para luego replicar los cinco tejos que representarían a mi mamá, mi papá, mis dos hermanos y a mí, al usar la silicona, noté que el tejo original se oxidó, pero nada que un simple lavado no resolviera, con el molde ya listo, preparé la mezcla de cemento con una parte de yeso y para evitar que se quebraran al hacerles un agujero, decidí insertar un pitillo en el centro mientras aún estaba la mezcla

fresca y dentro del molde, así logré que los tejos tuvieran el agujero necesario para pasar las cadenas que los sostendrían en péndulo.

Cuando los tejos estuvieron lo suficientemente secos, los saqué del molde y los dejé reposar en agua durante unos días, para que el cemento se curara correctamente y ganara resistencia, después, los pinté, dándoles una apariencia suave y delicada, similar a la porcelana, para crear ese contraste entre lo fuerte y lo frágil, cada tejo llevaba el nombre de su respectivo dueño: Carmen, Juan, Fabián, Camilo y Laura como están marcados en los tejos originales

Una vez los tejos estuvieron completamente listos, les añadí las cadenas y construí la estructura que los sostendría, utilizando una madera que ya tenía en casa y unas varillas que mandé a cortar, con todo ensamblado, el “Conglomerado pendulante” tomó forma y fue incluido en la exposición de máquinas epistemológicas 2, donde recibí críticas muy positivas, cuando explicaba la historia detrás de la “Piedragógica” y mi relación con los tejos, veía muchas sonrisas de quienes se conectaban con ese relato, algo similar ocurrió a lo que viví con “Tonada visual”, cuando algunos pensaban que los tejos, al estar hechos de cemento y por la forma en que estaban pintados, se romperían fácilmente, les explicaba que, si eso sucedía, también formaría parte del proceso, porque mi intención era precisamente mostrar cómo incluso las pieles más fuertes pueden revelarse frágiles, y que podían interactuar tranquilamente con la pieza.

Al final, “Conglomerado pendulante” no solo fue un ejercicio de transferencia de energía y movimiento, sino también una reflexión sobre la fragilidad de lo que parece inquebrantable, y sobre cómo esas pieles, esos objetos cotidianos marcados por nuestras historias, son testigos de la energía compartida entre los cuerpos que los utilizan, la creación buscaba capturar esa dualidad que se refleja en cada una de esas pieles que habitan nuestro paisaje cositero.





.130

.131



6.3. CONGLOMERADO PENDULANTE



6.3. CONGLOMERADO
PENDULANTE



6.4

Vitrina luminosa

El televisor. Será mi ayuda visual para mostrar la transformación de las tres pieles anteriores, y de su propia piel, esta es una cuarta piel atravesada por su propia metamorfosis, lo encontré casi como un hallazgo predestinado, en una parada del alimentador cerca de mi casa, llevaba días buscándolo, con la idea de que fuera así, panzón y pequeño.

No lo conseguía en ningún lugar, y justo el día que me disponía a recorrer algunas calles del centro, lo encontré.

Frente a la parada del alimentador, el que me llevaría hasta el portal para luego tomar un J24 hasta el centro, lo vi. En el piso, dos personas vendían diferentes objetos: ropa, zapatos y más, podría decirse que estaban con parte de un paisaje cositero improvisado a la venta, y entre ellos, estaba él, mi televisor, me agaché a mirarlo y pregunté si funcionaba, me contestaron que sí, pero como estábamos en la calle y no tenía como probarlo me lo dejaron más barato, —definitivamente era para mí— llegué a la casa, lo probé inmediatamente y funcionó.

En este televisor aparecerán las imágenes: fotos y videos que evidencian la transformación de las tres pieles anteriores y también su propia piel. No es solo un dispositivo de proyección, también es una extensión de las pieles que narra, en su pantalla no solo se verán las pieles intervenidas, también se verá la memoria en tránsito, será una suerte de vitrina donde se condensa el suspiro de un pasado en el nuevo presente. Nicholas Mirzoeff (2003) menciona:

Cabe destacar el hecho de que el mando a distancia siempre lleva un botón con la palabra <<mute>> para eliminar el sonido, mientras que no cuenta con ninguno que suprima la imagen. Los programas se pueden seguir fácilmente sin sonido, un dispositivo domestico habitual que permite que la televisión sea parte de la actividad del hogar, en lugar de ser su centro. Vemos la televisión no la escuchamos. (p.29)

El televisor forma parte de los objetos cotidianos del hogar, pero su presencia va más allá de la función. es un objeto que cuidamos, limpiamos y colocamos en un lugar estratégico, casi como un altar y de alguna manera eso quiero mostrar: pieles que no hacen ruido, pero se escuchan, dentro de una piel que suena, pero es posible silenciar.

En este proyecto, el televisor no solo muestra, sino que se muestra, es el cuerpo que conecta a los otros tres. Una caja que emite luz sin voz, demostrando que todavía laten dentro del paisaje cositero.



7. Un Montaje Cositero

El montaje incluirá las tres transformaciones que he realizado en esta investigación-creación: “Tonada Visual”, “Se desgasta al discar la piel que no está” y “Conglomerado pendulante” estarán dispuestas sobre tres pedestales que invitarán al espectador a interactuar libremente con ellas, cada pieza estará ubicada para permitir que se exploren en el orden que cada persona desee, dejando espacio a la curiosidad y a las diferentes rutas que pueden tomar las memorias de un cuerpo, acompañando las obras, habrá un televisor “Vitrina Lumino-
sa” proyectando un video que muestra fragmentos del proceso creativo, documentando cada transformación.

La participación del público será fundamental. “Tonada Visual” permitirá que los visitantes accionen la licuadora, que lleva dentro el ritmo de una piel que gira, un movimiento, que trae al presente las memorias de una cajita musical que inspiró esta pieza. “Se desgasta al discar la piel que no está” ofrecerá la posibilidad de discar

el teléfono, ese acto casi olvidado que alguna vez fue una rutina indispensable en los hogares, quiero que los espectadores sientan cómo, con cada giro del disco, se evoca el desgaste del tiempo y la oportunidad de un contacto, además la desaparición de las pieles que una vez formaron parte de nuestro paisaje cotidiano, el simple acto de discar se convierte en un gesto poético, una llamada a aquellas presencias que ya no están, pero que resuenan en la memoria.

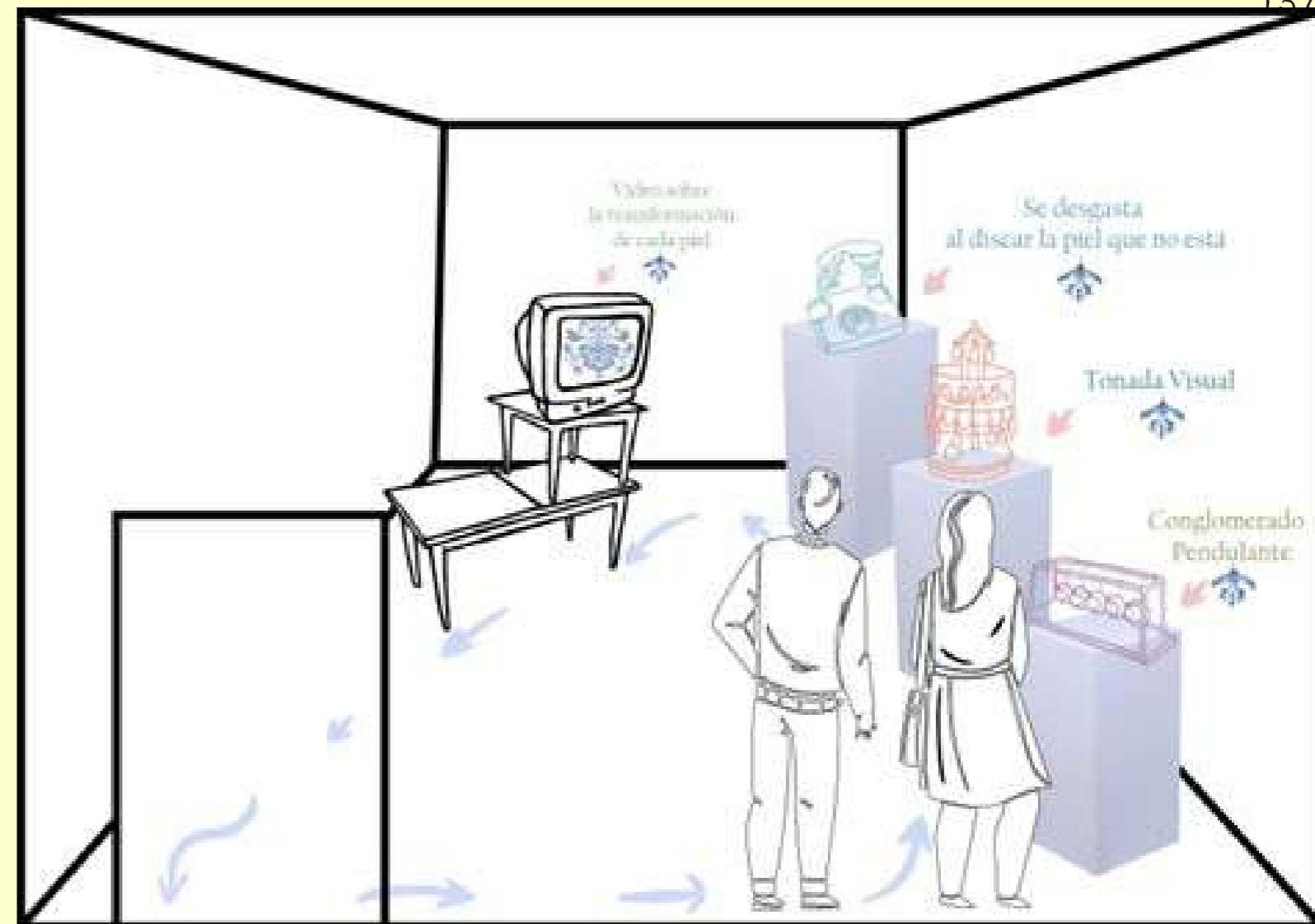
Finalmente, “Conglomerado pendulante” permitirá levantar los tejos que están suspendidos como un péndulo de Newton, en una dinámica de energía y movimiento caprichoso, mientras los perciben transformados en algo más delicado, frágil. Al levantar los tejos — aquellos marcados con los nombres de mi familia—, se pondrá en marcha una cadena de transferencias de energía, no solo física, sino simbólica, entre las pieles que han compartido historias y momentos. Como explica Daza (2009):

El proceso creador en el arte, por ser una práctica que se lleva a cabo desde el conocimiento técnico práctico, po-

sibilita al ser humano reflexionar sobre sus propios procesos tanto internos, como externos, y así mismo propiciar en el sujeto una especie de reflejo del ser, de lo que es, de sus debilidades y sus cualidades, de sus emociones y sus sentires, de sus oscuridades y deseos a través del objeto creado y de la reflexión constante sobre este. (p. 90)

Mi intención con este montaje es que el espectador no solo contemple las piezas como objetos inertes, sino que se conecte con aquellas pieles físicamente, que sienta la necesidad de tocarlas, de activarlas, de ver cómo se desgastan, rotan y pendulan, que los cuerpos se fusionen con estas obras hechas piel, dejándose llevar por la energía visual y táctil de cada una, el aspecto físico de las piezas está pensado para atraer con su diseño, como si cada piel fuera una porcelana guardada por su madre o su abuela, una invitación intuitiva a ser tocada y recordar su cuerpo en una caricia, reconociendo en ellos la fragilidad, el desgaste y la memoria que todos compartimos.

Al final, es una invitación a explorar la conexión delicada que existe entre el cuerpo, el objeto y la memoria, a través de tres piezas transformadas que dialogan entre sí y con el público, que van generando un flujo constante de energía, de nostalgia y de descubrimiento.



8. Aportes a la línea y la licenciatura

/ aportes al campo

Considero que esta investigación-creación sobre el “Paisaje cositero: Los objetos como pieles de cuerpos que ya no están” tiene un gran potencial para enriquecer tanto la línea de cultura visual como la carrera de artes visuales, porque ofrece aportes desde la importancia de los objetos cotidianos, el recuerdo y su transformación. Aquí algunos puntos clave de cómo puede contribuir:

Aportes a la línea de Cultura Visual:

- **Reexaminación de los objetos cotidianos:** El “paisaje cositero” permite hacer una observación de los objetos aparentemente insignificantes —cosas que habitan el hogar— como una parte integral de las narrativas culturales, puede cuestionar la jerarquía tradicional de lo que merece ser visualmente representado o analizado en estudios de cultura visual, proponiendo una revisión de todos los objetos como pieles dignas de análisis.
- **Memoria material y afectiva:** El enfoque en los recuerdos que pueden evocar los objetos conecta con la línea desde cómo las imágenes y los objetos comunican historias personales y colectivas, la memoria y experiencia que redefine el rol de los objetos en la construcción de una identidad visual. objetos no solo son pieles visuales, también son extensiones del cuerpo y esta investigación sobre cómo los objetos actúan como “pieles” que se transforman, contribuye a un entendimiento más profundo de la relación entre la materialidad de los objetos y la construcción visual.
- **Transformación material y simbólica:** El “paisaje cositero” también subraya la capacidad que tienen los objetos para ser transformados simbólicamente, muestra cómo estas pieles pueden migrar de su estado cotidiano a uno simbólico y visualmente apreciable, planteando nuevas formas de entender el consumo, la acumulación y el desecho en la cultura visual, considero que esto aporta a la sostenibilidad desde una representación visual.

Aportes a la carrera de Artes Visuales:

La disección y transformación de estas pieles en el “paisaje cositero” pueden ofrecer un enfoque experimental y crítico sobre nuevas metodologías en la creación artística. Según, Guarín (2023):

Preguntarse por la construcción de visualidades implica tratar de entender el papel que tienen el diseño y el arte en la creación de imágenes que modelan nuestra manera de ver el mundo (Barnard, 1998). Los modelos visuales que circulan en determinados contextos son el resultado del trabajo de artistas y diseñadores que crean, difunden y reproducen maneras de ver (Berger, 2002 (1974)) y de producir imágenes, así como los modos de relacionarnos con ellas. (p.541)

Es por eso que, el proceso de reinterpretación de estas pieles, que parte de lo cotidiano, el cuerpo y la memoria, puede generar una reflexión artística sobre la intervención material, invitando a explorar la reinención de objetos cargados de historia personal y familiar. Aquí algunos aportes:

- **Arte y memoria:** Esta investigación sobre cómo los objetos encapsulan historias personales podrían convertirse en una forma pedagógica de enseñar sobre la interacción entre arte y memoria, explorar cómo las cosas nos rodean y son portadoras de significado, invitando al mismo tiempo a la reflexión sobre su propia relación con los objetos y cómo éstos pueden ser utilizados como expresión artística.
 - **Experimentación con materiales:** Al integrar objetos no convencionales, como tejos, teléfonos o licuadoras, la investigación impulsa a explorar más allá de los materiales tradicionales, las tres obras, ofrecen ejemplos tangibles de cómo los materiales cotidianos pueden ser resignificados para comunicar, alentando la experimentación en las prácticas de creación.
 - **Creación interdisciplinaria:** Considero que el “paisaje cositero” también se presta para colaboraciones interdisciplinarias, porque son los objetos “pieles” que nos rodean a todos y desde la cultura visual y la práctica artística, esto puede enriquecer el enfoque pedagógico de la carrera, alentando la investigación interdisciplinaria y trabajando en la intersección entre teorías, historias y creaciones.
- En resumen, la investigación del “paisaje cositero” puede hacer aportes al redefinir la importancia de los objetos en la representación cultural, como en las artes visuales, al ofrecer nuevas formas de entender y manipular la materialidad, la memoria y la narrativa visual en las prácticas artísticas.



9. Conclusiones

La invisible piel cotidiana:

Existen objetos cotidianos, que son aparentemente insignificantes dentro del paisaje cositero, como si fuesen invisibles, pero en realidad son “pieles” cargadas de historia, que llevan las huellas de cuerpos pasados, a través del desgaste, las marcas y fisuras acumuladas, estos objetos actúan como archivos materiales de experiencias pasadas y cada vez que los tocamos se reactivan conexiones, así, lo cotidiano se transforma en un registro vivo de nuestras vidas, conectando el presente con un pasado que permanece inscrito en su materialidad, en ese sentido, el paisaje cositero se revela como un espacio lleno de memorias, donde absolutamente todos los objetos resuenan de emociones y los cambios de quienes los han habitado, ningún objeto es insuficiente, todos son latentes, y son los objetos cotidianos y utilitarios los que más se ignoran pero muchas veces los que más potencial creativo tienen.

La fuerza de una piel frágil:

Un hallazgo que considero importante en mi trabajo es el reconocimiento de la dualidad entre la fragilidad y la fuerza que poseen las pieles/objetos, a primera vista, existen materiales que parecen impenetrables, perdurables y sólidos, sin embargo, en el proceso de transformación, esas mismas pieles revelan una vulnerabilidad, tal es el caso de creaciones como Conglomerado Pendulante, donde el acto de soltar un tejo (hecho de cemento) genera una energía capaz de romperlo o fragmentarlo, aquí, la paradoja se hace evidente: lo robusto también puede desmoronarse, y convertirse en polvo, lo que consideramos fuerte guarda en sí la promesa de lo delicado.

Esta tensión no solo habla de la materialidad de los objetos, sino también del espacio emocional que habitan, así como una pieza de porcelana puede romperse con una leve caída, las memorias y las conexiones asociadas a estos cuerpos son igual de frágiles, a pesar de su apariencia impenetrable, la materialidad se convierte en un espejo de lo emocional: un simple tiro desviado en un juego de tejo puede simbolizar: la pérdida del juego, de la ronda, del chico, la fragilidad del momento. Mientras que una victoria compartida en equipo, en familia, se erige

como un testamento de la fuerza que emerge de la alegría, de la victoria, la cooperación, y la química entre los participantes a través de una piel que cayó en el lugar indicado y simboliza así un triunfo.

Transformar para no olvidar:

Intervenir un objeto va mucho más allá de modificar su forma física; es reescribir una historia, reinventar sin borrar lo que alguna vez fue, intervenirlos, remendarlos y reutilizarlos, es reconocer que las historias que estas pieles materiales contienen no han llegado a su fin, sino que pueden seguir contando nuevas narrativas, las pieles nunca están fijadas en una única función o forma; son maleables y capaces de evolucionar al compás de quienes las habitan.

Esta transformación también invita a reflexionar sobre la sostenibilidad, Los objetos considerados como “chécheres”, descartados y muchas veces etiquetados como basura, tienen el potencial de ser revalorizados y cobra sentido la frase: “la basura de unos es el tesoro de otros”: no se trata de basura, sino de aprender a mirar con otros ojos, de redescubrir el valor en lo que parece obsoleto, esto puede convertirse en un acto de resistencia contra el olvido y la posibilidad de contar nuevas historias y que mejor que hacerlo desde los “chécheres que conforman nuestro paisaje cositero.

El vestigio de un cuerpo marcado en la piel:

Este trabajo revela que los objetos, lejos de ser estáticos, cobran vida y sentido a través de la interacción corporal y emocional, las pieles son registros tangibles de las memorias y energías de los cuerpos que los han tocado y usado, se crea un puente entre lo material y lo emocional, permitiendo que las memorias dormidas vuelvan a la vida, en este proceso, el cuerpo actúa como un medio que no solo preserva, sino que renueva los significados inscritos en cada objeto, manteniendo así un diálogo constante entre el pasado, el presente y las historias que los objetos siguen contando, las pieles son prueba de la transición de los cuerpos en el tiempo, que convoca a revivir las memorias que llevan dentro y a desarrollar nuevas memorias desde otros lugares, desde otras funciones y emociones.

9. Conclusiones



La metonimia y la metáfora como herramientas creativas y narrativas:

Este texto revela cómo el uso de figuras retóricas visuales, como la metonimia y la metáfora, se convierten en una herramienta esencial en la reinterpretación de estas pieles, a través de la metonimia, un objeto deja de ser una entidad aislada para representar algo más grande o para otorgarle otra importancia, de manera similar, la metáfora permite que objetos cotidianos como una licuadora o un teléfono se carguen de significado simbólico, para ofrecerles un nuevo lugar y función dentro del paisaje cositero, hablando del paso del tiempo, la memoria y la fragilidad.

El paisaje cositero como archivo visual y emocional:

La investigación del “paisaje cositero” ofrece una reflexión sobre el papel que juegan los objetos en la construcción y reactivación de nuestra memoria y experiencias personales. Estos objetos cotidianos, aparentemente insignificantes, se revelan como vehículos poderosos para conectar el presente con el pasado, invitándonos a reconsiderar la manera en que la cultura material se entrelaza con nuestras emociones y con el cuerpo, lejos de ser simples cosas, los objetos, o “pieles”, se transforman en testigos poéticos de nuestras interacciones cotidianas, donde lo material y lo inmaterial es fundido como una sola superficie afectiva.

Estas pieles, como capas del tiempo, resisten muchos olvidos, se camuflan en nuestras rutinas y a veces reclaman atención cuando el cuerpo se cruza inevitablemente con ellas y en ese cruce entre cuerpo y objeto se abre una posibilidad de un diálogo: la piel del objeto habla con nuestra propia piel y así se crea un acto aparentemente ceremonial: acariciarlo, limpiarlo, moverlo de lugar es también una forma de pensarse, de recordarse, de remendarse.

Guasch (2005) menciona:

La arqueología describe los discursos como practicas especi-

ficas en el elemento del archivo y pretende analizar la «experiencia desnuda» de su orden.

De ahí se deriva que no interprete el documento, sino que lo trabaje desde el interior, organizándolo, dividiéndolo, distribuyéndolo, ordenándolo, repartiéndolo, en niveles, estableciendo series, distinguiendo lo que es pertinente de lo que no lo es, señalando elementos, definiendo unidades, describiendo relaciones y elaborando discursos. En este proceso de conocimiento, el archivo actúa como sistema que rige la aparición de los enunciados en tanto que acontecimientos singulares. (p.160)

El paisaje cositero no se configura solo por acumulación, sino por afecto, por memoria en movimiento, por una coreografía doméstica que pone en escena el vínculo entre lo íntimo y lo material, desde el deterioro que migra de un lugar a otro mientras retumba el eco de los cuerpos que las tocaron, de los espacios que habitaron, de las palabras que recibieron, para terminar en un posible refugio pasajero.

La investigación del “paisaje cositero” es también un ejercicio de observación, es detenerse frente a lo que parece inservible, y descubrir ahí una clave para entender cómo nos relacionamos con el paso del tiempo, con el desgaste, con la ausencia, en lugar de descartar, se repara; en lugar de olvidar, se vuelve a mirar, es en esa mirada donde el objeto deja de ser cosa y se vuelve testigo, y no cualquier testigo, sino uno poético, uno que no narra con palabras sino con su persistencia, con su habitar de esquina a esquina de mi casa.





Bibliografía



- ACOSTA Paola (2021). «El lugar del arte en un mundo en conflicto: consideraciones intempestivas a partir de la obra de Erika Diettes», en WILLS OBREGÓN María Emma (Ed.), Narrativas artísticas del conflicto armado colombiano, Bogotá, Ediciones Uniandes. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.51566/paz2103>
- Art almanac 27 de noviembre de 2012 | Melissa Pesa <https://www.art-almanac.com.au/song-dong-waste-not/>
- Artlyst Terms of Use Agreement: Company Founded 15 October 2010 <https://artlyst.com/features/rachel-white-read-house-1993-significant-works-sue-hubbard/>
- Banrepcultural, martes, 3 noviembre 2020 <https://www.banrepcultural.org/multimedia/obras-comentadas-una-cosa-es-una-cosa-un-performance-de-maria-teresa-hincapie>
- Cuadros Raúl... et al. La praxis visual como campo de investigación / 1ª. – ed. – Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, CIUP, 2018
74 páginas.
- Daza, Cuartas, S. L. (2009) Investigación – creación: un acercamiento a la investigación en las artes. Horiz. Pedagógico. Volumen 11. N° 1. Págs. 87-92

- Didi-Huberman, G. (2008) Cuando las imágenes toman posición. A. Machado libros
- Didi-Huberman, G. (2015) Ante el tiempo: historia del arte y anacronismos de las imágenes. Adriana Hidalgo editora
- Fernández Christlieb, F. (2003) Los objetos y esas cosas. México, El financiero.
- Guarín Medina, J. (2021) Construcción de visualidades desde la investigación-creación. Colombia, Universidad de Caldas
- Guasch, A. M. (2009) Autobiografías visuales del archivo y el índice. Madrid, Ediciones Siruela.
- Guasch, A. M. (2005) Los lugares de la memoria: El arte de archivar y recordar. Revista del Departamento de Historia del Arte. Universidad de Barcelona, vol. 5, 2005, pp. 157-183.
- La Anticuaria objetos con historia (2021, 22 de noviembre). Cerámica china <https://laanticuaria.cl/blogs/noticias/ceramica-china>
- Mendoza, C. (2024) La belleza de Kintsugi en el hogar, ¡amarás esta filosofía! <https://www.admagazine.com/articulos/que-es-el-kintsugi-y-para-que-sirve>
- Mirzoeff N. (2003) Una introducción a la cultura visual. Barcelona: Paidós Ibérica,
- Mitchell, W. J. T. (2003) Mostrando el ver: Una crítica de la cultura visual, Estudios visuales, no. 1, nov. 2003: 17-40
- Morin, E. (2011) Introducción al pensamiento complejo. Estudios visuales, no. 1, nov. 2003: 17-40
- Ounae <https://www.ounae.com/adriana-salazar-maqui->

nas-inutiles/

- Pardo Pol, A. y Losada García, M. (2004) Un acercamiento semántico-cognitivo a la tropología la metáfora y la metonimia. Universidad de la Habana. Moenia: Revista lucense de lingüística & literatura. N° 10, 2004.
- Petit, F., & Carreras, J. (2023). La relación entre objetos y contextos en Arqueología: entrevista al Dr. Axel Nielsen. *Práctica Arqueológica*, 6(1), 57–64. <https://doi.org/10.5281/zenodo.7863482>
- Planella, J. (2006) Corpografías: dar la palabra al cuerpo. *Revista de intersecciones entre artes, ciencias y tecnologías*. ISSN 1695-5951
- Planella, J. (2016) Metáforas anatómicas. Pensar los cuerpos rotos desde la praxis educativa. *Revista Antropología del Cuerpo*, Salamanca, n. 1, p. 38- 52
- Sáenz, G. & Guerrero, E. *Máquinas / Cuerpo / Espitemológicas 2.0 / (Coords.)*. Re [Tinta]. Publicación digital. Bogotá D.C – 2025. ISBN –Libro digital: 978-628-01-8313-8
- Sáenz, G. & Guerrero, E. *Máquinas Espitemológicas 1.0 / (Coords.)*. Re [Tinta]. Publicación digital. Bogotá D.C – 2024. ISBN –Libro digital: 978-628-01-5339-1
- Source: Xinhua | 2018-10-20 08:51:33 | Editor: Li Xia http://www.xinhuanet.com/english/2018-10/20/c_137545633.htm
- Velázquez Ortiz, N. (1914) *Bunde tolimense*
- Villalba Labrador, R (2015) *El relato desde el cuerpo:*

una práctica creativa para indagar por el maestro y preguntarse por la escuela. *Educación y ciudad*, no28 pp. 37-48

- Wells, P. (2009) *Fundamentos de animación*, Parramon
- Yi -Fu Tuan. (2007) *Topofilia. Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. Editorial Melusina.



Bendito paisaje cositero
Paisaje inolvidable.
Mi tiempo, mi rincón
Bendita familia cositera
Versos cotidianos latiendo
Trasnochadas partículas de polvo
Espacio la sombra arrastra
Ríe el paisaje en la retina
Ríe el corazón en el ritual
Gracias a la orilla en la memoria
Al amado rostro desvanecido
Gestos fugitivos del amor
Supremas claves nocturnas
Es el recuerdo un transeúnte teatral
Poderosa sombra del recuerdo
Detenido paisaje repleto de ritmo

